MENSAJE

A PROPOSITO DE FREUD
HERNAN LARRAIN A.

MONSEÑOR GUSTAVO J. FRANCESCHI
JULIO JIMENEZ B.

LA IGLESIA Y EL CONTROL DE NACIMIENTOS
EUGENE TESSON

LOS CATOLICOS ESPAÑOLES FRENTE AL PROBLEMA DEL SALARIO
JOSE MARIA DIEZ-ALEGRIA

HACIA UNA SOLUCION POSITIVA DE NUESTRO PROBLEMA RELIGIOSO
RICHARD TEALL

EL PAPA Y LA UNIDAD EUROPEA

OCTUBRE — 1957.

MENSAJE

OCTUBRE 1957 — VOL. VI - N.º 63

DIRECCION:
Alonso Ovalle 1432 — Casilla 597
Fono 83226 — Santiago de Chile

DIRECTOR - FUNDADOR
(†) R. P. Alberto Hurtado Cruchaga, S. I.

DIRECTOR
José Aldunate Lyon, S. I.

SUSCRIPCION ANUAL:

Ordinaria.....	$	800
De bienhechor.....	"	5.000
para el extranjero...	"	3 USC.
para el extranjero (por vía aérea).....	"	6 USC.
Valor Núm. suelto.....	"	80

AVISOS:

1	página	$	18.000
1/2	"	"	9.000
1/3	"	"	6.000
1/4	"	"	4.500
1/6	"	"	3.000

S U M A R I O :

Pág.

A PROPOSITO DE FREUD, por Hernán Larraín A. 337

MONS. GUSTAVO J. FRANCESCHI, por Julio Jiménez B. .. 346

LA IGLESIA Y EL CONTROL DE NACIMIENTOS, por Eugéne Tesson 349

LOS CATOLICOS ESPAÑOLES FRENTE AL PROBLEMA DEL SALARIO, por José María Diez-Alegría 352

HACIA UNA SOLUCION POSITIVA DE NUESTRO PROBLEMA RELIGIOSO, por Richard Teall 362

SIGNOS DEL TIEMPO:

Alemania Occidental: Un millón de abortos en 1956.... 365

Situación en Alemania Oriental 367

La preparación de encuestas sobre la práctica dominical 371

CINE:

"La puerta del infierno".... 373

"El cielo fue testigo".... 376

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA 377

DOCUMENTOS:

El Papa y la unidad europea 381

Bases morales de la Comunidad Internacional 382

Correspondencia con los Lectores

L. A. M.: "Me es grato felicitar a ustedes por el realísimo contenido de su revista, que me he propuesto difundir dentro del círculo de mis colaboradores y amistades, obteniendo algunas suscripciones nuevas que oportunamente remitiré a ustedes." *(suscriptor de Los Angeles).*

—Agradecemos mucho su interés por la difusión de Mensaje; *le contamos entre nuestros mejores colaboradores.*

D. F. G.: "El trabajo del P. Damboriena sobre "El Protestantismo en Chile" publicado en el número de junio de *Mensaje* es ciertamente lo mejor y más completo sobre el tema. Tales artículos honran una revista." *(lector de Santiago).*

F. V.: "Como ustedes hacen gala de recibir con gusto críticas, les hago la siguiente: los artículos de *Mensaje* son de mucho fondo; he pasado la revista a varios amigos, con mi cierta intención. Me la devuelven diciéndome: muy interesante, pero todos los artículos son largos, pesados, indigestos. Ojalá fueran más amenos". Los sermones de Bourdaloue son magistrales; pero se parecen a los artículos de *Mensaje*".

—Tarea difícil es armonizar la indispensable amenidad con el carácter orientador, necesariamente serio y ponderado de una Revista como Mensaje. *Tratamos de ser amenos más bien con la variedad de los temas, la claridad de presentación y la diversidad de secciones, cada una con su carácter que le es propio. Sin duda, hay margen amplio a un progreso en esta línea; pero, la orientación propia de* Mensaje, *que se ha de mantener a cualquier precio, ofrece evidentemente un límite insalvable. No es para todos, y no podemos pretenderlo.*

X. Y. C.: "Leí con particular agrado el artículo "Recordando a Don Carlos" (julio, 1957, págs. 194–196) de Mons. Francisco Vives. En breves rasgos describe muy bien la recia personalidad espiritual del gran Rector de la Universidad Católica de Santiago. Me llamó mucho la atención la breve semblanza, firmada por la Redacción que precede al artículo de Mons. Vives; en dos palabras suscita en nuestro espíritu la imagen del "sacerdote anciano, pequeño de cuerpo, arrebozado con su viejo manteo". Les felicito." *(suscriptor de Santiago).*

M. B. G.: "En varias reuniones hemos comentado el discurso del Cardenal Gerlier, Arzobispo de Lyon, que ustedes tuvieron el acierto de publicarlo en el mes de julio último. Es magistral. Esas verdades, tan sencillas, tan evidentes, que transparentan el más genuino cristianismo, el sentido más profundo de la caridad, son, por desgracia tan ignoradas por nosotros, que nos consideramos, por otra parte, cristianos de primera fila. ¡Cuántos obstáculos colocamos con nuestro proceder, al acercamiento, a la comprensión del cristianismo por parte de los incrédulos." *(Asesor de A. C.).*

F. J. M.: "*Mensaje* nos hace contemplar la belleza de nuestra religión; nos proporciona conocimientos sólidos. Ojalá escribiesen algo sobre "Ascética y Mística". Lo necesitamos. Nuestro profesor de filosofía ha presentado el tema como expresión de una forma de locura. Sin duda en muchos liceos fiscales se recibe semejante explicación." *(estudiante de La Serena).*

—Esperamos responderle en particular más extensamente. Muy buena su sugerencia; la tendremos en cuenta para la elección de los artículos.

F. E. A.: "Reciba la suscripción adjunta para un amigo; deseo divulgar la revista que tanto bien hace y nos proporciona tanta tranquilidad en este duro batallar de la vida.

(PASA A LA TERCERA TAPA)

OCTUBRE - 1957 MENSAJE VOLUMEN VI - Nº 63

El mensaje cristiano frente al mundo de hoy

A propósito de Freud

por HERNAN LARRAIN A., S. I.

Nota—Este artículo debería haber aparecido hace un año, cuando las universidades europeas y americanas celebraban el centenario del nacimiento de S. Freud. Llega pues con retardo y además sin pretensiones. Es ilusorio querer en unas cuantas páginas hacer una exposición detallada y una crítica profunda de las teorías y técnicas freudianas. No se busque pues más de lo que aquí hay: unas cuantas ideas que creemos pueden ser útiles a nuestros lectores y que esperamos ir ahondando en futuros trabajos.

El pensador.

POCOS son los que hablan de Kraepelin o de Bleuler— figuras de primera magnitud en la psiquiatría moderna— pero ¿quién ignora el nombre del psiquiatra vienés S. Freud? Venerado fanáticamente, criticado con no menos fanatismo, Freud ha pasado todas las fronteras y es —querámoslo o no— un pedazo de nuestro horizonte cultural. Y cuando en libros y revistas oímos hablar de discípulos *ortodoxos* y *disidentes* del "maestro", pensamos, casi sin querer, en una secta religiosa o en un mito. Unos lo llamarán genio, otros charlatán; unos lo pondrán en el pedestal de los grandes hombres, de los bienhechores de la humanidad; otros lo relegarán al infierno del Dante y lo acusarán de amargado, pesimista y destructor. Pero ya sea a favor o en contra todos hablan de Freud, todos opinan. Es —en frase de Ortega— uno de los mitos de nuestro siglo XX.

¿Cómo explicar esta popularidad? Esto solo daría tema a un artículo, y el artículo podría quizás llamarse "La neurosis de un mundo sin fe"; pero contentándonos por ahora con una explicación parcial creemos que esa popularidad hay que buscarla en el carácter proteico de la obra de Freud.

Freud no se limitó al campo de la psiquiatría; no se contentó con investigar el origen y las causas de las perturbaciones mentales; buscar un nuevo y más eficaz método de curación. Freud quiso algo más. Hijo de un siglo ambicioso, su meta era también ambiciosa. Freud se propuso descifrar el misterio del hombre, despejar las últimas y más profundas incógnitas.

Abarcó así en el ámbito de su investigación el problema *antropológico* del origen de la especie humana, el problema *histórico* de la formación de razas y tradiciones, el problema *religioso*, el problema *social;* revolucionó las ciencias caracterológicas y *psicológicas*, reformó la *pedagogía*, penetró en el terreno del *arte*, quiso sustituir principios *morales* —según él— viejos y gastados por otros más reales y eficaces. No contento con todo esto escribió en la última página de su autobiografía: "Volviendo la mirada hacia el conjunto de los trabajos que han llenado mi vida, puedo decir que he abierto algunos caminos y emitido algunas ideas. Algunas de esas ideas perdurarán en el futuro, pero no puedo decir si serán muchas o pocas."

El filósofo, por vocación, no se contenta con parcialidades sino que se afana en busca de la última y *total* explicación. Pero el filósofo es filósofo y sabe mantenerse en la sublime y sutil región de las ideas sin caer en trivialidades ni en simplismos. Ahora bien, Freud —según propia declaración— no es filósofo. No es de extrañar, por consiguiente, que su obra con pretensiones de "Summa anthropologica" sea disonante. Nos produce la curiosa impresión de estar frente a un genio y, al mismo tiempo, frente a un pensador ingenuo y simplista. Abundan las observaciones sagaces, los análisis minuciosos y profundos, las intuiciones penetrantes, pero desgraciadamente toda esa genialidad va acompañada de una lógica de aprendiz, de argumentos truncos, de analogías endebles, de una sorprendente mediocridad filosófica. Ya en 1911, comentando sus primeros escritos, lo llamaba Ortega un "Robinson", "salteador de problemas" y se refería a su "tosca ingenuidad y fresca osadía."

El simplismo es el contrapunto de la obra de Freud y como todo simplismo es contagioso y encuentra siempre un vasto y benévolo público.

No todos, claro está, están obligados a poseer una genuina técnica filosófica; y sería absurdo criticar a Freud por no haber sido filósofo. Pero, y este es su punto vulnerable, Freud *pretende hacer filosofía*. No se limita a observar y construir hipótesis de trabajo sino que generaliza y dogmatiza. De sus pacientes pasa al hombre normal y del hombre normal a la humanidad. Y así dictamina sobre la cultura, sobre la moral, sobre el arte y la religión. Todo está resuelto. Los problemas más arduos y que han inquietado la mente humana a través de milenios se diluyen limpiamente en el complejo de Edipo. Y éste es el pecado de Freud —pecado científico—: pretender hacer filosofía sin ser filósofo.

Dejemos, por consiguiente, a un lado la "filosofía" freudiana. ¿Quién actualmente —a no ser que su información científica se haya detenido hace 40 años— toma en serio el "Porvenir de una ilusión", "Totem y Tabú", "Moisés y la religión monoteísta"? No vale la pena refutar lo que se refuta por sí mismo.

Pero si acusamos de simplismo a la *Weltanschauung* freudiana no caigamos por nuestra parte en otro simplismo: el de querer negar o desconocer los grandes méritos de Sigmund Freud; lo mucho que la psicología y la medicina le deben.

Se ha comparado acertadamente a Freud con el descubridor de América. Este último tampoco se dio claramente cuenta de lo que había descubierto; la realidad superó los estrechos límites de sus deseos, y Colón se estrelló contra ese continente nuevo que le impedía su arribo a las Indias. Freud también intuye una nueva tierra y, fiel hijo de su siglo, quiere adaptarla a sus esquemas mecanicistas y deterministas. Este fue su error, pero el error no destruye el mérito de haber descubierto un nuevo continente.

La psicología académica antes de Freud.

Para apreciar la importancia de la psicología "profunda" conviene recordar lo que era la psicología "científica" del siglo XIX.

Rotas las cadenas que lo ataban a la "metafísica", el *psicólogo* quiere ser considerado como hombre "moderno". Pero ¿qué es modernidad? Ciencia. ¿Y Ciencia? El método físico-matemático.

Los conceptos metafísicos de substancia, finalidad, libertad, alma, Dios, se rechazan ya que no pueden ser constatados empíricamente ni pueden reducirse a fórmulas matemáticas. El avance arrollador de la física y de su hermana menor la biología ocupan el primer plano en el tinglado del siglo XIX. Los "psicólogos" tienen envidia. ¿Por qué han de ser ellos menos que los "otros"?

Hoy nos parece un poco pueril esa actitud. Cuando leemos que un "cerebro atómico" puede resolver más ecuaciones que un ejército de matemáticos, sentimos cierta conmiseración por los pobres matemáticos que se prestan al juego. Una máquina puede lanzar fórmulas, claras y luminosas como los números —supuesto que éstos sean claros—, pero es incapaz de sentir, de sufrir, de esperar, de amar y de pensar. Mientras más cerca estamos de la fórmula y de la mecánica, más lejos estamos del "hombre".

Hoy vemos claro. Y vemos que el método empírico y mecanicista triunfa precisamente en las esferas más pobres del "ser". Porque la materia es lo "indeterminado", se presta al juego de los físicos y se deja encerrar en simples esquemas y exactas fórmulas. Pero querer aplicar este método al hombre es pretender cazar la hipotenusa con un lazo. Reducir el amor o la angustia a unas cuantas fórmulas físico-químicas, excitaciones nerviosas, secreciones hormonales, es quizás un pasatiempo más o menos entretenido pero no nos dice absolutamente nada acerca del amor o de la angustia. Las "vivencias" no se dejan enjaular tan fácilmente como las moléculas o los átomos, e incluso estos últimos quieren liberarse en nuestros días de la pesada aritmética.

Hoy han redescubierto los científicos que por encima del mundo cuantitativo hay un mundo de cualidades y valores. Los psicólogos —exceptuando quizás a los fieles adictos de Watson, de Pawlow y Bechterew— no temen declarar que el método físico-matemático es incompatible con una genuina psicología.

Hoy vemos claro que el hombre es algo más que números. Pero en la segunda mitad del siglo XIX se pensaba de otra manera. El método "científico" —observación *exacta*, experimento, fórmula-ley— había triunfado en la física y en la biología. ¿Por qué no aplicarlo al estudio del hombre? Nace así la psicología "experimental" y los laboratorios crecen como hongos. Pero el espíritu, la libertad, el sentimiento, la vida afectiva, en una palabra, lo específicamente "humano" no se deja aprisionar en lo puramente cuantitativo. No cabe, por tanto, otra solución que reducir el hombre a su envoltorio, a lo físico y fisiológico. No importa que la realidad quede mutilada. El siglo XIX continúa la trayectoria dieciochesca; más que la realidad le interesa tener una explicación clara y sencilla de la realidad.

Esta psicología cientista sólo podía preocuparse —como es comprensible— de lo cla-

ro y mensurable en el hombre. La genuina antropología se bifurcaba y desvanecía así en lógica y fisiología. De una parte, la "pura razón" y la "pura voluntad" —herencia del racionalismo y del idealismo— creadores de universos y de normas; de otra, una concepción atomística del hombre: mosaico, agregado de reacciones más o menos simples y reducibles a escala métrica.

Es la época de las leyes psico-físicas. Los psicólogos se empeñan en buscar el "átomo psíquico" para poder reconstruir el "hombre". Es la química psicológica. La vida afectiva y sentimental quedan relegadas a un segundo plano. No son observables sino por introspección — método sospechoso, según el "gran" Comte, ya que no lo suficientemente objetivo y neutral; además, no son fenómenos que se puedan repetir a voluntad, no son "experimentables".

El nuevo continente.

Es aquí donde se inserta la gran innovación freudiana. Frente al racionalismo cartesiano y kantiano, frente al atomismo psicológico de los positivistas, Freud afirmará que los actos del hombre ni son puros productos de la "razón" ni simples reacciones o reflejos, sino formaciones complejas de la afectividad transformada. El resorte, el motor que está en la base del desarrollo *humano* y que lo impulsa hacia adelante es la *afectividad* y la afectividad *inconsciente*. Mucho antes que la conciencia despierte en el niño, se hacen presente las experiencias afectivas. Mucho antes que la conciencia reivindique para sí el ser "causa" de las acciones humanas están éstas influenciadas y determinadas por viejas experiencias afectivas.

Este es el gran mérito de Freud: haber dilatado prodigiosamente el campo de la psicología. *La vida humana no se reduce a la vida conciente.* Bajo ese pequeño mundo luminoso late otro más vasto y lóbrego, y es aquí —nos dice Freud— donde tenemos que buscar la clave de lo que realmente somos. La psicología se enriquece con una nueva dimensión y pasa a ser psicología profunda, psicología del inconsciente.

Pero Freud es hijo de su siglo y ya hemos visto que para ese siglo el modelo de la "ciencia" era la Física. Al igual que sus colegas de laboratorio, Freud se afanará también por buscar el "átomo psíquico" que le permita la explicación "científica", es decir, causal-determinista, del hombre. Su psicología será también psicología *analítica*. Ese mundo que acaba de descubrir y al cual lo llevaron sus observaciones y estudios acerca de la histeria se le presentará como un microcosmos regido por la mecánica de Newton.

La afectividad que está en la base del desarrollo psíquico del hombre es para Freud fundamentalmente *impulso instinctivo* (Trieb).

Desde un comienzo vio Freud la necesidad de admitir por lo menos una pareja de impulsos. A diferencia de sus precursores, Charcot, Janet, Breuer, no creyó que la histeria se debiese simplemente a una falta de energía psíquica, a una incapacidad constitucional de integrar en el yo consciente nuevas y difíciles situaciones, a una especie de estado hipnoideo que hacía que esas situaciones quedasen como bloques erráticos en la inconsciencia del histérico constituyendo así experiencias patógenas.

La hipótesis de Freud —y aquí radica su originalidad— es más dinámica. La histeria es el resultado de un *conflicto*, de una lucha de fuerzas. De una parte tenemos el instinto de reproducción que se manifiesta en forma general como impulso hacia el placer; impulso elemental, ciego, al margen de toda norma moral o estética, brutal y anárquico. Este impulso que late en todo hombre tiende a realizarse pero se ve obstaculizado por el "yo" que defiende su propia conservación. Son las tendencias conservadoras del "yo" y que responden en último término al instinto de conservación —tendencias sociales, morales, estéticas— las que se enfrentan con ese afán de placer, y no pudiendo en muchos casos civilizarlo simplemente lo *"reprimen"*. Pero esta represión que no es una renuncia consciente, que no es una genuina decisión, sino un mero freno, un cerrar la puerta de acceso a la vida consciente, no logra su objetivo. El *impulso reprimido* no pierde su carga psíquica y sigue actuando desde el inconsciente. La represión no es más que un dique y así provoca una peligrosa montante en las aguas del inconsciente. No salen éstas por el paso bloqueado, pero se *convierten* en síntomas. La histeria pasa así a ser una *"neurosis de conversión"*.

Tenemos así el primer esquema freudiano del psiquismo y el *germen* de sus principales ideas: inconsciente dinámico y pulsional, represión, resistencia, conversión histérica, transferencia, sublimación.

Viendo Freud en la represión un mecanismo del "yo", era evidente que no podía aceptar que ciertas tendencias del "yo" pudiesen también ser reprimidas y constituir así un trastorno neurótico. De aquí que toda su atención se concentrara en el impulso hacia el placer. Es aquí donde hay que buscar el origen y la explicación de las neurosis.

Este impulso lo concibe Freud como una energía bio-psíquica. Freud es *materialista* —su época lo era—y así *en su teoría* no dudará en aceptar el postulado inconcuso de la "ciencia" de entonces: lo psíquico deriva de lo fisiológico. Pero *de hecho* Freud se interesa sobre todo en el aspecto *psíquico* de ese

impulso y a diferencia de sus colegas verá en la neurosis no una enfermedad orgánica sino una perturbación psíquica. La *terapia* de Freud no fue jamás materialista.

Este impulso al placer es *energía sexual*, es "libido". Pero sexual no quiere decir necesariamente genital. La libido es al comienzo indiferenciada. Poco a poco va determinándose, cambiando de objetos, hasta llegar finalmente a concentrarse en el "sexo" y asegurar así la reproducción de la especie humana.

Este desarrollo y diferenciación de la libido es de suma importancia y supone una serie de fases que Freud ha descrito minuciosamente. Factores congénitos o situaciones traumáticas pueden determinar una *fijación* de la libido en una de esas fases previas a la verdadera madurez sexual. La libido deja de evolucionar y tenemos así una *perversión* (voyerismo, exhibicionismo, sadismo, masoquismo, fetichismo, narcisismo, homosexualidad, etcétera). Frente a la perversión —nos dirá Freud— el psicoanálisis es impotente por la sencilla razón de que en estos casos no hay represión y no cabe, por lo tanto, una sublimación.

Pero si la fijación no es tan intensa como para impedir un desarrollo ulterior, la libido seguirá un curso aparentemente normal hasta enfrentarse con una situación difícil para el yo consciente; reprimida por éste, retrocederá hasta una de las etapas previas infantiles. Tendremos así la *regresión neurótica;* una evasión del presente hacia el pasado, pero una evasión que no satisface al neurótico ya que, quiéralo o no, vive en el presente y la libido reprimida al buscar su satisfacción en el pasado transforma el presente en enfermedad.

En este caso, sí, puede actuar el psicoanalista. La libido —nos dirá Freud— es energía y como tal puede transformarse en forma útil. El error del neurótico ha sido *reprimirla,* obligándola así a buscar objetos que son incompatibles con el yo consciente ya que pertenecen a etapas infantiles. Será necesario, por consiguiente, levantar la *represión* y hacer que el yo consciente no cierre simplemente sus ojos sino que se enfrente con el impulso y tome una decisión. Felizmente la libido es esencialmente "plástica" y puede, bajo la dirección del yo, "sublimarse". Notemos que no se trata aquí de una verdadera "espiritualización". Entitativamente la libido sigue siendo lo que era: impulso al placer, impulso sexual, pero bajo el influjo "político" del yo esa energía se pone al servicio de otros objetos y se satisface de otra manera; y esta vez de una manera útil para el enfermo. El agua turbulenta del río se canaliza y produce energía eléctrica, luz y calor; en nuestro caso: arte, ciencia, religión.

Posteriormente Freud fue completando y corrigiendo su esquema primitivo. La libido, en cuanto precede al yo consciente, pasará a llamarse el "Ello" (Es). El "Yo" surge para captar la realidad y adaptarse a ella. Esa adaptación es necesaria para que el individuo no perezca. Al principio del placer el yo opone el principio de la realidad. Pero fuera del "Ello" dinámico y tumultuoso y del "Yo" realista y conciliador se levanta una tercera instancia, también inconsciente, es el "Super-yo".

No creemos necesario aquí detenernos en la explicación freudiana del "Super-yo". Baste indicar que se trata en último término de la instancia paternal que el niño *introyecta,* objetiva en su inconsciente. En la figura del padre (rival - autoridad - seguridad) ve dibujarse el niño el esquema de la *moral externa.* En él se encuentra por primera vez con los principios del bien, del mal, del premio y del castigo, que se le presentan como algo "impuesto" pero como algo con que hay que contar, frente a lo cual hay que someterse.

El "Super-yo" es, por consiguiente, el defensor del orden moral y cultural, de la decencia, del qué dirán.

No es conciencia moral.

Esta última es esencialmente *personal;* no es automatismo ni imposición sino convicción consciente, valorización, querer. El "Super-yo" es más bien un policía que regula el orden y quiere evitar escándalos y alborotos.

Al "Super-yo" atribuye Freud ahora el mecanismo *represivo.* Siendo el "Super-yo" inconsciente se entiende así mejor el carácter inconsciente de la represión. El "yo" actúa políticamente, sublimando; el "Super-yo" despóticamente, reprimiendo.

Además Freud fue viendo que la pareja de impulsos: Libido - instincto de conservación, no explicaba suficientemente los conflictos neuróticos. Los impulsos agresivos, el masoquismo, que aparecían como componentes de tantas neurosis, no podían fácilmente ser considerados como "instincto de conservación". Tendremos así una nueva pareja de impulsos; esta vez radicalmente opuestas y heterogéneas. De una parte el "Eros" —la libido que ya conocemos— y de otra parte un impulso destructor, el "instincto de la muerte" (Todestrieb). Este último impulso tiende a disolver la vida, lo orgánico, a hacerla volver a la materia desorganizada de la cual salió. Es una nostalgia del pasado remoto cuando la vida no era tensión sino mera pasividad e inercia. Es este impulso el que explica el masoquismo, el afán de auto-destrucción que se constata en muchos enfermos, los mecanismos de repetición, el ritual obsesivo, la agresividad del "Super-yo", etc.

Pansexualismo.

De lo dicho vemos que Freud nunca fue "pansexualista" si tomamos esta palabra en su sentido estricto. Freud nunca admitió que *todos* los impulsos se redujeran a la "libido". Siempre opuso a ésta un impulso contrario, y era lógico que así fuera ya que de otra manera hubiera sido imposible cualquier conflicto. Esta dualidad llega a su culmen en la oposición: Eros — instincto de la muerte. Freud tenía en realidad muy poco de dionisíaco y ciertamente mucho de pesimista y amargado; y los que crean ver en Freud una especie de sátiro anoten esta frase freudiana: "Zweck alles Lebens ist der Tod!". (El objeto, la finalidad de toda vida es la muerte!).

Freud admitió siempre otro impulso opuesto a la libido, pero creyó que las neurosis se originaban en un desarrollo anómalo o perturbado de esta última; esto explica que su interés se concentrara casi exclusivamente en lo sexual.

El pansexualismo freudiano —si no queremos ser injustos— ha de entenderse únicamente en el sentido de que *toda neurosis* deriva de un conflicto sexual reprimido. Es cierto que Freud en algunos de sus escritos (vgr. "Cinco lecciones sobre psicoanálisis") habla de las perturbaciones de la vida sexual como *"una* de las causas más importantes de la enfermedad". Pero *de hecho* considerará Freud las perturbaciones de la vida sexual como la *causa única* hasta el punto de admitir un perfecto paralelismo entre la anomalía sexual y la neurosis consiguiente.

Además hay otra razón que hace comprensible la acusación de pansexualismo lanzada contra Freud. El "Ello" para Freud no es sino "libido", sexualidad; el inconsciente freudiano es sobre todo libido "reprimida". El espectro de la libido se alza detrás de cada acción humana, aún de las más inocentes. La vida afectiva y pulsional del hombre, nuestras tendencias y sentimientos más nobles, nuestras actividades, en una palabra, *todo* lo "humano" —ya que se nos hace difícil considerar como humano el instincto de la muerte— no es sino libido, sexualidad más o menos sublimada o, lo que es lo mismo, disfrazada.

Pero esto es una crasa simplificación. Creer que todo el dinamismo psíquico humano —exceptuando ese misterioso y discutible "instincto de la muerte"— no es sino impulso sexual, es mutilar terriblemente la realidad. Ni el psiquismo humano es exclusiva o predominantemente sexual ni las neurosis se originan exclusivamente debido a una perturbación en el desarrollo de la libido.

Los diversos conatos de reducir el dinamismo afectivo a *una sola* tendencia originaria se nos presentan hoy como escuálidos esquemas, como pobres y miopes visiones del psiquismo. La psicología moderna rechaza todo monotematismo pulsional y ve en el dinamismo afectivo un "todo polifónico"— usando una expresión de Ph. Lersch—, una gama variada de tendencias que se entrecruzan, compenetran, regulan e influyen, constituyendo así la riqueza interior de la vida humana.

El hombre no es sólo impulso al placer. Ahincadas en lo más profundo de su ser actúan también otras tendencias no menos reales ni menos importantes. Tendencia a vivir, a moverse, a actuar; afán de nuevas experiencias, instincto de conservación, ansia de poder, de riqueza, de honores y gloria; tendencias altruístas, sociabilidad, simpatía y amor; tendencias transcendentales, afán de verdad, de justicia, de belleza, de bondad, de Dios.

Explicar todas estas tendencias por una mera "sublimación", transformación, de lo sexual es reducir la Psicología a la Física.

Este fue el error de Freud. Concibió su "libido" al modo energético de los físicos y quiso aplicar a la vida humana la ley de la transformación de la energía. La energía hidráulica se transforma en energía eléctrica, ésta en energía térmica y luminosa. Pero se olvidaba —fatal olvido de los psicólogos del siglo XIX— que los dinamismos afectivos no son "cantidades" sino "vivencias".

Ya Dilthey y Bergson denunciaron la confusión y el simplismo de los psico-físicos, de la psicología atomista y mecanicista. Y en nuestros días incumbe a la Fenomenología el mérito de habernos enseñado a respetar la variedad y riqueza del psiquismo, a captarlo tal como es y no através de antiparras estrechas, de esquemas preconcebidos.

Es cierto que las tendencias éticas, sociales, estéticas, religiosas —por no citar sino algunas— aparecen *después* que la libido freudiana. Pero ¿quiere decir esto que no son sino modalidades de la libido? *Post hoc, ergo propter hoc.* No vale la pena refutar aquí este falso principio y que explica no pocas afirmaciones de la "ciencia" del siglo pasado. Reducir las tendencias vgr. morales y estéticas a la libido responde al mismo afán miope y simplista de reducir lo psíquico a lo fisiológico, lo fisiológico a lo físico, lo físico a lo mecánico. Equivaldría reducir una sinfonía de Beethoven a los instrumentos de la orquesta, a unos trozos de madera, pedazos de bronce y tripas de cabra.

Pero al rechazar la unilateralidad, pobreza y monotonía del psiquismo freudiano no debemos caer en el error contrario. El hombre no es exclusivamente impulso sexual, pero es innegable que ese impulso existe en el hombre y que tiene su importancia; poca quizás en cuanto tendencia al "placer", mucha ciertamente en cuanto tendencia a una "unión".

Pese a su unilateralidad tenemos que reco-

nocerle a Freud el mérito de haber llamado la atención sobre este delicado punto que tanta importancia tiene y tendrá, especialmente en la educación del niño y del adolescente.

No todas las neurosis derivan de un conflicto sexual reprimido pero ciertamente *muchas* neurosis deben su origen, por lo menos en parte, a una perturbación en el desarrollo de la vida sexual. El error de Freud fue simplificar y generalizar.

Si al acentuar Freud la importancia de lo *"sexual"* en la etiología de las neurosis no se hubiese quedado en el esquema físico de tensiones y distensiones, de bloqueos, niveles y montantes, de conversaciones y transformaciones, hubiera visto quizás que la fuerza de lo "sexual" deriva de algo más profundo que la química y la fisiología. En el hombre lo sexual no es un mero instincto de reproducción; ni la búsqueda de "placer" es lo más importante. De la soledad e inseguridad radical del hombre brota un afán de auto-trascendencia y es este afán lo que penetra y vigoriza el impulso sexual. No es tanto el "placer" lo que el hombre busca sino encontrar un "tú" con el cual pueda compenetrarse y fundirse; un "tú" que llene su vacío interior, que lo ame, es decir, que lo acompañe, asegure y aliente. Incluso el placer mismo sexual no es sino una expresión de esa unión, ya sea de una genuina unión personal, real y definitiva, ya sea de un conato frustrado de unión, meramente deseada o imaginada.

Si Freud hubiera visto esto habría comprendido que el hombre es una "persona", y que en la base de toda neurosis y de todo conflicto sexual hay un conflicto *personal*. Pero Freud se quedó solo en la superficie de lo sexual; no vio allí sino tensiones y descargas de energía. Y este fue su más grave error.

Mecánica analítica.

Fiel hijo de su siglo, Freud no concibe una esfera *trascendente* de *valores*, y no ve en el hombre sino un "mecanismo", un resultado de impulsos en gran parte inconscientes.

Determinista convencido —¿cómo, en efecto, conciliar la libertad con la "ciencia", es decir, con la rígida causalidad física?— no ve en el hombre sino un juego de fuerzas. Y la neurosis no será sino un caso de desequilibrio.

De una parte, un desarrollo sexual perturbado; de otra parte, un "Super-yo" puritano y déspota. El deseo reprimido pugna por realizarse y no encuentra otra solución que burlar la vigilancia del "Super-yo" policíaco y disfrazarse en forma de "síntoma".

Concebida así la neurosis no cabe otra terapéutica que la *analítica*.

El método terapéutico de Freud se llamará "psico-análisis". Se trata primariamente de analizar los *síntomas* —los síntomas de la enfermedad, los sueños, los actos fallidos, etc. — y llegar así al conflicto inconsciente, al "complejo". Para esto habrá que vencer la "resistencia" del enfermo; resistencia que no es sino una manifestación del mecanismo represivo del "Super-yo" y del "deseo" que tiende a realizarse y no logra hacerlo sino convirtiéndose en síntoma. Gracias a otro proceso mecánico —la "transferencia"— el paciente revivirá, esta vez conscientemente y guiado por el médico, el conflicto hasta entonces inconsciente. Al hacerse consciente el deseo reprimido podrá éste, también mecánicamente, ser sublimado en caso de que no pueda como tal ser aceptado por el yo consciente.

Pero —y aquí surge espontánea la objeción—, ¿basta esa terapéutica analítica, fría, impersonal y mecánica?

El hombre no es simplemente un juego de fuerzas, y la neurosis no puede consistir exclusivamente en un desequilibrio de tipo físico.

No negamos que en la base de muchas neurosis se encuentra un conflicto inconsciente, un deseo *reprimido*, pero ¿podemos, sin violentar una elemental lógica, concluir que ese deseo reprimido es la única y exclusiva *causa* de la neurosis; que la neurosis no *es* sino un frustrado conato de realizar ese deseo reprimido?

Al negar Freud la libertad humana, la genuina responsabilidad, la tendencia del hombre hacia algo que lo trasciende y lo explica, arranca del hombre lo que podríamos llamar su *dimensión específicamente humana*. No verá en la neurosis su *sentido* humano sino un simple error de mecanismo que hay que corregir. Pero ¿y la última corrección?

Al enfrentarnos con el hombre —y la neurosis es un conflicto humano— tenemos que considerar no una caricatura sino la totalidad de ese hombre. Y el hombre es —quiéralo o no Freud— libre y responsable; un ser para el cual su vida es una tarea que realizar, un ser que tiende hacia un "más allá" de valores objetivos, hacia un "absoluto" que lo pueda colmar plenamente, en el que encuentre la última clave de su vida y la paz de su corazón.

Mirada bajo esta perspectiva "humana" la neurosis cobra un nuevo sentido, un sentido existencial. No es tan sólo una falla en la relojería psíquica sino una actitud humana, una concepción de la vida. Y es esta concepción —falsa— la que hay que modificar y transformar si se quiere hablar de una genuina "curación". No basta con eliminar los síntomas; hay que ir a la raíz misma, atacar la neurosis en su dimensión humana.

Síntesis existencial.

De aquí que nuevas corrientes postulen junto a la terapéutica analítica una terapéutica sintética y constructiva. Pero, para evitar todo malentendido, no se trata de elegir entre una y otra. Es necesario aplicar *ambas*.

El hombre no es pura materia y, por tanto, no es puro determinismo y mecanismo, como Freud pretende haciéndose eco del siglo XIX. Pero tampoco debemos caer en el error contrario y concebir al hombre como un espíritu angélico, pura libertad, pura razón y voluntad.

El hombre ni es ángel ni es mera materia sino espíritu encarnado; razón y libertad, por consiguiente, pero limitadas, rodeadas y agitadas por una marea de irracionalidad y de impulsividad ciega.

Es necesario, por tanto, siguiendo el ejemplo de Freud, aunque sin esclavizarnos necesariamente a su método, ahondar en la vida inconsciente del enfermo y rastrear los conflictos latentes y reprimidos. Para esto las observaciones y la experiencia de Freud nos serán de no poca utilidad, aunque —como ya hemos dicho— su teoría de las neurosis sea incompleta y unilateral.

Pero no debemos contentarnos, una vez descubierto el "complejo", con llevarlo a la conciencia del paciente y valiéndonos de la "transferencia" provocar la "sublimación" en sentido freudiano.

No basta. Es necesario que veamos en ese "complejo" y en la neurosis resultante una actitud humana, un conato de solución —aunque falsa— frente al problema de la vida. Es esta "herejía vital" —usando una expresión del psicoanalista vienés I. Caruso— la que el neurótico tiene que reformar.

La neurosis es realmente una *crisis en el desarrollo psíquico* pero en un sentido más profundo que el comúnmente aceptado por los psicoanalistas freudianos. Es un conato por romper una red autista sofocante. El neurótico se "castiga" con sus trastornos sin que dejen de ser estos *también* una satisfacción disfrazada de sus impulsos reprimidos. Pero hay que ver *ambos* aspectos. De una parte el "regredido", el que niega aceptar la vida como "tarea", el que se refugia en la ilusión de una vida parasitaria y osmótica, el que quiere "tener todo", "gozar todo", "vivir todo", un pequeño dios es un universo de ficciones. De otra parte, el hombre que sufre, que siente el peso de una culpabilidad latente, que intuye en el fondo de su ser la falsedad de su solución "neurótica", de su huída de la realidad, que se afana por falsos caminos en romper ese círculo vicioso, que busca el "salvador" aunque sin saberlo encontrar ya que el camino hacia el "tú" está obturado.

Es necesario que el neurótico tome posición humana frente a su enfermedad y descifre su ignoto lenguaje. Es necesario que perciba no sólo los mecanismos sino los *valores* que están en juego. Que vea que su afectividad no madurada lo encierra en un yo infantil, que le impide apreciar el mundo y el prójimo en su perspectiva real. Es necesario que comprenda que vivir no es simplemente "recibir" sino también y sobre todo "dar"; que no es sólo "ser amado" sino amar, que no es ocupar el primer plano, representar el primer papel, sino colaborar en una tarea común y que supera infinitamente nuestros pobres límites.

Es necesario, por otra parte, que se sienta y acepte como es: limitado, menesteroso, débil. Ni es un pequeño dios ni siquiera un pequeño ángel sino un hombre; espíritu que se escarna y expresa en la materia pero que tiene que soportar el fardo de su inercia y aceptar sus limitaciones.

En una palabra, es necesario que el "neurótico" reencuentre un mundo de valores trascendentes; que vea el universo como una armoniosa jerarquía en la cual él tiene su lugar y su tarea.

Sólo cuando el neurótico haya reencontrado esa tierra firme y sólida reencontrará la seguridad perdida; la vida volverá a tener para él un "sentido". Abierta la cárcel narcisista, verá abrírsele el camino hacia el "tú", prenuncio del encuentro más íntimo y más pleno con el "TU" divino.

Sólo así podemos hablar de una genuina curación, de una auténtica "sublimación". No se trata de transformar o, más exactamente, transobjetivar "libido", sino de suscitar y despertar en el paciente tendencias reales, tan reales como las que provocaron el conflicto.

Todo otro procedimiento, toda terapia que se niegue a aceptar un mundo de valores objetivos y trascendentes no logrará solventar el problema crucial y más íntimo del neurótico: el de una "genuina redención". Logrará reprimir síntomas; sus resultados serán meramente "ortopédicos", pero no cambiará *la actitud neurótica* como tal.

Para esto es necesario suscitar el desarrollo psíquico del hombre *en todas sus dimensiones*.

El *análisis* —y volvemos a insistir en su necesidad— nos pondrá en contacto con la grieta íntima, con la disonancia inconsciente que se expresa veladamente en la enfermedad. Pero es necesario alcanzar la armonía total. Sólo así el neurótico se habrá encontrado a *sí mismo* y, en el fondo de sí mismo, al que es clave de todo lo que "es"; por lo menos, habrá encontrado el camino que a EL conduce. Pero EL es también el camino, como es la verdad y la vida.

Bajo esta perspectiva se nos presenta la misión del psicoterapeuta en toda su grandeza; misión en cierto sentido sacerdotal: la

de *orientar*, la de mostrar la ruta que conduce a la verdad, la de preparar el camino.

Al mismo tiempo intuímos la enorme responsabilidad que le incumbe: el peligro de olvidarse de su papel de "guía" y transformarse en "meta" y oráculo; de sustituirse al único que realmente puede redimir; de imponerse y levantarse así como obstáculo entre el paciente y el auténtico "médico de las almas".

La "transferencia" —la objetivación del conflicto neurótico proyectada y vivida en la relación personal del paciente y del psicoterapeuta— ha de liberar al enfermo de sus trabas y ponerlo en contacto con la realidad, con el "tú", con el "otro". Pero esta transferencia sólo podrá *resolverse* fecundamente cuando el psicoterapeuta lleve realmente el paciente al "otro"; cuando lo ponga realmente en contacto con un mundo de valores trascendentes, en la huella que conduce al infinitamente "Otro".

Sólo esta actitud humilde y respetuosa del psicoterapeuta logrará superar la transferencia y hacer posible que germine en el enfermo su auténtica personalidad.

"Que él crezca y que yo mengüe". Esta ha de ser la auténtica actitud del psicoterapeuta; no "salvar" *él*, sino facilitar el encuentro con el *"Salvador"*.

Anotaciones a la técnica freudiana.

De todo lo dicho se sigue que, sin desconocer los méritos de Freud, es absolutamente necesario superar, completar, no sólo la concepción freudiana, su psicología, su teoría de las neurosis, sino también su terapéutica analítica.

Pero superar no quiere decir hacer caso omiso, prescindir de lo superado. No se trata de *eliminar* el freudismo sino de integrarlo en un sistema más complejo, más conforme a la realidad, más profundo y verdadero. El que ignore la obra de Freud, el que se contente con criticarlo y denostarlo, el que pretenda hacer tabla rasa de todas sus aportaciones y se empeñe en sanar las neurosis con "sentido común", psicología casera, persuasión y retórica idealista, *no hará obra profunda*.

No basta hablar a un miope de las maravillas del paisaje; es necesario primero subsanar el defecto, hacer que "vea". Sólo entonces podremos enseñarle el maravilloso panorama de la vida, conseguir entusiasmarlo y hacer que "él" avance en pos del vasto horizonte.

En la obra de Freud no encontraremos un "panorama" capaz de subyugar, pero sí una *técnica* que nos permita "abrir los ojos" del enfermo.

No quiere decir que aceptemos esta técnica en todos sus pormenores; casi podríamos asegurar que la técnica psicoanalítica, tal como Freud la practicó, se practica ahora sólo excepcionalmente. Pero esto no quita que el método freudiano de interpretación de los sueños, asociaciones libres, análisis de las resistencias y transferencias, siga siendo el camino que conduce a ese mundo misterioso del inconsciente. Y este es otro de los grandes méritos de Freud: habernos *bosquejado* el instrumento capaz de alcanzar las zonas más profundas de nuestra vida psíquica.

Es cierto que la acentuación unilateral que Freud hace de la "libido" repercute también en su técnica de interpretación.

Hoy nos parece irrisorio el ver prácticamente en todo objeto del sueño un símbolo sexual. La misma distinción que Freud hace entre sueño manifiesto y sueño latente y que supone el mecanismo de la "censura" no nos parece tan importante y además tiene el peligro de hacernos pasar de largo junto a la riqueza polivalente del símbolo onírico y dejarnos únicamente con pobres y escuálidos esquemas preconcebidos. Finalmente, la primera y categórica afirmación de Freud de que todo sueño es la realización de un deseo es una de sus muchas generalizaciones y simplificaciones; y el mismo Freud tuvo que admitir en los sueños de ciertas neurosis de guerra el papel preponderante del "instincto de la muerte".

Pero todas estas unilateralidades no le quitan el mérito de haber sido el primero que hizo del sueño un objeto de la psicología y que reaccionó contra las teorías somáticas de la época. La psicología moderna ve ahora en el sueño no un simple conglomerado de imágenes, sin conexión y sin sentido, sino la expresión del dinamismo afectivo no suficientemente elaborado —vivido—, y que se manifiesta simbólicamente. El sueño tiene, por consiguiente, un "sentido" y es un precioso material que nos orienta en la vida psíquica.

Y *también*, claro está, pueden los sueños tener un sentido sexual y los símbolos oníricos pueden referirse a conflictos sexuales y, de hecho, no pocas veces se refieren. Pero *no necesariamente* el sueño ha de tener un sentido sexual, ni todo símbolo onírico ha de interpretarse sexualmente. Esto equivaldría a reducir una sinfonía a la partitura de un solo instrumento. Incluso lo "manifiestamente" sexual puede ser simplemente un símbolo de algo más profundo, y de hecho a menudo lo es, vgr., en ciertos sueños de "individuación" según la concepción junguiana.

Y, aunque de paso, notemos el mérito que a Jung corresponde de haber dilatado y ahondado la superficial y estrecha interpretación freudiana de los sueños. Ni éstos son meros deseos disfrazados, ni el inconsciente es únicamente producto de la "represión".

Para el *racionalista* Freud, el inconscien-

te era algo preponderantemente negativo, anárquico y brutal, y que sólo podía ser o reprimido despóticamente o sublimado; la "libido" como tal era una fuerza opuesta al yo —humano y social— y que había de alguna manera que neutralizar o encauzar.

Jung, en cambio, nos hará ver otro aspecto más positivo del inconsciente y nos mostrará la importancia que tiene en la *maduración personal*. No sólo la experiencia individual sino la experiencia de toda la humanidad late en el inconsciente de cada hombre y se cristaliza en símbolos —*arquetipos*—cargados de energía. Estos arquetipos aparecen en los sueños y llevan al hombre al encuentro íntimo consigo mismo (Selbst), lo maduran, lo integran, lo arrancan de las ficciones y constituyen una fuente de sabiduría humana y profunda que *compensa* la miopía y estrechez del "yo" consciente. Sólo cuando el "yo" se obstina en no aceptar su mensaje pueden irrumpir como marea devastadora y anegar la razón en un torbellino incontrolado de imágenes.

Pero sigamos hablando de Freud.

Otro de sus grandes méritos consistió en haber renunciado al hipnotismo y haberse valido para la exploración del inconsciente de las *asociaciones libres*.

La neurosis —nos dirá Freud— deriva de un deseo reprimido y que burlando la censura se expresa simbólicamente en síntomas. Los sueños, actos fallidos, etc., son también síntomas de un conflicto latente. Pero ¿cómo interpretar esos símbolos? La censura sigue vigilante desde la fortaleza invisible del "Super-yo" y se manifiesta en forma de *"resistencia"* que el enfermo opone al médico. Frente a las preguntas de éste el paciente se encogerá de hombros y dirá sinceramente que no recuerda. No queda pues otro remedio que burlar la censura. El paciente se tenderá sobre un diván, lo más cómodamente que pueda, y se limitará a observar y exteriorizar las imágenes e ideas que espontáneamente irán surgiendo a propósito de sus síntomas o del material onírico, suspendiendo del todo su *auto-crítica*.

Admitiendo que es el dinamismo afectivo inconsciente el que provoca y determina esas asociaciones, encontramos así la "clave" que nos permitirá descifrar el "sentido" de los síntomas, de los sueños, de los actos fallidos; en una palabra, la llave de la vida inconsciente. Esas asociaciones que en un comienzo aparecen inconexas y arbitrarias van en realidad perfilando un tema y nos permiten rastrear la huella del impulso reprimido e inconsciente.

Hay mucho de verdad en esto, y el método asociativo es un complemento necesario a la interpretación de los sueños. Pero nuevamente tenemos que precavernos contra la exageración.

Hemos dicho y repetido que la vida psíquica es inmensamente más rica de lo que Freud se imagina. La temática afectiva de las asociaciones libres no se reducirá pues necesariamente al contenido del complejo que las provoca. Además las asociaciones siguen sus propios caminos. Se corre, por consiguiente, el peligro de perderse en las ramas y alejarse cada vez más de lo que se pretende interpretar.

Es cierto que los "freudianos ortodoxos" tienen paciencia y sus análisis se dilatan en un número indefinido de sesiones, pero esto no quita la necesidad de podar el árbol de las asociaciones y reducir estas últimas a un *comentario de los símbolos* oníricos. No podemos perder de vista el *valor simbólico* del *sueño manifiesto*, y en lugar de correr a la zaga de vagas latencias tenemos que interpretar lo que *hay*. Pero como el símbolo es generalmente polivalente es necesario que utilicemos las asociaciones espontáneas para debelar lo que ese símbolo *simboliza al paciente*. El fuego puede significar calor, energía, luz, hogar, dinamismo, espíritu, amor, pero también puede significar dolor, destrucción, peligro, amenaza, concupiscencia, infierno, etc. Es necesario que el paciente nos exponga sus asociaciones espontáneas, pero no en forma de rosario etéreo y diluído sino concretamente en relación con el contenido onírico; en este caso, con el fuego.

Tendríamos finalmente que revisar el concepto freudiano de "transferencia". Freud lo concibe como un *mecanismo* que permite al enfermo *revivir* el conflicto reprimido. La "persona" del psicoterapeuta no desempeña como tal ningún papel y así debe éste mantenerse en una estricta y pasiva neutralidad. "No intervenir": es un axioma de la técnica freudiana.

Pero ¿es esto posible? ¿Es la transferencia un mero mecanismo o más bien una actitud humana?

La *atracción* que el paciente experimenta por el psicoterapeuta (transferencia positiva) o la *aversión* que por él siente (transferencia negativa) ¿son simplemente repercusión de un pasado remoto o más bien actitudes que se explican por la *situación* presente del enfermo?

Ya insistimos suficientemente en el aspecto *humano* de la neurosis y esto mismo nos obliga a ver en la "transferencia" no un mero *mecanismo de repetición* sino un fenómeno humano.

Es el abrirse del neurótico a una *persona* lo que explica la transferencia. Es esta relación inter-personal lo que da a la transferencia su importancia.

De aquí que una absoluta pasividad y neutralidad del psicoterapeuta sea imposible. Y quizás es esta forzada neutralidad lo que explica muchas "transferencias negativas". Qui-

(SIGUE EN LA PAG. 348)

* *

Monseñor Gustavo J. Franceschi

(28/7/1881 — 11/7/1957)

por JULIO JIMENEZ B., S. J.

POR singular coincidencia, el último de los incomparables editoriales de Monseñor Franceschi apareció en "CRITERIO" el mismo día de su muerte.

Afectado por un serio ataque cerebral, después de haber dictado una conferencia en Montevideo, debió ser internado en el Hospital Británico de esa ciudad. Había llegado una vez más hasta ella para cumplir un compromiso que tenía de hablar durante la celebración de las Primeras Jornadas Interamericanas del Movimiento Familiar Cristiano —el mismo que, entre nosotros, lleva tan vigorosa vida—. Ahí disertó, el 25 de junio último, acerca de "La misión del laico en el mundo contemporáneo" —tema del que cada palabra corresponde a alguna de las grandes y permanentes preocupaciones de Monseñor—. Esa conferencia, grabada en cinta magnética, fue reproducida, durante la enfermedad de su autor, como editorial de "CRITERIO", en el número cuya fecha vino a coincidir con la del día en que Monseñor Franceschi expiró: el 11 de julio último.

Hacía tiempo que su salud estaba muy quebrantada; y sus últimos días en Buenos Aires habían sido inquietantes para sus amigos. "Vengo hasta vosotros, decía él mismo al comenzar esa conferencia de Montevideo, derrotado, ronco, golpeado. He tenido dos caídas la semana pasada. La vejez está asentándose ya en mí, y las fuerzas me van faltando". No se había negado, sin embargo, el viejo luchador e infatigable apóstol. Como pudo, entregó su mensaje de siempre. Sin poder ya alcanzar el brillo ni sobre todo el orden y la integridad con que hasta poco antes exponía todos sus temas. Teniendo aun que interrumpirse, contenerse, disculparse —"Yo no puedo hablar más; quisiera, pero no puedo; tolerad mi enfermedad, mi debilidad, la buena voluntad mía. Aceptad no lo que digo, sino lo que tengo acá dentro y quisiera deciros"—. Utilizando todo el resto de sus fuerzas, pronunció ésa que habría de ser su última alocución y que, no sólo por eso sino aun por el contenido, puede valer por un testamento.

* * *

Toda su vida había sido de intenso y múltiple apostolado. Sobre todo en el plano de la acción intelectual, había llegado a ejercerlo con singular perfección, amplitud y eficacia. Su figura de dirigente intelectual católico era única, no sólo en Argentina, sino en toda América; y quizás si, en su género periodístico, no tenía parangón en el mundo. Ejercía un magisterio excepcional que, pese a carecer de carácter oficial, era esperado y escuchado poco menos que como palabra definitiva a través de todo el Continente. Era como la voz misma de la ortodoxia, frente a los mil cambiantes problemas modernos. Desde las columnas de "CRITERIO", había llegado a ser como un trasunto viviente de las "Reglas para sentir con la Iglesia". Gracias a él —según decía hace pocos años "L'Osservatore Romano"—, "sin que haya pasado a ser en ningún sentido una revista oficial, CRITERIO es para los católicos argentinos una verdadera bandera. No ha habido problema de alguna importancia, sea para el ambiente de Argentina como para el exterior, que no haya sido tratado ahí con precisión y con firmeza, aun adelantándose no pocas veces a futuros problemas y criterios". Después de enumerar algunos de los asuntos que así aparecen frecuentemente en sus páginas, añadía: "Entre todos sus méritos, CRITERIO ha tenido uno que debe ser recordado particularmente: cuando ciertas corrientes políticas de carácter casi internacional, de veinte o diez años hace —se refiere a los nacionalismos totalitarios—, dividieron las opiniones aun de los católicos, CRITERIO se mantuvo firme como una roca en la exactitud de la doctrina y en la caridad más entera. Es verdad que entonces fue comprendido por los menos y recibió reproches de los más, enrolados en

uno u otro bando; pero su línea no fue alterada".

* * *

Cuando abordaba problemas de esa índole, podía decirse de Monseñor Franceschi lo que él escribió a propósito de la alocución natalicia de S. S. Pío XII sobre la Democracia, en 1944: "He oído decir a algunos, escribía, que se trata aquí de un acto meramente político. Tal concepto es sustancialmente inexacto. Se trata de un acto del magisterio eclesiástico en que se aborda un aspecto de la doctrina católica acerca de un problema de moral política, lo que es completamente distinto". Aparte la diferencia de que sus editoriales no constituían acto alguno del magisterio eclesiástico, sino privados y personales comentarios suyos, todo lo demás de esas palabras puede aplicárseles: cualquier problema tratado por Monseñor Franceschi en su revista, no lo era bajo su aspecto temporal —político o lo que fuera—, sino bajo el aspecto teológico, doctrinal, "sub specie æternitatis". Se había impuesto, como él mismo escribía, la misión de que la revista fuera *"criterio,* es decir, instrumento de discriminación entre la verdad y el error" y que aclarara "para sus lectores el pensamiento católico sobre los problemas fundamentales de la actualidad y de siempre."

Tenía capacidad y formación proporcionadas para hacerlo. No era un simple escritor, con mayor o menor "facilidad de pluma". Es indudable que también poseía un admirable don de hacer tersa y trasparente la exposición aun de las más abstrusas cuestiones. Pero lo fundamental, lo indispensable y esencial, lo que le daba esa autoridad única, era su calidad de pensador. De recia y auténtica formación teológica y filosófica, ahondada a través de toda su vida de incansable estudioso, y completada por una erudición eclesiástica y profana muy amplia y firme, de mente profunda, flexible y equilibrada, era capaz de ver con claridad y seguridad los problemas particulares bajo la luz serena y penetrante de los principios supremos, era apto para distinguir lo que, aun siendo semejante o vecino, es sin embargo diverso en su naturaleza y en sus proyecciones, era idóneo, por lo mismo, para dar respuestas sólidas y matizadas, de valor eterno y a la vez adaptadas con exacta verdad a la vida. Nada tan lejos de él como el simplismo y la rigidez, esa falta de inteligencia, que de los principios no alcanza a ver sino las fórmulas materiales, sin penetrarlas ni, consiguientemente, darles su verdadero y exacto sentido; que, por lo mismo, se paga de huecas grandilocuencias y se cierra en aplicaciones rígidas y muertas, falseadas por lo unilaterales, aunque los tontos y los ignorantes crean que en eso está la suprema perfección. No escasearon, de parte de los tales, las acusaciones contra Monseñor Franceschi, en las que no se sabe si admirar más la ignorancia de sus acusadores, o el atrevimiento de pretender ellos corregir la doctrina de quien sabía (no digo sabía más que ellos —que sería muy poco decir—, sino sabía, así a secas).

* * *

Sería imposible detallar aquí toda esa vida de intenso y múltiple apostolado. Baste mencionar siquiera al gran orador sagrado, que lo fue con toda la seriedad, solidez y responsabilidad de quien desempeña una misión, en los templos y en las calles, lo que culminó en esa noche de los hombres del Congreso Eucarístico Internacional de 1934, en la que medio millón de sus "hermanos varones" fueron por él adoctrinados y encendidos para acercarse a Cristo. Conferenciante de amplia y segura visión de los problemas y de aguda sensibilidad social, llevó la doctrina de Cristo y las insistencias de los últimos Pontífices a todos los oídos, a los que deseaban escuchar y también a los que preferían que no se les hablara de esas cosas —según advertía San Pablo que "vendrá tiempo en el que no soportarán la sana doctrina, sino que se buscarán maestros que les halaguen los oídos"—. Ni se contentó este "sacerdote socialista" —así fue calificado reiteradamente— con enseñar y defender la buena doctrina y sufrir acusaciones por ello, sino que procuró su inmediata aplicación con múltiples iniciativas de legislación y en la fundación de sindicatos y asociaciones obreras. Al mismo tiempo ejercía un intenso ministerio sacerdotal en contacto inmediato con las almas —incluso con iniciativas de la amplitud del "Servicio Sacerdotal de urgencia"—, y enseñaba varias disciplinas con entero dominio de las mismas, y fundada sociedades culturales en las que el sacerdote actuaba al menos por presencia —como la Academia Argentina de Letras o el Museo Oceanográfico de La Plata—. Entre otras actividades, hasta realizaba alguna investigación seria de orden biológico —suya es cierta monografía sobre "Una nueva forma de nudibranquios en la Argentina: la polycera quadrilineata, variedad marplatensis", que había sido identificada por él mismo—.

Pero todas ésas y múltiples otras ocupaciones, inspiradas todas por su afán de servir a Cristo y su Iglesia y de acercarle las almas, casi desaparecen ante la magnitud e importancia de su labor como escritor. Se resume en pocas cifras: una veintena de libros, múltiples actividades periodísticas a través de toda su vida, y, sobre todo, veinticinco años en la dirección y principal redacción de "CRITERIO". Lo que todo eso representa, la profundidad y extensión de la influencia así ejercida, los resultados ulteriores encadenados

a esa influencia, es cosa que sólo Dios puede conocer. Ciertamente es inmensa. Ya indicamos el valor que fuentes autorizadísimas atribuían a esa permanente enseñanza y orientación de Monseñor Franceschi en su revista. Así él ha estado respaldando lo que hacían los demás; y en una u otra forma, de un modo más o menos inmediato, ha sido uno de los mejores artífices de la renovación, en todo orden, que ha ido él mismo viendo y atestiguando en el catolicismo de su patria y aun de toda América.

* * *

Porque —y sea ésta la última característica que recordemos del noble apóstol—, en todas las intervenciones de Monseñor Franceschi resalta, junto a esa profundidad y seguridad de pensamiento y a esa amplitud y seriedad de su información documental, su perenne juventud de alma, su optimismo entusiasta, acogedor, comprensivo y estimulante. No valía para él la vieja cantinela de que "todo tiempo pasado fue mejor". El vivía contento en el presente, mirando esperanzado al porvenir. En esa su última conferencia de Montevideo volvió a rechazar la idea de quienes piensan que vamos hacia atrás, que "la religiosidad, el cristianismo, está enfermo entre nosotros. No es así, no está enfermo: está vigoroso como nunca lo he visto"; e, igual que en muchas otras ocasiones, detallaba los mejoramientos enormes respecto a su juventud y mostraba cómo ya se va alcanzando "lo que hacía falta, o al menos mucho de lo que considerábamos necesario". Gozaba, especialmente, comparando el valor y eficacia del apostolado laico de nuestros días, con las timideces y escasez de antaño; y haciendo ver cómo la Iglesia, mirada antes con tan altanero desprecio, es ya tomada en cuenta, respetada, escuchada y seguida. Lo que callaba era la parte que, según indicamos, le correspondía a él mismo entre los factores de esa transformación.

Monseñor Franceschi, que tanto admiró y veneró a Pío XI, creo que pocas veces se habrá sentido tan dentro del pensamiento y del corazón de ese grande y viril Pontífice, —tan "bien interpretado", diríamos, en su propia actitud—, como cuando haya leído en las consignas que en 1937 daba al Episcopado francés, que "nuestra época es una de las más turbulentas que haya conocido la humanidad, pero es también una de las más hermosas: porque es una época en la que no está permitido el ser mediocre, en la que las vidas cristianas se abren en todo su esplendor y en la que se preparan los triunfos de la Iglesia". Eran los días en que Roma se veía profanada por la visita de "una cruz que no es la de Cristo" y el Papa, en señal de protesta y condenación, se ausentaba a Castel-Gandolfo; eran días de persecución contra cristianos y judíos en la Alemania de Hitler y de ateísmo militante en la Rusia Soviética; eran días que, hasta para los menos tímidos, amenazaban guerras y ruinas. Pero era también, decía el Sumo Pontífice, una de las épocas más hermosas de la historia humana: no permitía ser mediocre, y preparaba así el reinado de Cristo y su Iglesia.

Esta fue la época que Monseñor Franceschi vivió plenamente, identificado con ella, gozoso de pertenecerle y de contribuir a encauzarla hacia el bien. Luchó en ella, sufrió dificultades, incomprensiones, desconocimientos, tergiversaciones, oposiciones abiertas o solapadas, calumnias y aun la cárcel por Cristo; y la estimó una de las épocas más hermosas para vivir, en la que no fue mediocre y preparó como pocos los triunfos de Cristo y de su Iglesia.

(VIENE DE LA PAG. 345)

zás no se deben éstas tanto a un pasado negativo que revive sino a un presente en el cual el neurótico no encuentra el calor humano, la "redención" que anhela.

En realidad no es el fantasma del pasado sino el "presente" del neurótico el que tenemos que readaptar a un universo de cosas y personas, de verdades y valores. En la transferencia es la mano del enfermo que se tiende esperanzada al médico transformado en un "salvador". Es necesario estrechar esa mano, *guiar* al neurótico extraviado en un laberinto, levantarlo y sostenerlo. Pero, y aquí viene la gran tentación, el psicoterapeuta elevado por el enfermo a la categoría de un pequeño dios no debe olvidar que el paciente busca en último término un "Absoluto". A través del "tú" del psicoterapeuta debe el enfermo reencontrar el camino que conduce a la "realidad", al "tú humano" y al supremo "TU". El psicoterapeuta no debe olvidar que él no es la "verdad" ni la "vida" sino *el que da testimonio de la verdad;* la mano que levanta y señala el camino. Nada más; pero una sublime misión.

Muchos otros puntos tendrían que ser comentados y discutidos para tener una idea más exacta y profunda del freudismo, de sus grandes y valiosos aportes, de sus no menos grandes limitaciones y simplificaciones. *Criticar* a Freud no es negarlo ni rebajar sus méritos. Sólo la crítica mantiene realmente vivos a los grandes hombres. Y ese fue ciertamente S. Freud: un gran hombre. Trabajador infatigable, luchador tenaz, observador genial, revolucionó la psicología y la psiquiatría dilatándolas en una nueva y profunda dimensión.

La Iglesia y el control de nacimientos

por EUGÉNE TESSON (1)

DIOS ha inscrito en el hombre, debido a la naturaleza misma que le ha dado, ciertas exigencias fundamentales a las que el hombre ha de conformarse para actuar como ser humano, y las cuales forman los primeros principios de la moral.

Un examen, por tanto, de la naturaleza humana permite descubrir las intenciones directrices del Creador. Es demasiado evidente que el Evangelio de ninguna manera libera al cristiano de la ley natural. Para imitar a Cristo hemos de obedecer no menos a la moral humana que a los preceptos evangélicos.

Sin embargo, hay que reconocer que este llamado a la naturaleza del hombre, con el fin de descubrir las normas de la moral, provoca en un gran número de nuestros contemporáneos, cierto malestar y desconfianza, cuando no de rebelión. La naturaleza, ¿no ha sido, acaso, creada para ser dominada y utilizada según los fines que el hombre quiere conseguir? Y para orientar nuestra actividad, ¿no es mejor el amor, al que San Juan y San Pablo, siguiendo a Cristo, han colocado como ley suprema, por encima de los mandamientos particulares?

Por consiguiente, ¿no se habría de recurrir al amor en primer lugar, al trazar la línea de conducta de los esposos?

Es cierto que Dios ha dado al hombre el dominio sobre las fuerzas del universo. Sin embargo, hemos de advertir que nuestra actividad sólo puede ejercerse gracias al conocimiento de esas mismas leyes que rigen al mundo y a la sumisión a sus exigencias.

Aun en el dominio científico nuestra actividad está en función de esa sujeción. Más todavía, nuestra situación frente a la naturaleza humana no es tan simple. Es verdad que nuestro cuerpo está subordinado a determinismos biológicos y físicos de la naturaleza y es indudable que bajo este respecto es objeto de ciencia. Pero nuestro cuerpo es también parte integrante de nuestra persona; forma él un todo con el espíritu que le anima. El uso que nosotros hagamos del cuerpo ha de estar regulado por la moral; y el examen de nuestra naturaleza, bajo su doble aspecto material y espiritual nos descubre los principios primordiales de esta moral.

La estructura misma de nuestro ser se-

(1) El autor, profesor de moral en el Instituto Católico de París, publicó este trabajo en la Revista Etudes, dic. 1956, p. 375.

ñala lo que debemos querer llegar a ser. Si bien es cierto que la regla suprema de la actividad humana ha de encontrarse en el amor, no es menos cierto que este amor sólo puede expresarse respetando las otras leyes de nuestra naturaleza.

En ningún campo de actividades, esta obligación de sujeción a las leyes de la naturaleza, se impone con mayor evidencia que en la unión del hombre y de la mujer.

En todo el reino animal la sexualidad es una función ordenada hacia la perpetuidad de la especie. El hombre no puede sustraerse a esta orientación fundamental.

El uso de la sexualidad, es verdad, no encuentra en el hombre su sentido pleno sino inspirado por el amor. Sin embargo, no puede negarse que los órganos de unión son también órganos constituídos para la generación, y que la unión carnal, cualquiera sea su repercusión sentimental, no puede divorciarse de la procreación a la que está manifiestamente ordenada.

Por otra parte, esta orientación impresa en la naturaleza, lejos de ser secundaria respecto al amor entre el hombre y la mujer, expresa la exigencia fundamental de este mismo amor. So pena de perderse en un egoísmo cerrado de dos personas, dicho amor ha de superarse a sí mismo y abrir la comunidad de los esposos hacia el porvenir. Tal aspiración se cumplirá normalmente mediante la descendencia. Para ser fiel a sí mismo, el amor conyugal que implica el ejercicio de la sexualidad, ha de asumir las obligaciones inherentes a ésta y haciendo esto le da un valor que trasciende la animalidad.

Las enseñanzas de la Iglesia no hacen otra cosa que mantener, a pesar de todas las debilidades e ilusiones, este orden fundamental.

Por otra parte, estas mismas enseñanzas no hallan en nuestros días tantos adversarios serios. Se puede afirmar, sin temor, que los partidarios de una libertad sexual absoluta en el matrimonio, son relativamente poco numerosos.

La dificultad, en cambio, se presenta para nuestros contemporáneos, solamente cuando la Iglesia afirma que su exigencia en este punto no puede tolerar excepción alguna. El carácter absoluto de la ley, levanta gran oposición en amplios sectores.

Antes de hacer su defensa, hay que indicar lo más claramente posible, cual sea este carácter absoluto.

Sería un error pensar que una familia tiene la obligación de procrear todos los hijos que la mujer pueda concebir desde el matrimonio hasta que termine su período de fecundidad.

Pío XII no teme emplear la expresión "regulación de nacimientos" (2) para indicar que el ritmo de la procreación ha de estar sometido a la razón y a la prudencia cristiana. El Papa reconoce que existen numerosas causas de diversos órdenes que autorizan a los esposos a diferir la procreación y aún en ciertos casos en forma definitiva.

No prohibe, con esto, el Papa, toda relación conyugal, a los esposos que se encuentren en alguna de estas situaciones. Tan legítimas son las relaciones conyugales en los períodos agenésicos (3) como después de la menopausia.

Lo absoluto de la ley se refiere, por lo tanto, esencialmente a la prohibición del "fraude", es decir, a suprimir voluntariamente a las relaciones conyugales entre los esposos sus posibilidades normales de fecundidad.

Es inevitable que por esta posición clara y terminante se acuse a la Iglesia de intransigencia e incomprensión y aún de hipocresía; hipocresía, porque la Iglesia admite el método Ogino, el cual para algunos matrimonios podrá ser conducente al fin que se intenta, pero para otros esposos no lo será, y así se les coloca, a pesar de su buena voluntad, en una situación trágica.

---

(2) Discurso a la Asociación de familias numerosas, 26 nov. 1951.

(3) El Papa agrega la siguiente advertencia de gran importancia: "Se puede asimismo esperar (en esta materia la Iglesia confía, como es natural, en el juicio de la ciencia médica) que ésta logrará proporcionar a este método permitido, una base suficientemente segura, y las más recientes informaciones parecen confirmar esta esperanza. Léase a este propósito el importante discurso del Papa dirigido el 29 de octubre de 1951 a las matronas italianas.

¿Intransigencia? Sin lugar a duda. Nos encontramos en el punto preciso, entiéndase bien, del cual depende toda la moral. Ya que a partir del momento en que se rechace la existencia de principios intangibles que se imponen al hombre, ¿en qué quedaría la vida moral? ¿Cómo se podrá orientar? La conciencia es ciertamente el guía inmediato de nuestras acciones, pero la conciencia ha de informarse acerca del camino que ha de seguir. Esta información exige búsqueda activa y objetividad. No lo ignoramos, en nosotros mismos, en el interés, el egoísmo, la pasión, etc., la conciencia encuentra sus más temibles adversarios. Uno de los mayores beneficios que la Iglesia ofrece al cristiano, es ser guardián de la rectitud de sus acciones.

Además, desde el momento en que pretendamos prescindir de estas leyes morales fundamentales, ¿cómo evitaremos la tiranía de la sociedad? El Estado pasará a ser el maestro supremo de la conducta humana. Hace ya treinta años que hemos visto las consecuencias de este dominio totalitario del Estado sobre los individuos.

Los partidarios del llamado "Control de nacimientos", ¿desean la instauración de semejante régimen?

En realidad, las exigencias morales son para nosotros generadoras de progreso, porque, precisamente en algunos puntos al menos, no admiten excepción alguna. De ahí que pese a nuestras debilidades y faltas, la moral nos obliga a mirar siempre hacia adelante. Y aunque nosotros nos desviemos a menudo de sus normas, siempre sus exigencias aparecen ante nosotros como un ideal de lo que deberíamos procurar ser.

La enseñanza de la Iglesia sobre las relaciones conyugales no hace sino defender uno de esos puntos fundamentales de la moral humana. Pese a todas las explicaciones y justificaciones es indiscutible que atentar voluntariamente contra la fecundidad de las relaciones conyugales, es ir contra las exigencias de esas mismas relaciones, es perturbar el dinamismo de la naturaleza, es desconocer la inclinación profunda del amor. Si se rechaza voluntariamente la procreación, el valor innegable de otros fines pretendidos con la unión carnal jamás proporcionará una compensación tal que se evite el desorden, el pecado. Ya que, en un punto primordial, la voluntad humana se habrá apartado del querer divino.

Ese "no es lícito" es uno de los elementos intangibles de la moral matrimonial. Sobre este particular, como lo ha declarado Pío XII, la Iglesia jamás variará (4).

Sin embargo, la Iglesia no reprueba una maternidad regulada por una prudencia que se adapte a las circunstancias y que no obligue a la madre de familia a debilitarse. Sobre esto, el Papa nos ha señalado las directivas necesarias mencionadas más arriba.

Hemos de tener bien presente que sería un grave error querer reducir toda la moral matrimonial a la prohibición de que hablamos.

Si en este dominio, muchos esposos se encuentran con dificultades que les parecen insuperables, ¿no será porque ellos no colocan su ideal de vida bastante elevado? Nunca se superarán estos obstáculos con simples recetas, ni con el recurso a cualquier método materialmente aplicado, Ogino u otro. Lo que es urgente no olvidar, es que el matrimonio es una vocación, y que debe estar animado de una potente y profunda espiritualidad centrada en el amor, la caridad, la cual requiere el recurso de la gracia divina pedida en una plegaria que se repita sin jamás desanimarse.

Jamás se dirá suficientemente que la comunidad familiar ha de ser escuela de don de sí mismo, don de los esposos, el uno al otro en comprensión y ayuda mutua, para estar más perfectamente entregados a la educación de los hijos.

Desde este punto de vista se han de mirar las posibles debilidades. En tanto que éstas sean juzgadas y condenadas como tales, jamás impedirán la marcha hacia adelante.

---

(4) cfr. Casti Connubii. Encíclica sobre el Matrimonio Cristiano. 31 dic. 1930.

(SIGUE EN LA PAG. 361)

Los católicos españoles frente al problema del salario

por JOSE MARIA DIEZ-ALEGRIA, S. I.

Nota — Por medio de un corresponsal hemos recibido copia del texto de una Conferencia pronunciada por el R. P. José María Díez-Alegría, S. I., el día 5 de abril de 1956, en la Cámara de Comercio de Madrid. El autor es Profesor de la Facultad de Filosofía de Alcalá de Henares. Acabamos de recibir su autorización para publicarla en nuestra revista. Nos complacemos en poder ofrecer a nuestro público este excelente trabajo aún inédito.

Hechos.

NO pretendo dar aquí un desarrollo completo de la doctrina del salario, sino examinar a la luz de los principios algunos de los problemas de conciencia que se suscitan al catolicismo en nuestra patria.

La cuestión se plantea entre nosotros en estos términos:

1) En España gozamos de una aparente tranquilidad social, que no se apoya en sólido equilibrio, sino más bien en el poder político y debajo de esa tranquilidad hay un profundo descontento y sorda hostilidad de los obreros, en gran parte justificada. 2) La malquerencia del obrero se refiere también a la Iglesia, aunque no tal vez en primer término. 3) Los salarios legales son en gran parte injustos en principio, por excesivamente bajos, sin que la subida recientemente decretada cambie sustancialmente este estado de cosas. 4) De una manera muy general los empresarios no hacen problema de si deben dar una retribución superior al salario legal; se contentan con éste, sin que hayan faltado casos de fraude en el cumplimiento de las leyes. 5) En conjunto el modo de proceder de las instituciones eclesiásticas no ha sido distinto en este punto (demos por supuesto que sin incurrir en fraudes de la ley). Por lo menos la Iglesia no ha dado la sensación de proceder de un modo distinto de la clase patronal en general. 6) Al obrero español, que es con frecuencia poco culto y falto de formas (aquí hay que preguntarse, no obstante, sobre quién carga la responsabilidad de ese estado de cosas), al obrero español se le trata muy comúnmente como a un ser inferior, no se le guardan las formas de consideración personal normales. Con esto se conculcan deberes ético-sociales fundamentales, sin que se puedan aducir en este caso, como en el caso de la remuneración económica, razones de imposibilidad. 7) El obrero español no tiene realmente ningún medio efectivo para llevar adelante sus derechos en el establecimiento de las bases de trabajo, teniendo que estar pasivamente a lo que haga de él la mas o menos eficaz buena voluntad del Gobierno. 8) En los últimos veinte años, el catolicismo español en conjunto y considerado en sus diversos estamentos más bien ha guardado silencio acerca de estos problemas, probablemente por tratarse de una cuestión espinosa y desagradable para casi todos, menos para los obreros, para quienes resulta vital que la cuestión se plantee en serio.

Estos son los hechos. No todos los hechos, pero sí hechos fundamentales y enormes de nuestra verdadera situación en el campo social. Vamos a reflexionar sincera y profundamente sobre ellos, haciéndonos cargo también, a lo largo de nuestros desarrollos, de todos los otros aspectos complementarios de la realidad insoslayable y tremenda que acabamos de reseñar. Es un deber contemplarla de frente.

Principios cristianos sobre la propiedad.

Para darnos cuenta de la radical injusticia que tal estado de cosas representa, permítaseme leer el principio fundamental de la teoría católica de la propiedad de los bie-

nes materiales, tal como la expone Pío XII en su Radiomensaje del 1.º de junio de 1941, pronunciado con ocasión del quincuagésimo aniversario de la Encíclica "Rerum Novarum":

"La encíclica *Rerum Novarum* expresa sobre la propiedad y sobre el sustento del hombre principios que con el tiempo nada han perdido de su primitivo vigor y que hoy, pasados ya cincuenta años, conservan todavía y difunden vivificadora su íntima fecundidad. Nos mismo ya reclamamos la atención de todos sobre su punto fundamental en Nuestra encíclica *Sertum lætitiæ*, dirigida a los Obispos de los Estados Unidos de América del Norte; punto fundamental que consiste, como allí decíamos, en la afirmación de la ineludible exigencia de *que los bienes, creados por Dios para todos los hombres, afluyan equitativamente a todos, según los principios de la justicia y de la caridad.*

"Todo hombre, como viviente dotado de razón, tiene de hecho, por naturaleza, el derecho fundamental de usar los bienes materiales de la tierra, aunque se haya dejado a la voluntad humana y a las formas jurídicas de los pueblos el regular más particularmente su realización práctica. Semejante derecho individual no puede en modo alguno ser suprimido, ni siquiera por otros derechos ciertos y pacíficos sobre los bienes materiales. Sin duda que el orden natural, que se deriva de Dios, requiere también la propiedad privada y el libre comercio recíproco de los bienes por medios de cambios y donaciones, así como la función reguladora del poder público sobre estas dos instituciones. Sin embargo, todo esto permanece subordinado al fin natural de los bienes materiales, y no se podría hacer independiente del derecho primero y fundamental de su uso que corresponde a todos, sino que más bien ha de servir para hacer posible su realización conforme a su fin. Sólo así se podrá y se deberá lograr que la propiedad y el uso de los bienes materiales lleven a la sociedad una paz fecunda y una consistencia vital, y que no sean tan sólo condiciones precarias, generadoras de luchas y de odios, y abandonadas al arbitrio del despiadado juego de la fuerza y de la debilidad." (AAA 33, 1941, 199 y 231–232. CEDP, 468 b–469 a).

Hasta aquí las palabras del Papa.

Régimen injusto.

Pues bien, si esto es verdad, y si, por otra parte, entre nosotros la mayoría de la población —contando con los trabajadores del campo— vive una vida infrahumana y no encuentra un acceso mínimo suficiente al disfrute de los bienes "creados por Dios para todos los hombres", es decir, también para ellos, que son el mayor número, resulta que nuestra estructura jurídico-social y económico-social se ha convertido en el mecanismo de realización de una situación monstruosamente antijurídica, de una estable y organizada conculcación de aquella "ineludible exigencia" ético-jurídica que constituye el punto fundamental de la doctrina de la propiedad, punto al que la misma institución de la propiedad privada —incluso en cuanto exigida por el derecho natural— está subordinada.

Un régimen concreto de propiedad privada que de hecho viene a prevalecer estable y mayoritariamente sobre el derecho fundamental que, en frase del Papa, "no puede en modo alguno ser suprimido", es un régimen injusto, tan injusto por lo menos como sería un régimen colectivista, considerado exclusivamente en cuanto organización económico-social de la propiedad de los bienes materiales. Pero nuestro régimen concreto de propiedad privada realiza de hecho esos supuestos, desde el momento en que con él la la mayoría del pueblo se ve privada de los recursos vitales mínimos necesarios para una vida humana.

Es bajo la luz, casi cegadora, de esta realidad, como debemos afrontar hoy los problemas y las responsabilidades del catolicismo español en torno al tema del salario. No se trata más que de uno de los aspectos de un vasto horizonte, en que se perfila la acuciante necesidad de llegar, según ha expresado el Papa, a la "elaboración de un estatuto de derecho público de la vida económica y de toda la vida social en general, según la organización profesional". (Discurso al Movimiento Obrero Cristiano de Bélgica, el 11 de septiembre de 1949, AAA 41, 1949, 551. CEDP, 516 b–517 a). Y por debajo de esto, de una manera insoslayable a nuestro juicio, a una revisión profunda de las instituciones de Derecho Privado, tanto Civil como Mercantil, que asegure fundamentalmente una estructuración jurídica teórica y práctica de la propiedad privada conforme a las verdaderas exigencias del Derecho Natural.

Mas, por otra parte, el aspecto del justo salario es el que de una manera más directa e inmediata corresponde al estamento empresarial afrontar. Es el problema que hoy mismo, de una manera directa y personal, atañe a cada uno de los empresarios de España. Por eso fijamos hoy en él nuestra atención.

Hace ya cinco años, el 11 de marzo de 1951, Pío XII dirigía a los obreros de España estas graves palabras:

"Por eso la Iglesia defiende el derecho a la propiedad privada, derecho que ella considera fundamentalmente intangible. Pero también insiste en la necesidad de una distribución más justa de la propiedad y denuncia lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social donde, frente a un pequeño grupo de privilegiados y riquísimos, hay una enorme masa popular empobrecida. Siem-

* * *

pre habrá desigualdades económicas. Pero todos los que de algún modo pueden influir en la marcha de la sociedad deben tender siempre a conseguir una situación tal que permita a cuantos hacen lo que está en su mano no sólo el vivir, sino aún el ahorrar.

"Son muchos los factores que deben contribuir a una mayor difusión de la propiedad. Pero el principal será siempre el justo salario. Vosotros sabéis muy bien, queridos hijos, que el justo salario y una mejor distribución de los bienes naturales constituyen dos de las exigencias más apremiantes en el programa social de la Iglesia." (AAS, 43, 1951, 214-215, CEDP, 529).

Yo me pregunto: ¿se ha dado en España al problema del justo salario el tratamiento de urgencia, la consideración y la actuación eficaz que exige en la mente de la Iglesia? El catolicismo español, en su conjunto, contempla impasible e inactivo la sistemática desatención —en increíbles proporciones de extensión y de intensidad— de la exigencia del justo salario. Pío XII decía a los obreros de España: "Vosotros sabéis muy bien... que el justo salario" constituye una "de las exigencias más apremiantes en el programa social de la Iglesia". Pero, ante la palpable contradicción entre estas palabras del Papa y la actitud real del catolicismo en nuestra patria —considerado en su conjunto—, es necesario preguntarse si nuestros obreros pueden "saber" de verdad lo que el Papa supone que saben, o si más bien la inconsecuencia de nuestras obras roba todo poder de inteligibilidad a las hermosas palabras. Porque al Papa, en cuya mano sólo está impartir la verdadera doctrina, le quitamos nosotros, los católicos de España, con nuestra obstinada inconsecuencia, la posibilidad de poderse dirigir a los obreros con aquella fórmula convincente de Cristo a los judíos: "Si no queréis creerme a mí, creed a las obras."

Yo, señores, no soy un político, ni un propagandista, ni siquiera un sociólogo (eso tan temido y tan poco apreciado por no pocos economistas). No estoy mediatizado ni por los proletarios ni por los capitalistas ni por los hombres públicos. Soy un profesor de Filosofía en una Facultad universitaria de la Iglesia. Mi especialidad es la Etica y la Filosofía jurídica. Pues bien, la misión del filósofo es encararse con la realidad existente en una reflexión radical y serena, auténticamente sincera y ajena de compromisos con todo lo que no sea la verdad. Permitidme, pues, que, con la actitud que a un profesor de Filosofía corresponde, me adentre en el tema específico de esta conferencia.

Doctrina Católica sobre el salario.

La doctrina católica sobre el salario puede seguirse escalonadamente desde León XIII a Pío XII. Citemos, por ejemplo, la *Rerum Novarum* de León XIII, la *Casti Connubii*, la *Quadragessimo anno* y la *Divini Redemptoris* de Pío XI (Cartas Encíclicas todas ellas) y los Radiomensajes y Discursos de Pío XII, en concreto el ya citado conmemorativo de la *Rerum Novarum*, el Mensaje de Navidad de 1942 y el Discurso del 13 de junio de 1943 a los obreros italianos, entre otros muchos que podrían enumerarse.

León XIII declaró la obligación de justicia del salario vital (suficiente para que el obrero pueda llevar una vida humana conveniente) y en general la obligación del salario familiar (suficiente para la honesta y conveniente sustentación de la familia).

Pío XI se refiere al salario familiar como obligación de justicia social (expresamente en *Divini Redemptoris*, AAA 29, 1937, 92 s. CEDP, 453 a.) y también inequivocadamente como obligación de justicia conmutativa (en *Casti Connubii* y sobre todo en *Quadragesimo* comparada con *Divini Redemptoris:* el salario familiar que se estableció en *Quadragesimo*, aclara *Divini Redemptoris*, es el que se debe "ex districta iustitia". Por lo demás era suficientemente claro en el mismo texto de *Quadragesimo anno* que se hablaba de un deber de justicia conmutativa. Véase AAS 22 1930, 586 s.; 23, 1931, 199-202; 29, 1937, 80. CEPD 971, 404 b-407 a, 445 b-446 a).

Pío XII considera que "el derecho a trabajar, como medio indispensable a la manutención de la vida familiar", es uno de los "derechos fundamentales de la persona"; afirma que "todo trabajo posee una dignidad inalienable" y que de esta nobleza moral del trabajo se deriva como ineludible consecuencia práctica la exigencia "de un salario justo, suficiente para las necesidades del obrero y de la familia" y "la conservación y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una segura, aunque modesta, propiedad privada a todas las clases del pueblo" (Radiom. de Navidad de 1942. AAS, 1943, 16 s. CEDP 216 b-218 a). En esas importantes afirmaciones, aparte otras cosas, se contiene formalmente la afirmación de un salario familiar debido al trabajo por justicia conmutativa, ya que el reconocimiento, respeto y salvaguarda de los derechos fundamentales de la persona humana en cuanto tal (por ejemplo, el derecho a la vida) es objeto inequívoco de la misma justicia conmutativa.

Basta un simple examen de los textos a que nos estamos refiriendo, para comprender que se trata en los mismos de un salario (es la palabra que emplean los textos pontificios, pero, si se quieren evitar posibles discusiones técnicas, puede emplearse el término más vago de retribución), se trata, digo, de un salario familiar que los empresarios deben ase-

gurar a los obreros. Efectivamente, en todos esos documentos se refieren los Papas precisamente a las relaciones entre los patronos y los obreros. El sentido de las afirmaciones es el siguiente: es deber de justicia (e incluso de justicia conmutativa) para los patronos hacer que de hecho perciban sus obreros una retribución suficiente para la vida familiar. Pertenece en cambio más bien a la justicia social conservar y perfeccionar —entre nosotros, por desgracia, hay que decir simplemente crear— un orden social que haga posible una segura aunque modesta propiedad privada a todas las clases del pueblo. Pero no olvidemos que también las obligaciones de justicia social son gravísimas exigencias éticas y que a todos nosotros nos atañen.

Se ha discutido mucho, si el salario debido en justicia al obrero por el empresario en razón del contrato de trabajo es un salario familiar de tipo medio (salario familiar absoluto) o bien el salario necesario en cada caso concreto para la determinada familia de que se trata, salario distinto según el número de hijos o de miembros que cada familia tiene que sostener de hecho (salario familiar relativo). A nuestro juicio, esta discusión no puede resolverse sobre la base de los textos pontificios, que de hecho no la plantean ni pretenden dirimirla.

Podemos decir en general con certeza que la Iglesia ha establecido sólidamente el siguiente punto de partida en el magisterio ordinario de los últimos Pontífices: hablando en general, es debido el salario familiar por justicia, incluso conmutativa; esta obligación pesa directa y primariamente sobre el patrono y es una obligación no teórica, sino efectiva y práctica (deber de hacer que el obrero tenga de hecho una retribución suficiente para la familia). Otras precisiones y complementos no los ha dado hasta ahora el Magisterio y quedan al trabajo de la Filosofía y Sociología católicas. Pero quedan descartadas para el católico todas aquellas posiciones que impliquen el desconocimiento teórico o práctico de aquel punto de partida establecido por el Magisterio universal de la Iglesia. Hay pues una base sólida para buscar un esclarecimiento concreto y práctico de las conciencias en el acuciante e ineludible problema moral que el catolicismo español tiene planteado. Entre nosotros y en nuestras circunstancias, no podría afirmarse que sea imposible imponer obligaciones de conciencia distintas del mero cumplimiento de las disposiciones legales. Semejante afirmación constituiría una torpe evasión, una traición a la verdad, a la justicia y a las conciencias mismas. Entre nosotros el salario legal no se identifica de suyo con el salario justo.

Desde este punto de vista, estableceremos dos principios de acción.

Primer Principio — Salario familiar: deber ineludible.

El empresario debe proporcionar de hecho, no como un favor sino como un deber de justicia y en la forma que sea oportuna y viable, el salario familiar absoluto a los obreros que tengan familia del tipo medio considerado en ese salario o más numerosa; el salario familiar relativo a las familias menores que el tipo medio; y el salario vital individual a los obreros sin familia. De este deber no puede excusar más que la imposibilidad. Este es un deber que pesa directa y primariamente sobre el empresario. Como la tasa legal de los salarios no llega a cubrir ni siquiera aproximadamente estas exigencias, el empresario tiene estricta obligación de justicia de salvar la diferencia entre el salario percibido de hecho por el obrero conforme a la tasa legal y el salario de que aquí hablamos. No es que con esto se agoten sus obligaciones, ni siquiera sus obligaciones de justicia. Pero esto constituye una primera determinación, a la que corresponde el máximo grado de certeza. Constituye pues una inequívoca orientación para la conciencia empresarial española.

Uno de nuestros escritores de Sociología terminaba un reciente artículo de vulgarización con las siguientes palabras: "Ante los hechos inevitables de la vida económica contemporánea, y ante la diversidad de opiniones y tácticas en el mismo campo católico, ya se ve la circunspección con que hay que proceder al imponer en la práctica a las conciencias la obligación moral derivada de la aplicación de una teoría particular" (Martin Brugarola, *Una disputa sobre el salario familiar en el Mundo Social*, 2, 1956, 66–70). Estas palabras son correctas, pero no significan que, en razón de las discusiones existentes en torno al salario familiar, sea imposible determinar obligaciones concretas referentes a ese salario. Hay discusiones ciertamente, pero también hay cosas adquiridas que están fuera de discusión. A ellas pertenece el principio anteriormente asentado, ya que en él se afirma menos que el mínimo exigido por cada una de las teorías discutibles y defendibles hoy dentro del campo de la sociología católica y del marco condicionante impuesto por la doctrina católica.

Efectivamente, los partidarios del salario familiar absoluto exigen éste para todo obrero, tenga o no familia. Los partidarios del salario familiar relativo exigen éste para todas las familias aunque no sean numerosas. El sociólogo belga, Fallon, cuya doctrina ha sido expuesta entre nosotros por Pernaut (M. Pernaut, *¿Salario Familiar?* RFe 149, 1954, 313–316), exigiría para todo obrero, por parte del empresario, una remuneración cercana

al salario familiar absoluto —superior desde luego al salario vital individual— y además a las familias un subsidio que representaría la mayor parte de la cantidad correspondiente al salario familiar relativo. Fallon reserva al Estado una contribución minoritaria al subsidio familiar relativo. Por lo demás la doctrina de Fallon, en su construcción teórica, pertenece al pasado y algunos de sus puntos no cuadran bien con las afirmaciones del Magisterio eclesiástico, muy enriquecido en los últimos veinte años.

En todo caso queda absolutamente en claro que el principio mínimo y cierto establecido por nosotros está fuera de discusión entre los católicos y no podría ser eludido por apelación a "la diversidad de opiniones y tácticas en el mismo campo católico."

Repitamos: el empresario debe proporcionar de hecho, no como un favor, sino como un deber de justicia y en la forma oportuna y viable, el salario familiar absoluto a los obreros que tengan familia de este tipo medio o más numerosa, el salario familiar relativo a las familias menores que el tipo medio, y el salario vital individual a los obreros sin familia. Este deber pesa directa e inmediatamente sobre el empresario. Pensar que no se trata de un deber de justicia estricta o que su quebrantamiento no obliga a restitución es una doctrina que hoy ya carece de probabilidad cierta y sólida (sobre todo, atendidos los documentos del Magisterio en los últimos treinta años) y que, por consiguiente (desde el punto de vista de un sano probabilismo), no es aplicable.

Hemos dicho antes que de ese deber sólo puede excusar la verdadera imposibilidad. ¿Cómo se entiende ésta? Habrá verdadera imposibilidad cuando, sin culpa del empresario, son tales las condiciones económicas de la empresa, que no permiten satisfacer la cuantía íntegra de los salarios debidos en principio, porque ello implicaría la disolución de la empresa misma, quedando con ello los obreros reducidos a una situación peor por no encontrar otra empresa en que colocarse en condiciones ventajosas. Como se ve, son varias las condiciones requeridas para que se dé la imposibilidad: 1.º la precariedad económica de la empresa no ha de ser imputable a defectos de la gestión empresarial. 2.º De verdad la empresa no puede soportar el devengo de los salarios vitales íntegros. 3.º La disolución de la empresa llevaría consigo un empeoramiento de la situación de sus antiguos obreros.

Fijemos nuestra atención en la segunda de estas condiciones. En ella suele insistir nuestro empresariado: el devengo de los salarios vitales íntegros (incluso en el plano mínimo que hasta ahora hemos establecido) no puede ser soportado por nuestras empresas. ¿Es esto verdad? He aquí un punto que no podemos resolver aquí. Un punto que no puede ser contestado en general. Esto es algo que tiene que afrontar la conciencia de cada empresario en cada empresa *y en cada situación de la empresa,* acordándose de que está manejando derechos fundamentalísimos de la persona y estrictas obligaciones suyas de justicia. Podrán los patronos engañar a un confesor, cuando le dicen que les es imposible dar salarios realmente vitales. Podrán llegar a engañarse a sí mismo. A quien nunca podrán engañar es a Dios, ante cuyo tribunal han de comparecer un día a dar estrecha cuenta de sus actos.

Incidencias morales de esta situación.

De una manera general pueden afirmarse dos cosas: una, que nuestra economía hoy por hoy no permite que, universalmente (en la ciudad y en el campo) y desde mañana mismo se den a todos verdaderos jornales vitales íntegros, en toda aquella cuantía que exige de suyo la dignidad de la persona humana y la originaria destinación dada por Dios a los bienes materiales. Otra, que se podría y se debería realizar desde luego un acercamiento mucho mayor a las irrenunciables y urgentísimas metas de un auténtico salario vital. No se puede dudar que hay entre nosotros muchos salarios que son, aun en las concretas circunstancias, injustos. Que la sociedad española considerada en su conjunto y en la totalidad de su ámbito produce la irremediable impresión, una certeza moral, de estar socialmente (dejemos a Dios el juicio individual de las personas) mucho más en pecado que en gracia. Un pecado social difuso, huidizo, afectadamente ignorado, camuflado, apasionadamente defendido, apoyado en una secular tradición de inconsciencia, en un encallecimiento del sentido moral de justicia, en una situación heredada, en penurias económicas realísimas, en prejuicios sociales no por absurdamente inconsistentes menos atávicamente consustanciados por la mentalidad de la alta y media burguesía de España. Pecado social en que —por acción o por omisión o por ambas cosas— también los intelectuales y los eclesiásticos españoles —hablo siempre en conjunto— nos encontramos complicados. Difícil y pavoroso pecado, en verdad, que no por eso deja de clamar contra nosotros delante de la Justicia de Dios, ya que Dios no se deja acallar ni sobornar, porque no es aceptador de personas.

Señores empresarios católicos de España: Ante Dios, ante la Iglesia y ante la Humanidad son ustedes mayores de edad y deben afrontar sus propias responsabilidades. Estamos estableciendo principios ciertos y recor-

dando encuadramientos insoslayables de Derecho Natural. A su luz busque y trace cada empresario el camino que a él le toque recorrer. Sería infantil acudir a un confesor para que él nos diga qué es lo que tenemos que hacer en el interior de nuestra empresa. La Iglesia les señala a ustedes el camino de la justicia. La realización les toca a ustedes. Que ninguno trate de eludir el peso de tener que ser él solo el sujeto responsable de sus personales decisiones, en espera de la palabra última del Supremo Juez de los hombres. Les hablo a ustedes con una profunda simpatía, porque comprendo y quiero hacerles comprender cuan poco fácil y alegre es ser empresario cristiano en un país tan profunda y complejamente carcomido por la secular injusticia social. Sólo una iluminada caridad y un profundo espíritu de servicio podrá hallar alegría en el cumplimiento de una tarea tan ardua, tan ingrata, tan llena de incertidumbres. Si esa caridad arde de veras en sus corazones, no teman demasiado los riesgos, porque Dios no se deja vencer en generosidad.

Observaciones prácticas.

Para orientar sus decisiones prácticas, añadamos aún algunas observaciones: 1.º) Todo beneficio del capital y toda cuota correspondiente a una gestión empresarial que estén por encima de lo que pudiera considerarse mínimo normal en su género son injustos si se obtiene a base de dar salarios más bajos que los salarios vitales, tal como han sido explicados.

2.º Si la situación de la empresa obliga a dar salarios inferiores a los salarios vitales mínimos debidos de suyo en justicia, también los beneficios del capital y las cuotas correspondientes a funciones de gestión empresarial deben ser correlativamente inferiores al mínimo normal en su género. Lo contrario es contra la justicia, ya que el derecho del capital a sus legítimos beneficios y del empresario a su justa retribución no son superiores ni anteriores al derecho del trabajador al salario que le es debido en justicia.

3.º Es clásico en la Teología Moral y en la Etica considerar que, para la distinción entre bienes necesarios y bienes superfluos, el concepto de bienes necesarios es moral y relativo a la situación de la persona en la sociedad: para una persona de elevado rango social, aun por lo que respecta al ámbito de su vida privada, se consideran necesarios bienes en una cuantía superior a los que se consideran necesarios para una persona de inferior rango social. Esta concepción parece estar abierta a múltiples revisiones. Sin embargo, no parece que deba ser negada radicalmente y en principio. Nosotros, al menos, no queremos aquí cuestionarla. Pero sí llamar la atención sobre abusivas aplicaciones de ese principio abstracto. Entre nosotros una familia regular de clase media algo elevada considera estrictamente necesario gastos anuales del orden de las 150.000 a 200.000 pesetas, y en cambio a una familia de peones igualmente numerosa le discutimos que sus gastos vitales mínimos necesarios se eleven por encima de las 20.000 pesetas anuales. En esta actitud y en esta mentalidad —quiérase o no— están implícitos nada menos que un error dogmático contra la unidad de la familia humana y contra la hermandad de todos los hombres, y un error filosófico contra la identidad específica del hombre. Es indispensable someter a una revisión radical en en este punto los criterios prácticos de la sociedad española. Y esto debe ser tenido en cuenta seriamente al establecer las relaciones entre salarios, cuotas correspondientes a la gestión empresarial y beneficios del capital, en el interior de cada empresa.

4.º Un aspecto grave del problema social español es la falta de un *ethos* del trabajo en una buena parte de nuestra clase obrera. De hecho —se nos dice— el rendimiento de la mano de obra española es muy inferior a lo normal, a veces increíblemente inferior a lo normal. Ciertos empresarios se inclinarían a pensar que este hecho bastaría para exonerarles de toda obligación ulterior de conciencia y que podrían, sin más problema, atenerse a los jornales legales. ¿Qué pensar de esto?

En primer lugar, los mismos patrones se quejan de que el Estado no les permite eliminar de la empresa el personal indeseable, poco cumplidor, falto de laboriosidad. Esto significa que los patrones tienen medios para localizar al obrero que no rinde. En segundo lugar, si en el mismo contrato de trabajo se le niega al obrero el jornal vital mínimo necesario para una vida humana, es decir, si se le niega el valor justo y debido a un trabajo normal, el obrero está en su derecho y, hasta cierto punto, en su deber, de ahorrar sus fuerzas. El Excelentísimo señor Arzobispo de Valencia ha hecho patente en diversos discursos que nuestros obreros son conscientes de esta situación. Mientras el jornal injusto aparezca sancionado contractualmente en el mismo origen de la relación jurídica laboral, no hay solución. Hay que llevar la justicia al origen de la relación laboral, estableciendo salarios justos y estipulando con el obrero un rendimiento normal. Esto último, supuesto el salario justo, vendrá estimulado y controlado por una racionalización del trabajo, que es responsabilidad del empresario lograr.

Pero todavía se nos objeta así: en algunos casos se ha planteado a los obreros el deseo de resolver su problema de salarios vitales explicándoles la necesidad de aumentar el rendimiento. Los obreros respondieron

bien, pero se cansaron pronto y a los quince días volvió a bajar la producción. Esto no sólo no constituye una objeción decisiva, sino que indica más bien un camino y una esperanza. El empresario debe buscar un contacto con sus hombres, debe él abrir la marcha, llevando al máximo el esfuerzo por acercar el salario real al salario vital. Debe demostrar efectivamente su buena voluntad. Al mismo tiempo extremar la consideración personal y trato humano en todas las relaciones del obrero con la empresa, dando ejemplo y exigiendo esto de sus colaboradores. Debe perseverar en ese camino, buscar enlaces reales y eficaces con sus hombres, tratar con ellos, estimular, hacer comprender. De este modo irá reeducándose el mundo social español e irá creándose un ethos del trabajo, del que no son los trabajadores los únicos necesitados entre nosotros. Hay que tener en cuenta que no son nuestros obreros los últimos y radicales responsables del defecto de eficiencia de nuestro mundo del trabajo. Hay que reconstruir con paciencia y perseverancia, reparando ruinas añejas. Para todos el punto de partida insoslayable es dar salarios que permitan de hecho una vida humana.

3.º Otro argumento que suele aducirse contra las posibilidades de aumento de salario es el de la inflación. Realmente, si el aumento de salario hubiera de hacerse a base de un aumento correlativo de precios que hubiera de absorber a corto plazo el aumento de poder adquisitivo de los obreros beneficiados y provocar un empeoramiento de la situación general sin ventaja efectiva para nadie, en ese caso, tal aumento de jornal no sería viable y estaríamos ante un tope de imposibilidad. Pero, como ven ustedes, este aumento no tiene nada que ver con las orientaciones anteriores, pues en ellas nos hemos referido siempre a aumentos conseguidos por el empresario mediante una más equitativa distribución de los beneficios y un justo sacrificio de los emolumentos correspondientes al capital y a la gestión empresarial misma.

Por lo demás, la Moral y el Derecho no exigen imposibles. Si a la luz de los principios anteriores y tenidas en cuenta todas las orientaciones que preceden, un empresario, *de verdad,* no puede dar mayores salarios, no le condenaremos por no hacerlo. Pero estaría más obligado que nunca a mantener contacto con sus hombres y demostrarles por todos los medios posibles su real buena voluntad. Es posible que en algunos de estos casos extremos fuera moralmente necesario establecer algún régimen de co-gestión económica por parte de los obreros, como garantía necesaria y compensación al mantenimiento de salarios infravitales, es decir, en último término como exigencia derivada de la dignidad personal del obrero, no absolutamente, sino en vista de una situación extrema en el orden de las relaciones laborales.

Comprendo que todo esto sonará a algunos a revolucionarias, intolerables novedades. Ello no sería más que una manifestación de la extraordinaria falta de sentido social de nuestro mundo, de nuestra atávica dificultad para comprender que el obrero es en realidad un semejante, un colaborador y un colega en la común empresa de la producción. Eso independientemente de que la empresa esté organizada sobre el sistema del salariado, sistema que en tanto no es injusto y contrario al derecho natural, en cuanto el salario sea conforme a las exigencias de la justicia. Estas exigencias han de ser determinadas atendiendo a la vez a la consideración social y a la consideración causal del trabajo, puesta de relieve esta última en la *teoría marginalista.*

Segundo Principio: Forma de dar el salario familiar.

Pasemos con esto a establecer un segundo principio de acción: El empresario no puede considerar canceladas sus obligaciones de justicia con la puesta en práctica de la norma anteriormente expuesta y desarrollada. Ha de realizar un ulterior esfuerzo. Puede hacerlo en dos direcciones, según dos teorías probables: o bien dar a todos sus obreros el salario familiar absoluto hasta donde le sea posible, o bien tomar sobre sí el asegurar a todas las familias de sus obreros el salario familiar relativo, poniendo en marcha todas las iniciativas que estén en su mano para conseguir este fin (asociación con otros patronos, cajas de compensación, etc.).

Entre nosotros surge este problema. Tenemos las instituciones oficiales de previsión, a las que los patronos deben cotizar. Por otra parte, la efectividad de estas instituciones para proporcionar de hecho al obrero el salario vital familiar relativo es notoriamente insuficiente, aunque no despreciable. ¿Tiene obligación el patrono de subsanar (en la medida de sus posibilidades) la diferencia entre lo que las instituciones de previsión oficial aportan y las exigencias reales del salario familiar relativo de sus obreros?

Si la aportación real de los patronos a esas instituciones es objetivamente suficiente para que con una buena administración, que no distraiga los fondos a atenciones innecesarias, quedasen cubiertas las exigencias de salario familiar relativo (supuesto siempre que el patrono cumple por sí mismo las exigencias del primer principio antes establecido), a la vez que las exigencias de los múltiples seguros sociales, entonces el patrono podrá descargar su responsabilidad en el orden de la justicia sobre las entidades oficiales. No me corresponde a mí dar un juicio sobre la grave cuestión que acaba de ser planteada. Sí, acentuar la grave responsabilidad de los adminis-

tradores de esos fondos, en un país pobre y donde el problema social es tan acuciante como en el nuestro.

En todo caso, el empresario, al menos por caridad cristiana y solidaridad social, no podría desentenderse del problema de sus obreros, privados de hecho de un jornal familiar relativo suficiente que les es indispensable.

Con esto he terminado lo que tenía que decir en general sobre el problema del salario, tal como se le presenta hoy al empresario español.

Las instituciones eclesiásticas y el salario.

Para responder a la problemática de hecho presentada al principio de esta conferencia, resta que digamos una palabra sobre el problema patronal tal como se les plantea peculiarmente a nuestras instituciones eclesiásticas.

¿Qué justificación puede tener que también ellas se atengan a los jornales legales, injustos de suyo? La dificultad nace de que, no siendo empresas industriales que se sostienen con el lucro de sus trabajos, no pueden decir que les es imposible pagar más jornales y que tampoco pueden cerrar la empresa porque de ello se seguirían mayores males a los obreros. Para ellas a primera vista el problema se plantearía así: si no pueden pagar determinados servicios justamente, deben prescindir de esos servicios. Si no tienen dinero para hacer una obra, no hagan la obra. Lo que no pueden es hacerla sin el dinero suficiente, privando para ello al obrero de lo que le es debido en estricta justicia. Esto parece que sería edificar sus construcciones sobre un robo paliado, cosa evidentemente ilícita.

Hay aquí un problema muy serio, que se ha tocado ya algunas veces entre nosotros, pero que merece ser tratado de frente y serenamente.

Razones que pueden cohonestar la conducta de las instituciones eclesiásticas: 1) La economía nacional no permite dar universalmente jornales más altos, y por otra parte razones de índole económica hacen necesario que los jornales sean uniformes en la Nación.— Examen: Como se ve, esta razón valdría para todas las empresas y más o menos a ella ha atendido la conciencia de los católicos españoles para atenerse de un modo muy general a los jornales legales, sin hacer cuestión de las obligaciones de justicia en cada caso. No es viable, porque siempre hay formas de dar lo que falta al jornal legal para llegar al jornal justo que eviten los legítimos inconvenientes y porque el jornal justo es una exigencia de justicia conmutativa y responde al derecho fundamental de la persona humana "a trabajar como medio indispensable para el mantenimiento de la vida familiar". Por tanto, no puede ser sacrificado, si de hecho puede ser dado en el caso concreto, por consideraciones de orden social o de economía nacional. (Sería un caso enteramente paralelo al de las políticas de eugenesia rechazadas por la Iglesia en la razón de ser el derecho al matrimonio un derecho fundamental de la persona humana). 2) La institución eclesiástica carece de medios económicos para pagar jornales elevados. Tendría que desistir de la obra, que tiene una finalidad benéfica de bien público, religioso, etc. Con esto los obreros no resultarían beneficiados porque tendrían que trabajar en otro sitio donde de hecho no hallarían más favorables condiciones de trabajo. No parece en este caso obligatorio dejar la obra y puede considerarse que la institución eclesiástica da todo el jornal que le es posible y no falta por ello a la justicia.— Examen: Esta razón es más fuerte que la anterior y será tanto más válida cuanto la finalidad de la obra sea realmente más benéfica (más universalmente benéfica y en favor de clases más necesitadas) y se hayan evitado en ella al máximum gastos no necesarios. Y desde luego suponiendo que sinceramente no se puede llevar a cabo la obra dando jornales justos de suyo. En lo cual habría que tener en cuenta el aspecto sobrenatural y evangélico: "buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas se os darán por añadidura"; "dad y se os dará", etc. Desde este punto de vista, cada caso particular debe ser planteado como un grave caso de conciencia y no resuelto a la ligera. Tampoco puede perderse de vista el aspecto del escándalo que produce (tanto en los patronos como en los obreros) el hecho de que instituciones eclesiásticas se contenten de hecho con jornales legales de suyo injustos.

3) La institución eclesiástica encomienda su obra a una empresa industrial mediante una contrata. Así el problema se le plantearía exclusivamente a la empresa concesionaria. Por parte del que utiliza los servicios de ésta habría sólo una cooperación material a posibles injusticias de la empresa constructora (cooperación necesaria, ya que prácticamente cierto género de obras sólo pueden hacerse por contrata). Examen: Esta razón es válida de suyo si el precio que paga la institución eclesiástica es suficiente para que la empresa concesionaria pueda, si quiere, pagar jornales justos. Todavía entonces quedaría el problema de escándalo que esta cooperación material de una institución eclesiástica ha de producir. Dependería la solución concreta en cada caso de la necesidad de hacer la obra y de la inevitabilidad de hacerla por contrata con una empresa que diera jornales injustos sin causa eximente suficiente.

Todavía se podría añadir que la institución eclesiástica no puede estar obligada a in-

vestigar hasta qué punto la empresa concesionaria puede o no dar jornales más elevados, justos de suyo. De lo contrario, sería imposible la vida comercial ya que el mismo problema se plantearía en cualquier objeto comercial que se compra en el comercio. El problema de la política de precios es un problema de política económica y economía nacional que no le toca al particular en cada caso. Estas razones son evidentemente atendibles, pero en el caso de una obra contratada con una empresa la colaboración entre el dueño contratante y la empresa constructora es mucho más directa e inmediata y así no parece que pueda prescindirse por completo de todo planteamiento del problema al hacer la contrata o concesión. Sobre todo teniendo en cuenta la razón de escándalo y la situación de público escándalo en que en conjunto parecen desenvolverse las relaciones laborales en España y los problemas de justo reparto de la renta nacional. Por esto juzgo que, al discutir los términos del contrato, sería obligatorio plantear la cuestión de la retribución a los obreros, exigiendo una retribución suficiente a cargo de la empresa concesionaria o asumiendo el dueño de la obra la carga de suplir la deficiencia de los jornales, en tanto en cuanto ésta no quedara cohonestada por las razones expuestas en el apartado anterior. Siempre habría medios y posibilidades de conseguir dar ese suplemento. En todo caso, difícilmente se podrá cohonestar el que en particular una institución eclesiástica se desentienda del problema y no dé muestras eficaces y apreciables de su buena voluntad de acercar lo más posible a lo debido en principio el salario de los obreros que trabajan para ella, aunque sea por intermedio de una empresa concesionaria.

Construcciones de lujo.

Para terminar este punto, contentémonos con indicar el grave problema que se le plantea al Estado por las construcciones pública de tipo suntuario no necesario (ni siquiera moralmente) y realizadas con jornales injustos de suyo. E igualmente a los particulares, de un modo especial, en las construcciones de lujo. Es impresionante la falta de sensibilidad y de conciencia con que se dejan sin plantear a diario esos gravísimos problemas, haciendo cada vez más aguda y escandalosa la situación social de la sociedad española con el contraste de lujo y miseria, que se considera una enfermedad endémica incurable prácticamente y que se va agudizando con el descuido en plantear casos concretos y cotidianos que deberían ser resueltos de muy distinto modo.

El obrero reducido al silencio: papel del Sindicato.

Pasamos con esto al último problema. El obrero español —decíamos— no tiene ningún medio efectivo para llevar adelante sus derechos en el establecimiento de las bases de trabajo y tiene que estar pasivamente a lo que haga de él la más o menos eficaz buena voluntad del Gobierno. Esto parece innegable. Un derecho de propuesta a través de unos Sindicatos cuyo carácter representativo, por lo que a los obreros respecta, está múltiplemente mediatizado (falta de libertad de propaganda, carencia de medio de formación de una opinión pública, etc.) es algo enteramente inoperante. Esto es muy grave porque parece conculcar indudablemente los principios del Derecho Natural y de la Etica Política. En su discurso para conmemorar el 50 aniversario de la Rerum Novarum, Pío XII se expresa en estos términos: "Al deber personal del trabajo impuesto por la naturaleza corresponde y sigue el derecho natural de cada individuo para convertir el trabajo en el medio de proveer a su propia vida y a la de sus hijos. ¡Tan altamente está ordenado a la conservación del hombre el imperio sobre la naturaleza!

"Pero notad que tal deber y su correlativo derecho al trabajo se ha impuesto y se ha concedido al individuo primordialmente por la naturaleza, y no ya por la sociedad, como si el hombre no fuera sino un simple siervo o funcionario de la comunidad. De donde se deriva que el derecho y el deber de organizar el trabajo del pueblo pertenece ante todo a los inmediatamente interesados: patronos y obreros. Si estos no cumplen con su deber o no lo pueden cumplir por especiales circunstancias extraordinarias, corresponde entonces al Estado, como deber suyo, el intervenir en el campo, en la división y en la distribución del trabajo, según la forma y medida que requiera el bien común rectamente entendido". (AAS 33, 1941, 201 y 233a CEDP, 470 b–471 a).

Hasta aquí las palabras del Papa. Ahora bien, cuando precisamente el Estado no está en condiciones de poder establecer un jornal legal que sea suficiente y justo en principio, como es el caso de España, y esto durante un período de años cuyo término no es previsible, entonces no tiene derecho el Estado a subrogarse pura y simplemente a los obreros en la organización del trabajo (conjuntamente con los patronos y bajo una justa supervisión e intervención del Estado en orden a la tutela del bien común). Cualquier circunstancia que pareciera hacer aconsejable una práctica subrogación del Estado a los particulares en esta materia, desaparece ante el hecho de que los jornales legales tengan que ser sistemáticamente injustos de suyo. En es-

tas circunstancias es inexcusable que el obrero tenga su parte en las responsabilidades y en las tensiones que han de conducir por cauces legales y ordenados, y bajo una autoridad a la vez justa, moderada y fuerte, a una regulación de las relaciones laborales lo más adecuada posible a las exigencias de la justicia. Lo contrario es resolver graves problemas de hecho atropellando derechos fundamentales de la persona y prestar un flanco tremendamente vulnerable a la crítica marxista del Estado, descrito por Marx como un instrumento de poder para mantener por la fuerza una organización basada en la injusticia. Cuanto más confesional sea este Estado y más ligado aparezca con la Iglesia, mayores serán las aparentes semejanzas con aquella falsa concepción del Estado criticada por el marxismo. Desde este punto de vista, es una grave responsabilidad del catolicismo español, en la totalidad de sus estamentos, revisar a fondo los puntos de vista y los procedimientos en la organización del mundo del trabajo. Por eso resulta lamentable que, en la discusión suscitada en torno a la Carta Pastoral del Excelentísimo señor Obispo de Canarias, del 4 de noviembre de 1934, se haya fijado la atención en cuestiones marginales, quedando en la sombra el grave y real problema a que la Pastoral se refería. (cfr. *Mensaje,* 1935, junio, pp. 186–192).

No puede ignorar el moralista que el problema de los salarios es un problema de enormes complicaciones económicas y sociales y que no se puede zanjar la cuestión de un plumazo indiscreto. Pero si uno de los factores positivos fundamentales para la evolución de los salarios hacia una justa situación es el papel de la sindicación, como confirman la historia y la doctrina (ver M. Pernaut, *En torno al problema de los salarios,* FS 9, 1934, 9–22), entonces no puede prescindirse de este factor en una coyuntura en que el régimen de salarios contiene en conjunto ciertamente injusticias, que el Estado por sí sólo es impotente para corregir.

Con esto, señores y amigos míos, he terminado la modesta aportación con que, atendiendo a un encarecido requerimiento de Acción Social Patronal, he procurado contribuir al esclarecimiento de los graves problemas sociales que nuestro catolicismo tiene planteado.

Sólo me queda agradecerles su magnánima atención y pedirles perdón por haberles hablado con una sinceridad tan cruda. Vean en ello la manifestación de un íntimo aprecio y el testimonio de una gran confianza en su rectitud y en su profundo espíritu cristiano. Lo que les rogaría es que llevaran nuestra inquietud a los que no han estado hoy con nosotros. Y que no duden de la profunda amistad de quien se ha atrevido a pensar delante de ustedes en voz alta con una absoluta lealtad.

Siglas: AAS =Acta Apostolicae Sedis.
CEDP=Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, Acción Católica Española, 4.ª ed., por P. Galindo, 1933.
RFe =Razón y Fe. Revista Hispano-Americana de Cultura. Madrid.
FS =Fomento Social. Revista de Sociología y de Moral Económica. Madrid.

(VIENE DE LA PAG. 349)

La Iglesia ha sido siempre intérprete de la misericordia de Dios. No corresponde insistir aquí sobre el papel del confesor en esta materia; su misión, ¿no es aquella de reafirmar las exigencias del ideal, sin dejar de comprender que el hombre sometido a miles de influencias debilitantes, colocado a veces en situaciones inciertas, avance hacia Dios a través de múltiples debilidades? Lo que en definitiva importa es que el esfuerzo sin cesar interrumpido, sea también sin cesar reemprendido.

Si se quiere considerar la doctrina de la Iglesia bajo una mirada imparcial, se ha de reconocer que su principal mérito está en mantener ese equilibrio que rechaza los extremos; ella acepta al hombre tal como es, pero jamás consentirá en ocultarle las exigencias del amor de Dios, porque sabe que jamás hay derecho a desesperar de aquel que Cristo amó.

Sin embargo, hay circunstancias en que el recuerdo de los principios, por muy necesario que ello sea, no basta. Es no menos urgente el crear aquellas condiciones de vida que hagan a la mayoría de los hombres menos pesada la obediencia a la ley. En esta acción inmediata, imperan exigencias de caridad y a veces de justicia.

Hoy día es imposible que la conciencia cristiana no coloque en primer término de sus preocupaciones las dificultades de las familias numerosas. Todos conocemos la gravedad del problema de la vivienda. Hay que tener en cuenta el conjunto de las cuestiones concernientes a la niñez y a la juventud.

Hacia una solución positiva de nuestro problema religioso

por RICHARD TEALL, C. S. C.

La restauración del Diaconado y de las Ordenes Menores

TENEMOS todos conciencia de la dolorosa escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas en Chile. Conocemos bien la pesada carga que llevan los sacerdotes en las congestionadas poblaciones urbanas y en los lejanos rincones de las provincias. Y nos preguntamos: ¿no habrá alguna manera de mantener al campesino, al obrero en contacto con las verdades vitales del Cristianismo ortodojo aun donde no hubiera a mano un sacerdote que predicara y administrara los sacramentos en forma regular? ¿No habría una manera de organizar un sistema o procedimiento para los alejados distritos rurales, los centros industriales y los pueblos abandonados, por el que, aun sin la presencia del sacerdote, alguna forma de indoctrinación religiosa, de espiritualidad evangélica, de liturgia adaptada pudiera ser impartida al pueblo?

Inquilinos, campesinos, obreros viven en gran ignorancia religiosa y abandono espiritual. Las verdades más fundamentales de la fe se hallan ignoradas o reducidas a vagos y confusos conceptos sin consecuencia práctica o real. No hay literalmente contacto alguno con los Evangelios. Fuera de la ocasión de una misión, tal vez cada cinco años, y las dos o tres fiestas tradicionales del pueblo, no hay ceremonia o celebración que pueda despertar las almas amodorradas a un sentido de su dignidad, del poder y grandeza de Dios, de la necesidad y consuelos de la verdadera creencia y práctica religiosas. La Iglesia pierde su prestigio. El sacerdote, cuando viene, es mirado en muchos sectores con sospecha, con burla y hasta con resentimiento. No hay confianza para la confesión, ni sentimientos de fe que preparen para la recepción de los sacramentos, ni disposiciones sinceras y varoniles de reverencia para los sagrados Misterios de la Revelación. Cada vez más el obrero y el pobre sienten que se levanta un muro entre las prácticas de la religión tal cual las recibieron de sus padres y los problemas diarios del trabajar y penar. Lo que les queda de religión, gracias a su buena voluntad y respeto por la tradición, ya no responde a las preguntas vitales de la existencia, del destino inmortal, los derechos del hombre, la dignidad del trabajo y del obrero, el valor de la persona humana hecha a la imagen de Dios.

No hablamos aquí de una solución general. No hay una solución única. Necesitamos educación. Necesitamos facilida-

des escolares. Necesitamos reformas sociales. Necesitamos una adecuada prensa católica. Necesitamos catequistas. Necesitamos más sacerdotes y religiosos, *pero no podemos esperarlos.* ¿Habrá pues alguna forma de actividad, algún plan de acción, alguna medida apostólica que se pudiera poner en juego para rechazar la inundación de indiferencia y abandono religioso e impedir las separaciones y divisiones, la falta de comprensión que es la causa de la pérdida de tantas almas?

La Liturgia, con la Palabra de Dios, que es el origen y razón de ser de la liturgia, es la vida del cristiano. Fuera del Verbo Encarnado, no hay salvación, no hay cristiandad en el verdadero sentido de la palabra. Y el Verbo Encarnado está presente en el Nuevo Testamento por su sabiduría, luz y ejemplo, y en la Misa y sacramentos por su gracia. Estos son los instrumentos de nuestra santidad y de nuestra paz. Son la explicación de nuestra esperanza. Todo esfuerzo, por tanto, para remediar los problemas religiosos de nuestro país debe necesariamente estar conectado vitalmente con la Palabra de Dios, la Misa y los Sacramentos. Con todo, así como se habla en Teología de comunión de deseo, de comunión espiritual, así puede haber presencia al Sacrificio de la Misa "en espíritu", donde no es posible la presencia corporal. Como el Calvario y el sacrificio de Jesús fueron realidades centrales de la más grande importancia en la vida del Salvador, así lo deben ser en la de sus discípulos.

¿Qué será pues lo que sugerimos? Simplemente que donde los sacramentos y el Sacrificio sean imposibles por falta de sacerdotes ordenados, se establezcan eclesiásticamente y se empleen los *"sacramentales"* (1). Que se prepare una *liturgia* conforme a la antigua práctica y costumbres de la primitiva Iglesia... donde sea posible y haya precedentes. Que con la aprobación de los obispos y la ayuda y contribución de liturgistas modernos familiarizados con los problemas de las misiones rurales y la mentalidad de las masas *se establezcan ceremonias* (2) que por una parte prepararán, enseñarán y harán desear los Sacramentos mismos, sublimes realidades del tesoro de la Iglesia, por otra ayudarán a satisfacer las profundas necesidades del alma de participar al menos en alguna medida y parcialmente en la hermosura y esplendor de la vida litúrgica cristiana.

Sugerimos, por tanto, la posibilidad de "crear" una liturgia que fuera a la vez "sacramental", en el sentido estricto, canónico de la palabra, y orientada en su sugerencia y en sus fórmulas hacia el verdadero Sacrificio de la Misa y la recepción de los Sacramentos (Penitencia, Bautismo, Santa Comunión, Confirmación) cuando pueda el sacerdote o el Obispo llegar a la región. ¿Por qué no se podría preparar una ceremonia, con su rito y rúbricas, para aquellos domingos o fiestas del año en que el sacerdote no puede llegar al fundo o al pueblo? Capitalizando sobre la casi innata devoción que tiene nuestro pueblo para con la Madre de Dios, podría comenzar la "liturgia laica" con himno y procesión. (Los Padres de los Sagrados Corazones han tenido mucho éxito aquí con simples traducciones de los Salmos acomodados a una música sencilla). Un altar con un gran crucifijo, en un lugar bien escogido, sería el término de la procesión cuyo leit-motiv sería: "A Jesús por María". Allí se recitaría el Padre Nuestro y el Gloria. Tal vez otras oraciones breves por las intenciones del pueblo, por los enfermos, por las difuntos, etc. Estas oraciones pueden tomar la forma de letanía. La misma procesión podría tener carácter de Ofertorio, con pequeños dones como huevos, pan, que se irían a depositar al pie de la Cruz para los pobres. Se recitaría entonces el Evangelio del día por el "lector" o "guía". Sería bien

(1) Sacramentales son objetos piadosos (agua, pan bendito, medallas, etc.) o acciones sagradas, como bendiciones, consagraciones, de que hace uso la Iglesia para obtener por su impetración gracias sobre todo espirituales.

(2) Viene a este propósito recordar la institución que dejaban nuestros antiguos misioneros en el Norte y Sur del país y que aún perdura en muchas capillas, transmitiéndose de padres a hijos. Es la del "fiscal" encargado del cuidado de la capilla, de bautizar, dirigir los rezos y cánticos, presidir los entierros. En los santuarios del Norte, los "caporales" son los verdaderos Maestros de Ceremonias en las fiestas patronales.

bueno tener un librito con comentarios cortos de los evangelios dominicales, cuya lectura no pase de tres o cuatro minutos, con aplicaciones prácticas. Después de este "sermón" se cantaría un himno eucarístico. Entonces el "guía" u otro miembro se levantaría a leer el pasaje de los Evangelios que refiere la institución de la Santa Misa. La Epístola del Corpus Christi también vendría muy bien aquí... como "el Señor Jesús, la noche misma en que había de ser entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió, y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo", etc. El guía invitaría a los fieles a unirse espiritualmente a todas las misas que en ese momento se ofrecieren a través del mundo, uniendo sus peticiones de adoración y acción de gracias a las del Corazón de Cristo, adorador del Padre. Un momento de silencio. Se entonaría en seguida la oración del Señor, el Padre Nuestro, que podría ser cantada por la asamblea. El guía leería ahora los trozos de San Juan sobre el Pan de vida que desciende del cielo (ocho o nueve de los versículos más claros y significativos) y animaría a los fieles a hacer actos de contrición, de fe y de deseo. Esta simplicísima "liturgia laica" terminaría con un himno... y tal vez el anuncio de las principales fiestas de la semana siguiente, los santos del calendario.

Los pequeños detalles materiales en la preparación de tal liturgia como también la explicación que debe hacerse a los fieles en su inauguración son de la mayor importancia. Se habrá de tener gran cuidado en intercalar durante la ceremonia frases que recuerden a los fieles los verdaderos Misterios e Instrumentos de gracia que Dios ha puesto en la Iglesia y de los que son una mera figura las acciones que presencian, las funciones que ejercen y las ceremonias a que asisten. Estas frases debían sugerir a los cristianos que el rito es para recordarles el estupendo Sacrificio y Sacramento (o el Perdón de la Penitencia) de que participarán el día en que vendrá el sacerdote ordenado. Se debe hacer sentir al pueblo que su situación es la de la expectación, la del deseo de aquel día en que se les perdonarán los pecados y podrán alimentarse con el cuerpo de Dios.

Muy importante es la composición de los textos de Escritura que deben leerse. Simplicidad de estilo. Claridad. Que se dirijan a la vida real de nuestro pueblo. Parecería conveniente que, fuera de la procesión, cuya duración podrá ser mayor o menor según las circunstancias, toda la "liturgia laica" no durara más de veinte o veinte y cinco minutos. Por esta misma razón, se podría reemplazar algunos de los evangelios dominicales más largos y difíciles con selecciones más sencillas de los Evangelios. Se insistirá en el comentario sobre las obligaciones específicas de los padres respecto al cuidado y educación de los niños, sobre las obligaciones de los hijos en materia de obediencia, pureza y oración. Sobre todo aplicaciones morales prácticas.

Una de las más serias dificultades que se presentarían al querer inaugurar una tal "liturgia laica" (término no muy apropiado para nuestra idea) sería la conveniente selección de las personas que dirigirían todo el ceremonial en el pueblo o en el fundo. Puesto que el laico no tiene carácter sacerdotal (excepto en el sentido amplio de los derechos y obligaciones que confiere el Bautismo y Confirmación) ni *gracia de estado,* habría que usar en esta selección de gran prudencia y discreción. Aun entonces habría peligro de resentimientos, etc. Por esta razón sería preferible que un grupo, la Acción Católica de la Diócesis, más bien que un individuo designado, tomara el cargo. Aun así habrían múltiples dificultades y peligros por razón de las debilidades y prejuicios humanos. Una especial gracia y carácter serían indispensables para llevar a cabo este proyecto. Por esto hemos seguido con mucho interés y entusiasmo las discusiones y estudios de los obispos y maestros de liturgia en el reciente Congreso Internacional de Liturgia Pastoral de Asís. En el Congreso se discutieron con gran animación una cantidad de temas litúrgicos cruciales. Los delegados de Francia y Alemania y territorios de Misiones expresaron su esperanza de ver restablecerse

el ministerio del *diaconado* en el rito católico latino. La brillante expresión del Arzobispo Edwin O'Hara viene muy a propósito de lo que queremos insinuar en este trabajo. Dijo el Arzobispo: LA IGLESIA EN ORACION A TRAVES DE LA LITURGIA DEBE SER UN TESTIGO DE CRISTO EN CADA VILLORRIO, *POR MEDIO DEL MINISTERIO RESTAURADO DEL DIACONADO.* Esta recomendación hecha para los Estados Unidos fue reiterada para los países de misiones por la Conferencia de Vicarios Apostólicos de Indonesia y China, que sugería que *"las funciones y órdenes menores* de la Iglesia se vieran restablecidas en una forma adaptada a las condiciones modernas" (3). Es de notar que tanto este diaconado permanente como las órdenes menores no implicarían necesariamente la obligación del celibato.

¿Se encontrará en estas observaciones hechas durante el curso del Congreso de Asís una posible solución al problema clave de la nueva "liturgia" sacramental como lo hemos descrito aquí... el problema del personal, del hombre dotado de una especial gracia de estado para predicar y desempeñar las funciones necesarias? No lo sabemos. En todo caso tenemos delante el problema de las masas que han perdido contacto real con Cristo, con su Palabra, su Sacrificio, sus Sacramentos. Que buscan tal vez en las sectas protestantes algo de la Plenitud que sólo el Catolicismo puede darles. Debemos excogitar alguna solución. Buscamos la luz. Debemos ser positivos .

(3) Las órdenes son ciertos grados en la jerarquía eclesiástica que se confieren por medio del sacramento del orden y que capacitan a los clérigos para ciertas funciones eclesiásticas y sagradas relacionadas con el régimen de los fieles y el culto divino. Las órdenes son ocho. Cuatro son mayores: Episcopado, Presbiterado, Diaconado y Subdiaconado. Ni el Diácono ni el Subdiácono son sacerdotes: no pueden absolver ni decir misa. Las órdenes menores son las del acólito, exorcista, lector y ostiario o portero. Actualmente, en la Iglesia latina, las órdenes inferiores al Presbiterado no representan funciones permanentes. Prácticamente son pasos hacia el Sacerdocio. Se trataría aquí de la restauración de estas órdenes como funciones o cargos permanentes.

Por la habitación obrera

El "Hogar de Cristo" está poniendo en marcha una forma de solución a esa "catástrofe permanente" que significan los 2.000.000 de chilenos sin casa: consiste en aglutinar a todo el sector privado de Chile en una campaña nacional, bajo el nombre general de Servicio del Trabajo, en el que cada ciudadano pondrá de su parte alguna forma de cooperación: servicio profesional, técnico, camión, abaratamiento de precios, influencias, dinero; su propio trabajo manual, materiales de construcción, capacidad legislativa, etc., a fin de que todo este enorme capital de buenas voluntades y de eficiencia, se traduzca desde ahora en un movimiento amplio de autoconstrucción.

Desde estas páginas hacemos un llamado, simple y eficaz: toda persona que desee cooperar en esta magna obra, póngase inmediatamente en comunicación telefónica o epistolar con la Secretaría del Servicio del Trabajo, filial del "Hogar de Cristo": San Ignacio 129, Tel. 80363. ¡Gracias!

Alemania Occidental: Un millón de abortos en 1956

LA cifra cruda puede producirnos un primer movimiento de espanto y apenas parece creíble, más, sobre todo, si tenemos en cuenta que en 1956 han nacido, aproximadamente, 1.209.000 niños. Sin embargo, es un hecho que llena de preocupación no sólo a los pastores de almas, sino también a los mismos economistas y políticos alemanes.

A este paso, la poderosa Alemania actual será un pueblo de viejos dentro de no muchos años.

El mal viene de atrás.

En la época de Hitler se pretendió crear una raza de superhombres por depuración y selección de los individuos. Además, se extendió la coeducación de niños y niñas a todos los grados. Y, por último, se basó el resurgimiento alemán sobre unos principios materialistas .

Al fin de la guerra cayó el mito de la raza, pero en la vida del pueblo permanecieron los principios de materialismo, sembrados metódicamente.

Por añadidura, la guerra dejó al pueblo alemán una herencia de muertos y ruinas tal, que los que se salvaron del caos han tenido que comenzar una vida nueva, en la que, ciertamente, urgía más el hambre y las necesidades sociales que el cultivo de la inteligencia y del espíritu.

Biólogos y sociólogos afirman que un pueblo sano de 70 millones necesita 14 millones de hombres de edad entre veinticinco y cuarenta y cinco años. En Alemania, en 1949, sólo tenían esta edad cuatro millones escasos.

En la guerra murieron 3.250.000 soldados alemanes, y el resto de la población civil, hasta la cifra de 6.600.000.

Dos millones de jóvenes murieron en los campos de batalla o en los posteriores de concentración. Y un millón de niños quedó huérfano.

Los que quedaron debieron cargar, por añadidura, con los heridos de guerra, las viudas y con ese millón de muchachas alemanas que ahora debían ser madres o novias y no podrán casarse porque los muchachos que serían sus novios murieron en la guerra.

El "milagro alemán".

Estamos acostumbrados ya a oír hablar del "milagro alemán". Este milagro consiste en que de una nación en ruinas los alemanes, ciertamente con ayuda extranjera, pero sobre todo a base de su esfuerzo en el trabajo, han conseguido sacar un mundo nuevo.

En 1945 Alemania era un desierto de ruinas. En 1956 ocupa el primer puesto en la economía europea.

Alemania ha realizado la imponente obra de su reconstrucción material edificando sobre las cenizas, aprovechando al máximo todos los esfuerzos, con una infatigable voluntad social de trabajo. Y este ritmo continúa cada vez más potente.

Como un símbolo, podéis ver todavía en el corazón de cualquier ciudad alemana, la visión dantesca de calles enteras llenas de escaparates relucientes y de gente que se divierte y vive con normalidad en las calles, sin mirar hacia arriba, porque arriba no hay luces; las casas terminan en el primer piso y sobre él sostienen el esqueleto férreo de un edificio en ruinas. Y, lo que es aún más doloroso, para muchos alemanes tampoco existen luces más arriba.

Por todas partes han surgido miles de fábricas, mejores que las anteriores. Los alemanes se han lanzado al trabajo como una imperiosa necesidad. Hombres y mujeres ocupan las fábricas; pero, como una consecuencia desgraciada, en los hogares no hay padres y muchas veces tampoco hay hijos.

El materialismo actual.

No es un peligro, es ya una realidad pal-

pable en muy amplios sectores de la vida alemana.

El mismo Adenauer se lo recordaba a los católicos reunidos en el último Katolikentag este verano: "El gran enemigo ahora es el materialismo, que amenaza corromper el alma alemana."

El milagro alemán se ha producido en el terreno económico. La gente vive bien y se divierte. Alemania tiene en la actualidad el nivel de vida más alto de Europa. Ha conquistado un puesto en el mundo a base de grandes sacrificios, y ahora goza de su esfuerzo. La gente quiere divertirse y lo hace con todas sus ganas. Sin pensar en el pasado, superado ya. Sin mirar al porvenir, que es incierto. Sólo para gozar del presente.

El milagro alemán falla en la médula; han ganado de nuevo el mundo, pero están próximos a perder su alma.

Un futuro tenebroso.

La alegre vida actual arrastra, sobre todo a la juventud, al placer de gozarla. Abundan la riqueza y las mujeres. Pero la vida de los nuevos matrimonios no cumple su misión y cada vez se ofrece un porvenir más negro para las nuevas generaciones.

En Alemania, según una estadística publicada recientemente por el Ministerio Federal de Bonn, el 30 por 100 de la población son solteros; el 20 por 100, casados sin hijos; el 29 por 100, casados y con un solo hijo; el 13 por 100, casados y con dos hijos. Sólo el pequeño resto, 8 por 100, tienen tres o más hijos.

El porcentaje de natalidad es el más bajo de Europa. En consecuencia, cuando los niños de hoy sean mayores cada uno tendrá que llevar la carga de unos cuantos viejos ineficaces ya para la vida económica.

El milagro alemán está fallando por la parte moral.

A pesar de todo, cuando uno ve por las calles un joven matrimonio con sus niños, piensa que acaso este sea el mayor milagro que Dios ha permitido que hagan los hombres y que el milagro que de verdad necesita Alemania es que se multipliquen estos niños que patinan por las aceras, con sus gorritos verdes, y al pasar os saludan con el cristiano tierno e intraducible: "Grüssgott... grüss... Gott".

L. P. A.

Situación en Alemania Oriental

EL aire es transparente en esta mañana del 30 de mayo de 1957. "Christi Himmelfahrt": Ascensión del Señor. Día alegre y fresco de primavera que aparece después de monótonos y oscuros días de ininterrumpida garúa. Tal vez un símbolo de la vida más allá de la Cortina de Hierro: algún día tendrán su Pascua, su Ascensión, los que hoy viven la negra noche de la opresión marxista.

Verano de 1956. Berlín Occidental. Me acerco lentamente a la imponente Puerta de Brandenburgo, "Brandenburger Tor", orgullo de la antigua capital alemana. En su cúspide flamea la bandera roja, aquella que los berlineses ansiosos de libertad derribaron de su pedestal en los sucesos del 17 de julio. Es hoy el símbolo elocuente del nuevo reinado que quiere, en nombre de la paz, asentar la existencia de un Estado ficticio: la D.D.R. (Deutsche Demokratische Republik), destruyendo en su base la máxima aspiración de todo alemán: la Reunificación. Un gran cartel me advierte que dentro de 70 metros abandono la zona occidental. Por lo demás, basta mirar el puesto de policía para convencerse de ello. Mi documentación en regla me abre las puertas de este mundo nuevo. Y ya estoy al otro lado: drüben, como dicen melancólicamente los alemanes para no tener que nombrar las odiosas letras D. D. R., negra pesadilla de sus pensamientos.

No voy a escribir notas de viaje; prefiero reunir mis observaciones sobre la D.D.R. en algunos párrafos en cuyo conjunto podremos recoger una visión aproximada de la vida "al otro lado". No creo que se me pueda tachar de superficial. Conozco bien la zona, y las observaciones recogidas en el espacio de tres veranos consecutivos en conversaciones con parientes y aún con funcionarios comunistas, me autorizan a trazar un cuadro objetivo de la realidad.

Sistema de vida.

Lo primero que salta a la vista al caminar por la monumental "Stalinallee" de Berlín Oriental es la grandiosidad y el efectismo. Grandes bloques de edificación en estilo moscovita, se suceden sin variación. Bloques de unos 8 pisos, de color rosa subido, sin personalidad alguna, trazados por el mandato de "arriba", donde para nada intervienen las empresas privadas de construcción; de un tipo único monótono; es un despliegue de potencia a lo largo de unas 10 a 12 cuadras que —como sus paradas militares— pretenden demostrar al Occidente la prepotencia del sistema socialista. Pero al lado de esta grandiosidad, a sólo pocos metros, aflora la miseria de Berlín. Un vistazo a las calles laterales nos convence de ello: las ruinas permanecen allí estáticas, intocables, sin que se observe el menor esfuerzo para removerlas. Por eso se ha dicho con razón que la "Stalinallee" es una suntuosa fachada que esconde una horrible trastienda de ruinas y miseria.

Esta observación inicial nos introduce ya en la médula del pensamiento marxista: No es el individuo el que interesa, sino el Estado. El Estado lo hace todo. La vida de cada ciudadano está reglada en forma precisa; un ejemplo: me tocó ver en Leipzig un grupo de edificios recién construídos, grandes colectivos capaces de albergar gran número de familias. Cada departamento posee un libro-registro donde cada uno de los habitantes debe inscribir minuciosamente el día de llegada, de salida, sitio a donde se dirige, etc. Este libro es controlado periódicamente por un funcionario de confianza del Partido. Esto sucede en cada vivienda o departamento. En esta forma, es bien fácil observar los menores movimientos de la población.

Si nos preguntamos qué es lo que le interesa al Estado, nos llevaremos la sorpresa de constatar que no es precisamente el bienestar social de los habitantes. Claro que procura tenerlos satisfechos —algo así como el "pan y circo" de la Roma pagana—, pero esto pasa muy a segundo término frente al esfuerzo por ganar a la juventud y por incrementar su potencial bélico. En estos dos rubros, cualquier gasto, por ingente que sea, se considera bien empleado. Es interesante el formidable contraste entre los lujosos avisos de luz fluorescente —muy cara allí— con las viviendas derruídas que vegetan frente a frente. Avisos, naturalmente, dirigidos a conquistar a la juventud para sus ideales.

Conquista de la Juventud.

Prescindiendo de la instrucción marxista que a grandes dosis le es inyectada por todos los poros en colegios y escuelas, quiero insistir ahora particularmente en los métodos de conquista. Por ellos veremos la habilidad de que hacen gala.

"Die Jugendweihe" o "consagración de la juventud". Pretende con suma habilidad obligar a la juventud a la fidelidad al Partido y al Socialismo, y a la vez, suplantar la educación religiosa. El mismo nombre dice elocuentemente que quiere dársele un carácter sagrado y la alusión a la Confirmación es evidente.

Se prepara al muchacho con anticipación haciéndole palpar la importancia del momento en que se va a consagrar a la defensa de los intereses del Socialismo y de la libertad. El día señalado, el candidato lee ante funcionarios del partido una fórmula solemne de "consagración", se procura que la reunión tenga el mayor esplendor posible a fin de que su recepción en la comunidad socialista marque en su vida una etapa imborrable. Con este acto de fidelidad y de entrega a la causa del partido, el muchacho queda psicológicamente atado y comprometido para el futuro. Durante los días que preceden a la ceremonia, los escaparates de las librerías ostentan llamativos rótulos como éste: "Selección de regalos para los que por esta consagración se abren a una nueva etapa de la vida". Esos muchachos están en la época de la pubertad, ardiente de ideales y planes, y se puede sospechar la impresión que todo esto deja en su espíritu. Organizadas oficialmente en todos los centros de educación, estas ceremonias, aunque no obligatorias, de hecho arrastran a la masa estudiantil sea por la novedad y curiosidad, sea para evitar futuras presiones. Es el primer zarpazo del régimen, del cual el muchacho ya no se libra. Su conciencia aunque errónea, le exige fidelidad y lealtad a lo prometido. La propaganda por medio de carteles murales —enormes—, tan típica de la educación de masas en los países totalitarios, se encarga de poner el ambiente adecuado en la ciudad. Tengo presente uno, elocuente: en el plano inferior el perfil idealista del muchacho que mira con ojos desorbitados el regalo que por su consagración le ofrecen sus padres: Allí está la pequeña biblioteca, magníficos tomos empastados, relucientes, manjar tan codiciado para la insaciable mente alemana. Arriba, destacan estas palabras: "Jugendweihe"; es el leit-motiv que me persigue con su impetuosa cantinela por toda la ciudad.

"Der Wehrsport", que podríamos traducir como "deporte de maniobras" o "deporte bélico", es otro medio de atraer a la juventud. Grandes carteles invitan a participar en entrenamientos y competencias deportivas, y ponen a disposición del elemento juvenil canchas de juegos, equipos, etc. La condición previa, esencial para poder tomar parte es

la de inscribirse en el "Wehrsport". Es de facto la única manera de tener acceso a los clubes deportivos, piscinas, estadios. Y el joven cae en la red. Con ello se contrae la obligación de asistir a cursos de entrenamiento militar donde aprenden la disciplina y el manejo de armas ligeras.

Los carteles muestran a dos jóvenes en sencillo uniforme en actitud de disparar. Con este sencillo método, atraen efectivamente a toda la juventud, la instruyen militarmente, y preparan el material de reserva que sirva de retaguardia al poderoso ejército de la D.D.R., calculado en más de 700.000 soldados. Así, ingenuamente pueden vociferar en su propaganda contra Alemania Occidental que ellos aman la paz, que no tienen, como su vecina, el servicio militar obligatorio.... etc. El S.P.D. (Sozialistische Partei Deutschlands) ha echado mano de este infantilismo en su acre campaña contra Adenauer, olvidando que Alemania Occidental con una población más de tres veces superior a la de su vecina, mantiene en pie un ejército de 150.000 soldados, apenas superior al actual de la República Argentina.

Juventud educada en el odio a Occidente y a su podrido capitalismo, cuya única verdad incontrovertida es la doctrina de Marx, que desde sus primeros años ha "jugado a la guerra", ligada fuertemente a los intereses del partido, ajena a toda instrucción religiosa, repleta de prejuicios contra toda Religión, ésta es la juventud que nos lega el comunismo, ésta, la que identifica "ciencia y progreso" con comunismo (o Socialismo, que para ellos es lo mismo...), cuyo concepto de "libertad" y "paz" equivale a imponer a toda costa y a cualquier precio su sistema, y para la cual "coexistencia", palabra tan cacareada hoy, viene a significar período de lucha sorda y solapada contra la civilización occidental hasta masacrarla. Hablando en Leipzig con un funcionario comunista, me di cuenta que el contenido de estos conceptos es no solo diferente, sino opuesto al nuestro. Hablamos dos lenguas distintas... ¡y, sin embargo, inconscientes del equívoco que allí se oculta (y del cual ellos sacan provecho...) tratamos de entendernos!

Recientemente, para disponer más absolutamente de la vida de los ciudadanos y apoderarse del núcleo más íntimo, la familia, han inventado el control sobre los matrimonios, mediante la llamada "Eheschliessungsweihe" o "Consagración del matrimonio". He leído la noticia escueta y no se han dado detalles, pero es evidente que conduce a la misma meta y por los mismos rieles.

Papel de la Propaganda.

Bastante hemos ya insinuado sobre su método de empleo y su poder. Por su medio, el Estado Omnipotente machaca las verdades que su pueblo, dócilmente, como rebaño, debe oír, y aprender. Y es una máquina trituradora en su impenitente insistencia, en su falta de variedad y originalidad, en su demoledora destrucción de valores, en su crítica mordaz y sangrienta.

Esta propaganda predicada por la calle, el cine, la música, la escuela, impide que el hombre piense reposadamente. "Miente, miente, que algo queda" dice el proverbio siempre eterno, en su conocimiento del alma humana. Porque al Comunismo le interesa formar máquinas de trabajo y de guerra, piezas en la estructura estatal, que cumplan mecánicamente con su deber sin "levantar la voz"; engranajes resignados que tiren adelante el carruaje comunista atestado de tristezas humanas acalladas, de cabezas segadas. Para que no se crea que me dejo llevar por la fantasía, sirvan de prueba estos ejemplos: basta caminar pocos kilómetros en una carretera para encontrar carteles como éste, en grandes caracteres: "Die Lehre von Marx ist allmächtig weil Sie richtig ist". "La Doctrina de Marx es omnipotente porque es verdadera". Se parte del supuesto de su verdad y de aquí se deduce su omnipotencia. Título arrebatado a Dios con el cual se expresa elocuentemente que en el Marxismo se encuentra todo lo que se puede desear, que lo puede todo, que es el único que puede organizar el Paraíso aquí en la tierra. Clara transposición del elemento religioso en el Marxismo, que éste ha realizado conscientemente para conquistar el puesto de una religión sin Dios. Religión que pretende reglar no sólo el plano exterior de la vida del hombre, sino sobre todo su interior. Nada le es indiferente en la existencia humana.

Tema repetido de la propaganda es la incitación al trabajo, a rendir el máximo. No es el intelectual o el pensador el protagonista de sus carteles sino el obrero que empuña su herramienta, la obrera de overall y el técnico de delantal gris. Ellos avanzan en actitud impetuosa a la conquista del progreso en el Socialismo. Aumentar la producción es el estribillo de moda. Este tono podría hacernos suponer que nos encontramos en un ambiente de esfuerzo y acción; pero la realidad es diversa. No olvidaré aquellas calles de Leipzig, aún tapizadas de ruinas, cuyas casas ostentan la completa incuria de sus dueños, cuyas fachadas muestran aún los trozos de estucos bamboleantes y los boquetes de las granadas. Leipzig, que antes de la guerra llegó a contar sobre 700.000 habitantes, "se gloría" ahora de su record de construcción en 1956: ¡un total de ocho casas nuevas!

Las famosas zonas industriales de Turingia y Sajonia que antaño competían en producción con el Ruhr, se avergüenzan ahora de la mala calidad de sus productos. Gran-

des envíos de tractores y automóviles han sido devueltos por sus compradores, Suecia y China comunista, por esta misma razón. Los automóviles modernos constituyen una rareza y por las calles se ven circular los mismos tipos alemanes anteriores a la guerra. La gente ha perdido el interés por el trabajo; ya no puede trabajar para sí o para su familia. El comercio está todo centralizado, "estatizado" con la consiguiente falta de competencia y de interés en la producción. La uniformidad ha invadido también el vestuario, aún femenino. El descuido y falta de limpieza sorprende. Volviendo a Berlín en ferrocarril me sorprendió el encontrar el lavatorio del toilette tan sucio, que tal vez haría semanas que nadie asomaba por allí. La vida es cara y hay restricciones alimenticias. Es frecuente ver interminables colas ante los almacenes mal surtidos. Está racionada la cantidad de mantequilla por persona. Y ya sabemos que para el alemán mantequilla, cerveza y salchichas son alimento imprescindible. Se observa en todas partes descuido en el vestido y la elegancia es sólo privilegio de las esposas de los oficiales soviéticos.

Un gran cartelón colgaba en una calle céntrica de Leipzig: representaba una cínica caricatura de monje, con el birrete clerical, cuya faz ostentaba en su mitad derecha los rasgos de Hitler, y en la izquierda los de Adenauer. Sus manos sostienen una cadena en cuyos extremos brillan la cruz cristiana y la swástica (cruz gamada nazi). Abajo, dos fechas: 1933 y 1956 y esta inscripción: "Verbot K.P.D.". Así muestran su odio a los que han prohibido el partido comunista en Alemania, y "demuestran" la falta de libertad de Occidente. Sólo olvidan un pequeño detalle: ¡que en la D.D.R. la prohibición afecta a todos los partidos que tienen la desgracia de no ser comunistas!

Otra temática muy del gusto moscovita y que aquí ha sido calcada al pie de la letra es el culto a los héroes y la adoración a la bandera. Monumentos a los soldados caídos, a Stalin, monumentos funerarios abundan y son verdaderamente grandiosos. En ellos la estrella roja —también en las lápidas sepulcrales— substituye a la cruz de Cristo y los templetes y santuarios a honra de los héroes, a los templos cristianos. La profusión de desfiles y banderas recuerdan fatídicamente los tiempos del Führer. No hay monumento en el cual la bandera o las armas no tengan un lugar de primacía. Todo el arte arquitectónico está saturado de belicismo, o al menos porta los rasgos de la colectivización en masa.

¿Libertad religiosa?

Este punto merece alguna atención. Siguiendo la pauta dejada por Lenin, los comunistas prefieren atacar la religión indirectamente. No hay persecución religiosa en la D.D.R., pero de modo alguno libertad religiosa. La actitud marxista consiste en destruir sistemáticamente la mentalidad religiosa, lo que ellos llaman "el prejuicio religioso". Presentan la Religión como burguesa, residuo de costumbres medioevales, polo opuesto de la ciencia y del progreso. Paralelamente desatan una desenfrenada ateización, en libros de textos, cátedras, conferencias, programas radiales, etc. Con esto consiguen que muchos, sobre todo jóvenes, se alejen de la fe. Esta es la realidad. La verdad hay que decirla con todas sus letras, sin temor: la Iglesia católica en la D.D.R. muere hoy lentamente, al menos si su vitalidad la medimos con el rasero de los números. Más numerosos son los muertos y los apóstatas que los convertidos y bautizados. La juventud, que es su fuente perenne de vida, se aleja, se forma fuera de su radio de acción. Los programas recargados, los desfiles, las reuniones obligadas de las organizaciones juveniles ya descritas, impide al muchacho acudir a las bastante más inatractivas sesiones de A.C. de la parroquia; además apenas si queda tiempo para ello. Los padres pierden el control sobre sus hijos. Tal vez la fe se acreciente entre los grupos de gente madura merced a las dificultades... pero muere en los jóvenes. Por demás está decir que las organizaciones y prensa católica se hallan suprimidas y que el apostolado queda reducido a poco más que la predicación desde el púlpito.

Se dirá que es un cuadro lúgubre de la situación, pero creo que es verídico. La Iglesia vive allí su Viernes Santo. El Señor está ausente y no se divisa aún la aurora radiante de la resurrección. Además, ¿qué sacamos con presentar un panorama optimista fijándonos en los pocos que perseveran, que son héroes, que tienen la valentía de acudir a Ejercicios y Cursos en Alemania Occidental con peligro de sus vidas? Existen esos héroes porque existe en la Iglesia el Espíritu Santo que da el vigor y la entereza; pero son muchos más los que prefieren la vida fácil. La Iglesia en la D.D.R. pasa actualmente por rutas muy semejantes —demasiado semejantes— a los de las florecientes comunidades cristianas de Asia Menor, Siria y Egipto, que, arrolladas por el ciclón árabe, terminaron por desaparecer. Y hoy miramos con nostalgia las ruinas de esas cristiandades que acogieron a los grandes Concilios y Padres de la Iglesia. Nicea, Éfeso, Calcedonia, Alejandría, son sólo recuerdos de gestas pasadas.

Quiera Dios que estas negras predicciones no se cumplan. Pero nada hace prever que la agresividad del comunismo decrezca o que su carga antirreligiosa se atenúe. Por el contrario, todo muestra que su afán por conquis-

tar el hombre entero es insaciable. Quiere suprimir los "tiempos libres" del hombre a fin de evitarle el trabajo de pensar... o criticar. El comunismo presenta, a pesar de las aparentes variaciones, una línea inflexible de conducta. Su meta es clara: instaurar el Socialismo en el mundo entero. Este es el legado de Marx a la humanidad. El Occidente, por el contrario, no tiene programa alguno ni ideal que defender. Acosado, defiende su pellejo: sus mercados económicos... pero nada más. Ahí está Hungría para probarlo. Mientras toda persona sensata urgía una intervención de la O.N.U., en último término se vio que no resultaba negocio, y que no valía la pena exponerse; así al menos juzgaron los magnates de Occidente.

"El Comunismo no teme ni a los EE.UU. ni a las bombas atómicas; su peor enemigo es el Catolicismo, aunque por estar éste tan desleído en Europa, no nos será un gran obstáculo", me decía el funcionario comunista de Leipzig, que naturalmente ignoraba que hablaba con un católico. Y aquí está la esperanza. Convenzámonos primeramente que una coexistencia es imposible como es imposible y absurdo hacer las paces con el cáncer que avanza subrepticiamente por nuestros tejidos. Opongamos un dique vigoroso con nuestra fe acerada, con un hondo sentido del amor cristiano y del cuerpo místico. Pero insisto, condición previa es desenmascarar al comunismo y mostrar al desnudo sus verdaderas intenciones que tan bien sabe velar. A los que sueñan con el Paraíso comunista yo les recetaría un mes de permanencia en la D.D.R., tomando contacto con la vida real del pueblo. Ese tal volvería "vacunado" y se convencería que no todo es propaganda americana como tan fácilmente se repite para evitarse el trabajo de verificarlo.

El comunismo aparenta ser muy social mientras no está arriba. Escalado el poder, se olvida del pueblo, lo retuerce en los engranajes de su maquinaria y lo obliga a caminar envuelto en su camisa de fuerza. ¿Prueba de esto? Ahí está la "Cortina de hierro" que impide que los ojos de Occidente contemplen el dolor y la amargura de un pueblo. La paz, la única, se basa no en el odio ni en la destrucción, sino en el amor que nos hace llamarnos y ser de verdad HERMANOS.

S. P. — Terminado este artículo, leo en el periódico que la D.D.R. acaba de prohibir a los estudiantes el viajar a Occidente... ¡El nudo en la garganta se aprieta aún más!

La preparación de encuestas sobre la práctica dominical

Nota de la Redacción — Hace tiempo que un problema preocupa a los católicos chilenos: ¿Es Chile un país católico? Por primera vez un equipo de investigadores bien preparados trabaja por dar una respuesta técnicamente válida a este interrogante. Nos ha parecido de especial interés para nuestros lectores tenerlos al corriente del desarrollo completo de una encuesta que se está realizando sobre el tema. El artículo que publicamos hoy adquirirá todo su valor a medida que vayamos presentando ulteriores informaciones de la encuesta.

LA Oficina de Sociología Religiosa establecida por el Episcopado a comienzos de este año, recibió el encargo de preparar Encuestas de la Práctica Dominical en algunas parroquias de Santiago.

Se fijó el número de estas parroquias en cinco y se las eligió, atendiendo tanto a su ubicación en distintos y muy opuestos sectores de la ciudad, como a su extensión, dotación, ambiente, etc. Finalmente quedaron definitivamente seleccionadas las siguientes: La Estampa, Buen Pastor, Sagrado Corazón del Bosque, Santos Angeles Custodios, San José de la Plaza Garín. Esta selección ha sido estimada buena, pues cada una de estas parroquias pertenecen a un sector bien característico de Santiago. Por cierto que en un futuro cercano se piensa ampliar esta encuesta a otras parroquias, y tan pronto como sea posible, a sectores completos de la ciudad.

OBJETO DE ESTAS ENCUESTAS.—Como su nombre lo dice, las Encuestas sobre la

Práctica Dominical tienen por objeto conocer la realidad no sólo numérica, sino sociológica de los fieles que cumplen con el precepto de la Misa Dominical. En realidad conocer solo el número de los que asisten a Misa, no presenta mayor interés, pero cuando a la vez se puede indagar en qué proporción se reparten los hombres y las mujeres, cual es su estado civil, en qué grupo de edad se sitúan, cuál es su actividad profesional, y en qué sectores de la parroquia habitan, tenemos un conjunto de datos que debidamente analizados y comparados, proporcionan al párroco una visión extremadamente clara del elemento humano que forma ese núcleo sólido y fundamental de su parroquia: "los practicantes"; datos que además le abre grandes horizontes hacia el exacto conocimiento sociológico de la población, base primera de toda acción pastoral eficaz; digamos inmediatamente, base tan importante y tan interesante para el apóstol seglar como para el pastor, ya que no hay apostolado auténtico si no es adaptado a las realidades de vida.

Se pensará que esta Encuesta pone el acento en los que vienen a Misa, cuando los más interesantes apostólicamente hablando son los que no vienen. En realidad este punto de vista es errado por muchas razones; apostólicamente el practicante es tan interesante como el alejado, primero porque es preciso conservar y perfeccionar lo que se tiene como porque el practicante está llamado a ser el elemento de contacto con el hombre que, por cualquiera razón no conoce a la Iglesia o se ha apartado de ella; además tanto un párroco y los movimientos apostólicos que lo secundan, necesitan conocer el elemento con que mediante una acción apropiada podrían casi seguramente contar, como medir con exactitud cual es el campo "misional" que se les presenta —y no solo medirlo—; conocerlo en su realidad concreta. Y esto la Encuesta también lo facilita grandemente al señalar cuales son los ambientes sociales o económicos que están presentes o ausentes, cuales son los barrios aislados de ese contacto mínimo, pero básico con la parroquia que constituye la Misa dominical, al demostrarle si los niños — fuerza viva y futuro de la parroquia— participan desde pequeños en la oración de la comunidad parroquial y escuchan la predicación de su pastor. En realidad cada cédula contestada en la encuesta es una afirmación y un interrogante, una realidad y una esperanza.

La encuesta se realiza un domingo corriente, entendiéndose por tal un domingo que no sea ni de pleno invierno ni de pleno verano, que no caiga en época de vacaciones como las de septiembre, que no coincida con alguna festividad importante, todo esto para eliminar en lo posible todos los factores que aumentan o disminuyen artificialmente el número de asistentes a Misa.

La encuesta se realiza el mismo domingo en todas las Misas diurnas y vespertinas y en todos los lugares de culto (otras Iglesias, Capillas, Oratorios públicos, etc.) situados dentro del radio parroquial. (1)

La encuesta es anónima y como lo explicaremos detalladamente más adelante, se realiza mediante una cédula que solícita los siguientes datos: dirección, sexo, estado civil, edad, profesión. Las cédulas repartidas dan el número de los asistentes.

En un artículo no podemos pretender mostrar todas las proyecciones de estas encuestas, pero queremos señalar brevemente algunas de ellas.

El dato de la dirección ya permite situar a los practicantes en el radio parroquial y ver con claridad cuáles son los sectores del territorio en que aparece débil o inexistente el número de practicantes, habrá entonces que estudiar la razón: lejanía excesiva, proximidad de otra iglesia no comprendida en el radio parroquial, pésimas condiciones de vida que ahogan toda vida espiritual, barrera física o psicológica entre ese barrio y el templo, influencia desmoralizadora o por lo menos desfavorables al catolicismo en ese sector, etc. Por otra parte la presencia de practicantes pertenecientes a otras parroquias señalará algún factor de concentración de público en ese sector en la mañana del domingo: mercado, estadio, funciones matinales de cine, fácil estacionamiento de vehículos, etc.

El dato del sexo permitirá dirimir con exactitud la vieja polémica de si son muchos o pocos los hombres que concurren a Misa, pero este dato comparado con el de la edad y el de la profesión permitirá sobre todo apreciar en qué proporción nuestros practicantes pertenecen a la población activa o pasiva, dato éste de incalculables proyecciones para la acción pastoral.

A veces nos quejamos de que los sermones son inadaptados a nuestros problemas reales, a este respecto un párroco nos decía: cuando mediante la encuesta yo conozca la composición familiar y profesional (que equivale a decir cultural) del público de tal Misa, adaptaré mi enseñanza a sus condiciones y problemas.

¿En qué proporción concurren nuestros niños a Misa?

Estos son solo unos poquísimos ejemplos de los datos que el debido análisis de la encuesta deberá revelar.

LA CEDULA.—Dijimos que la encuesta se realizará mediante una cédula. Esta es una

(1) Inclusive en el caso de una de las parroquias encuestadas se hará también en dos capillas, que si bien no pertenecen a la parroquia están justamente en sus límites y se sabe que atraen a una parte considerable de su feligresía.

tarjeta impresa que se reparte a los asistentes en el momento del Evangelio, un "speaker" dirige la encuesta desde un micrófono. Como muchas personas no llevan lápiz o pluma a la iglesia, junto con el reparto de la cédula se proporcionarán lápices a los que lo necesitan. En realidad lo único que hay que escribir es la dirección, para los otros datos solo se trata de marcar la pregunta adecuada.

El día en que se realiza la encuesta no hay predicación, por lo tanto la Misa no se alarga más que de costumbre. Para el buen orden de la encuesta, sólo se distribuyen cédulas hasta el momento mismo en que se inicia la realización de la encuesta por la orden del "speaker" en el micrófono; los que llegan atrasados son contados pero no llenan la cédula, las cédulas son recogidas inmediatamente después.

Todos comprenderán que la redacción de esta cédula ha sido objeto de mucho estudio, consultas y pruebas. Teníamos diversos modelos, ya que estas encuestas se están realizando desde hace varios años en otros países, pero se trataba de encontrar el tipo de cédula exactamente adecuado por una parte a nuestras necesidades y por otra a nuestra idiosincrasia, poco amiga de preguntas. Creemos haber conseguido una buena cédula, muy sencilla y adaptada al objeto de la encuesta, pero sólo la práctica revelará sus ventajas y sus inconvenientes y permitirá irla corrigiendo.

La lista de profesiones que tiene por objeto clasificar a las personas en cuanto a su trabajo, no es tan detallada como algunos lo habrían deseado. Pero se ha comprobado en pruebas previas que más detalles la complicarían y además, lo que nos interesa no es saber con precisión cuantos abogados o cuantos electricistas tiene la parroquia, sino obtener una clasificación más general que ubique a las personas no tanto en el detalle de su trabajo, sino en el ambiente social y cultural al cual un determinado tipo de trabajo está generalmente ligado.

PREPARACION DE LAS ENCUESTAS. — Estas encuestas requieren una minuciosa preparación que se ha realizado con la cooperación de todos los miembros de la Oficina de Sociología Religiosa. (2)

Obtenida la aprobación de la Curia Arzobispal, la primera etapa fue el contacto con los párrocos, directamente interesados en este trabajo. La acogida —nos parece un deber de gratitud subrayarlo— fue cordialísima; todos comprendían perfectamente el interés de estas encuestas y en algunos casos habían estado deseando realizarlas; el conocimiento que nuestros pastores tienen de sus parroquias y de su feligresía, su inquietud pastoral, su experiencia, han sido un factor decisivo en la preparación de estas Encuestas, y uno de los más alentadores.

Obtenida la aceptación de los párrocos, era preciso buscar los colaboradores. Ha sido fácil obtenerlos y hay que insistir en dos hechos: el interés demostrado por los hombres para trabajar en las encuestas y la casi automática coordinación que se ha obtenido de miembros de la Acción Católica y de otros movimientos para trabajar en conjunto en una iniciativa que todos han comprendido que es eminentemente "parroquial" y por lo tanto interesa a todos por igual, porque va encaminada a abrir horizontes a todas las actividades apostólicas de la parroquia.

A nuestro juicio las reuniones preparatorias de estas encuestas han revelado el realismo de nuestros dirigentes y su interés por planear y realizar su apostolado partiendo de bases concretas.

Estas reuniones preparatorias han tenido un doble objetivo: la preparación remota y la preparación próxima de las encuestas.

LA PREPARACION REMOTA. — El primer problema es conocer el número de católicos de cada parroquia. En efecto, la encuesta nos revelará el número de asistentes a Misa, pero para calcular qué porcentaje representan en el conjunto de los católicos de la parroquia (y es el dato realmente interesante) se requiere conocer ese número. No tenemos un censo de los católicos. En una de las parroquias en que se realizará esta encuesta hemos podido efectuar previamente un Censo de los Católicos, muy sencillo, pero suficiente. Fue posible hacerlo en esa parroquia porque su radio no demasiado extenso, y su homogeneidad de población facilitaban el trabajo. En las demás parroquias ha sido preciso buscar otros medios de cálculo. Tenemos para cada manzana el número de habitantes dado por el Censo Oficial del año 1952, pero además de que dicho censo, según los expertos, adolece de serios errores, es ya muy antiguo, el aumento de población en Santiago desde 1952 hasta hoy, es, a ojos vista, extraordinario, por lo tanto, tomando como base el censo de 1952, hemos solicitado a expertos, que con los planos de las parroquias interesadas a la vista (3) nos señalen para cada una de ellas 3 ó 4 manzanas en que se hará un censo prolijo de los católicos. Esto nos permitirá calcular en qué porcentaje ha aumentado la población desde el último censo oficial, y como ya es un hecho comprobado en estadística, este mismo porcentaje podrá aplicarse al conjunto de la parroquia, con escaso margen de error.

Una vez calculado el número de católicos, habrá que calcular el número de "obligados

(2) Y con el constante y generoso consejo del R. P. Vekemans, S. J., sociólogo, a quien agradecemos muy sinceramente su colaboración.

(3) Planos que han sido debidamente rectificados y preparados en conexión con estas Encuestas.

a Misa", que no son todos los católicos, pues quedan eliminados los menores de 7 años a quienes no obliga el precepto, los enfermos y los excusados por justa causa. Se estima en general el número de obligados en un 85 por ciento del total de los católicos.

Solucionado —en cuanto ha sido posible— este punto, se ha solicitado a los cooperadores a la encuesta que recorran la parroquia con los siguientes objetivos: penetrarse de la fisonomía de la parroquia, de su realidad ecológica: en efecto no todos los barrios o sectores de una parroquia son iguales, la densidad de la población, la habitación, los obstáculos naturales o psicológicos que los aislan, la concentración de factores de diversión o de inmoralidad, etc., afectan profundamente y diversifican a sus habitantes y esto necesariamente incide en la práctica religiosa.

Hay que señalar en forma especial las parroquias, con sus barrios separados del templo parroquial por arterias de gran circulación o por obstáculos naturales muy aislantes, o con un sector de población de un ambiente social y económico completamente diverso del resto de la feligresía. Hay que anotar también cuidadosamente las fuerzas favorables o desfavorables que gravitan sobre la parroquia (establecimientos educacionales, conventos, teatros, cines, clubes deportivos, Cultos disidentes, bares, plazas de juego, sitios de placer, etc., y solicitar a las personas competentes (ingenieros, arquitectos, constructores) que someramente analicen el estado habitacional del sector parroquial, porque como ya lo dijimos, condiciones de vida subhumanas tienen evidente repercusión en la vida religiosa.

Finalmente hay que estudiar cuidadosamente la circulación y la concentración de público en el radio parroquial los domingos; la presencia de un mercado por ej., o la gran facilidad de estacionamiento pueden explicar, parte, como lo señalábamos antes, la afluencia de fieles en una determinada iglesia o Misa, o la venida de público de otras parroquias, etc.

LA PREPARACION PROXIMA.—La preparación próxima consiste en el estudio de la realización de la encuesta misma, instruyendo a los cooperadores en la correcta distribución de las cédulas, utilizando cédulas de prueba que ellos mismos deben llenar para tener así una experiencia inmediata. Otro punto importante es la preparación de la minuta de instrucciones que el "speaker" usará el domingo señalado para dirigir la encuesta en todas las Misas. Esta minuta rigurosamente uniforme para todas las parroquias y para todas las Misas se ha ido redactando y perfeccionando en sucesivas pruebas previas en las reuniones de preparación. En estas reuniones es también donde se ha probado repetidamente la cédula, pruebas que han tenido por objeto descubrir si era fácil de contestar y qué dificultades se presentaban.

Una última observación: puede suceder que por cualquier motivo una persona no pueda contestar la cédula: olvidó los lentes, no sabe escribir, etc., para esto los cooperadores que reparten las cédulas y que son numerosos, permanecen junto a las bancas durante el desarrollo de la encuesta, prontos para ayudar.

Esperamos que las Encuestas de la Práctica Dominical, además de constituir para las autoridades eclesiásticas una información más completa de los problemas socio-religiosos en nuestra patria, han de contribuir a la intensa y generosa acción apostólica de la Iglesia, con un conocimiento más exacto de los ambientes que está llamada a cristianizar, y de las realidades sociales tan decisivas en la vida de los hombres de nuestros días.

Como en toda obra de la Iglesia, la gracia vendrá a animar la fría realidad de las cifras.

Sara G. de la Huerta de Eyzaguirre
Directora de la Oficina de Sociología Religiosa

•

"El sistema concreto de nuestro salariado español está tejido de injusticias, injusticias tan aceptadas que pasan con frecuencia desapercibidas aun a los espíritus más generosos y más preocupados del progreso social. Es un giro pura y simplemente copernicano lo que exige en nuestra sociedad la más estricta e indeclinable justicia. Es algo tremendo, pero es así."

José M. Díez-Alegría, S. I.

"La puerta del infierno"

LA fidelidad conyugal es algo más que un principio moral para el pueblo japonés, es un sentimiento respaldado por siglos de tradición.

Al pasear una pareja de enamorados por las playas, suelen inclinarse sobre la arena y contemplar en silencio unos curiosos moluscos cuya caparazón vacía deja algunos orificios. Dentro han quedado dos cangrejos, macho y hembra, que sólo se reproducen en el interior de aquel extraño palacio. Entran, conviven, dan a luz numerosos pequeños que salen al mundo del océano, mientras ellos, más grandes, sin poder salir mueren unidos hasta el fin.

El tema central del film japonés "La Puerta del Infierno" es precisamente la fidelidad conyugal. Resulta extraña una lección tan profunda dada por los orientales a nosotros, que estamos acostumbrados a ver toda clase de infidelidades en la pantalla y en la literatura. Las ideas del film flotan nitidamente sobre una atmósfera de delicadeza espiritual y de plenitud artística.

Se nos presenta el hecho histórico de una invasión a la casa real Kiyomori. Los planos elegidos son muy cercanos. La primera secuencia está construída a base de detalles de hondo simbolismo narrativo. El incendio del palacio real, la fuga, el desconcierto, se traduce en tomas parciales de pies desnudos, de cortinas ardientes, de la rueda del carro real que gira sobre el terreno, del rostro aterrorizado de la dama de la corte en su interior.

El noble guerrero *Moritó* salva a la dama. La paz vuelve al país. Los soldados son premiados. Los méritos de Moritó son tales que se le concede pedir su propio galardón. Pide a la dama como esposa. El desconcierto de la corte es notable: "la dama es casada"... Moritó está cegado. No vive sino bajo su hechizante recuerdo. Ella lo admira. No es fácil decir si lo ama (porque los japoneses no manifiestan el amor como nosotros). Pero se resiste a las demostraciones sentimentales del guerrero. Moritó agota los recursos y fuerza a la esposa. Le propone matar a Kesa, su esposo, quedando así libre para casarse con él. Ella no puede hacer nada frente a la pasión de Moritó. Simula aceptar el asesinato. Llega la noche. Todo parece convenido entre el asesino y la esposa. Pero ella logra conducir al esposo, al que ama con fidelidad heroica, a otra habitación y se recuesta en su lecho. Moritó entra y, sin distinguir más que un bulto en la penumbra entierra su espada en el corazón de la joven y de inmediato, descubre su rostro y abre los ojos al panorama atroz de su propia pasión.

La escena final es su entrega al esposo. Se siente infame, e implora ser despedazado. Kesa lo perdona. Su noble corazón no había calculado aún todo el amor encerrado en ella. Moritó se corta el cabello y decide empezar una vida de penitencia.

"La Puerta del Infierno" es un modelo de film moralizador. Nos enseña cómo puede hacerse una obra de elevado valor estético, de profunda psicología humana, de pasiones, de amor y de virtud heroica, sin necesidad de presentar, ni aún de sugerir el plano sexual.

La película "La Puerta del Infierno" se ganó el Gran Premio Internacional en el Festival de Cannes 1954 y dos Oscares en 1955.

Teinasuke Kirugasa está clasificado en el Japón entre los directores de la escuela tradicionalista. Trabajó en cine mudo como director y luego fue actor especializado en los papeles de niñas cuando era obligatoriamente hecho por hombres.

"El cielo fue testigo"

(Heaven knows, Mr. Allison)

UN marinero americano, náufrago solitario sobre una balsa de goma, es arrojado a una isla del Pacífico, recientemente arrasada por los japoneses. Al pie de las colinas de la costa encuentra los restos humeantes de una misión abandonada. Sin embargo alguien vive ahí.

Es una religiosa de hábito blanco, que acaba de presenciar la muerte del último sacerdote misionero. Joven e inteligente, sabe atender al marinero con esmero y con cierto candor sincero que infunde respeto. Aventurero, nunca se había encontrado frente a una mujer así; más atrayente por su pureza que por su físico. El film nos muestra esos cincuenta días de aventuras, escondiéndose de las incursiones japonesas, como un marco de fondo a la verdadera trama espiritual: el amor que brota en esos dos corazones.

El tema, en manos de un director imprudente, podría haber causado una obra chocante. John Huston supo mantener intactos el espíritu y la psicología de una monja, cuyo supremo ideal era su vocación a la vida religiosa. Un ideal maduro y definido, al cual no puede llegarse sino por un amor a Dios que ha logrado penetrar una vida. Al terminar este delicado film de aventuras tejido en una trama espiritual elevada, se siente el agrado de constatar que pueden hacerse películas espirituales sin hastío para el espectador. Claro está, que no todo el público opina igual. Pues al salir de la sala escuché el comentario de dos señoritas muy entristecidas: "Si siquiera hubiera tenidos votos perpetuos —comentaba una de ellas—; pero, que no se casara, pudiendo hacerlo, es demasiado cruel!".

Precisamente todo el valor de la heroína está en la renuncia consciente y libre a la vida conyugal, por un ideal que sabe elegir su camino a través de cualquier ocasión. Sus votos temporales se disolverían pronto; sin embargo, no aspira sino a seguir perpetuamente en el camino emprendido. Su amor a Jesucristo es mucho más intenso que el amor al compañero simpático y abnegado de aquella isla, que no ha trepidado en declararle su corazón y en pedirle matrimonio. Ella, con delicadeza y comprensión, trata de explicarle su vocación, su ideal, sus próximos votos perpetuos. El la respeta hasta el fin.

———

JOHN HUSTON, es director y escritor. Las películas más importantes que ha realizado desde 1938 son: El Tesoro de la Sierra Madre, La Reina Africana, Moulin Rouge, Moby Dick.

La actriz de "El Cielo fue Testigo" es DEBORAH KERR, en el papel de Sor Angela. Deborah nació en 1921 y actuó en varias películas de categoría, como De aquí a la Eternidad y El Rey y Yo.

Rafael C. Sánchez, S. J.
Director del Instituto Fílmico de Chile.

"Los enemigos son útiles; nos muestran nuestros defectos y nos dicen las verdades. Son maestros gratuitos".

Plutarco

●

"Quien no es capaz de ser pobre, no es capaz de ser libre".

Dante

Orientación Bibliográfica

Karl Stern.— LA TROISIÈME REVOLUTION. ESSAI SUR LA PSYCHANALYSE ET LA RELIGION.— Editions du Seuil. París.

Las tres revoluciones a que alude el título son la darwiniana, la marxista y la comtiana. Son revoluciones ideológicas que alcanzan en sus efectos históricos proyecciones inesperadas, pero previsibles. La de Darwin, pasando por Gobineau, trae el racismo con sus esterilizaciones y selección de sementales humanos. La marxista acarrea el frío y despiadado comunismo. La de Augusto Comte trae el culto de la Ciencia que quiere suplantar el culto de Dios.

En esta tercera revolución ¿qué papel desempeña el psicoanálisis? Tal es la pregunta a que responde cabalmente este libro. Hay que distinguir entre el método psicoanalítico, cuyos resultados lo ponen a cubierto de la burla, y la filosofía de Freud, influenciada por la época y que es enteramente materialista.

Esta distinción es de capital importancia para los católicos. En vez de levantarse contra el método psicoanalítico, deben asimilarlo e informarlo de la filosofía cristiana. La verdad no se opone a la verdad.

Cabe destacar el capítulo quinto, en que se hace una exposición sucinta y clara del método preconizado por Freud; el capítulo tercero, en que se reseñan las etapas evolutivas de la medicina; los capítulos décimo y undécimo, en los cuales se pone de manifiesto cómo ciertos fenómenos que se dan en los enfermos mentales, pueden darse en las personas enteramente normales bajo el influjo de la gracia.

Una advertencia creemos necesaria. El autor opone Ciencia y Fe, y tiene razón si toma la palabra "ciencia" en sentido estricto, como un sistema crítico de conocimientos basados en la observación y en la experiencia. En este sentido, claro está, la Fe no es científica, ya que sus verdades no son experimentables. Pero si entendemos "ciencia" en un sentido más amplio, en el sentido de un conocimiento razonable, entonces tenemos que admitir el carácter científico de la Fe.

Este libro merece ser leído por todos los hombres cultos. Reúne el interés con la amenidad.

Luis Morales, S. I.

Pedro Larson, S. J.— EL MISTERIOSO FUTURO DE LAS ALMAS Y DEL MUNDO.— Ed. Studium, Madrid, 1955, 164 págs.

Es fácil imaginarse todo aquello que acontece dentro de las marcas de nuestra vida. Mas con la muerte comienza el misterio. Los capítulos breves de clara y profunda exposición del P. Larson levantan la cortina del "más allá", en cuanto esto puede hacerse. La inmortalidad, el juicio particular y universal, el purgatorio, el cielo y el infierno; el limbo, la 2.ª venida de Cristo, la resurrección de los muertos y el destino de nuestro planeta, encuentran aquí toda la explicación que el hombre puede dar de ellos, conforme al dogma cristiano.

El autor trata estos temas teológicamente, pero con un criterio amplio, positivo, adaptado a la mentalidad moderna.

Sin disminuir en nada la enorme trascendencia de los problemas que aborda, se atiene a los datos que posee, sin ser rigorista en su interpretación. Esclarece ideas, es optimista y alentador —cfr. capítulos sobre purgatorio y cielo—, sin despreciar la realidad, a veces patética, que ofrece la revelación —cfr. cap. sobre el número de los elegidos y condenados.

Gran utilidad puede prestar esta obra al predicador, para extraer de ella enfoques modernos de las verdades eternas, e igualmente a todo el que desee instruirse en esta materia.

El estilo es liviano y agradable, pero no nos parece acertado el intercalar con tanta frecuencia, como lo hace, el doble apelativo "hermano mío, hermana mía", ya que esto no favorece la cálida intimidad que se busca entre el autor y el lector, sino que la estorba, por resultar ése un trato ficticio.

Por último, hubiéramos preferido un mayor número de páginas en beneficio de una presentación más clara y menos densa.

Santiago Marshall, S. J.

San Francisco de Sales.—INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA.— Barcelona, Luis Gili, 1956, 359 págs.

José Zaffonato.— MENTE Y CORAZON.— Barcelona, Luis Gili, 1956, 322 págs.

Pequeñas ediciones de bolsillo y baratas (13 ptas.) de obras destinadas a gran difusión (ya van en su 3.ª y 5.ª ed., respectivamente).

La primera es obra clásica pero de perenne actualidad, dirigida a introducir en el mundo de la vida espiritual a los laicos que viven sus diarios quehaceres y obligaciones.

"Mente y Corazón" reúne 50 reflexiones o cortas meditaciones para jóvenes. Especial para los grupos de Acción Católica.

J. A.

Georges Bonnet.—LE PAIN DE DIEU.— París, Xavier Mappus, 1955, 138 págs.

Insertar la Eucaristía en lo concreto de nuestra historia humana, tal es el mérito principal de este hermoso librito.

Vemos el Don de Dios preparado en el Antiguo Testamento por la educación progresiva que Yavé da a su pueblo escogido, despertando en lo íntimo de los corazones prolongados llamados hacia lo divino. Las principales etapas de esta ascensión están presentadas a grandes rasgos.

Pocos serán, sin embargo, los que dejarán a Yavé modelar su corazón. De ahí lo grandioso y trágico del don que Cristo nos hace de sí mismo. Pero en la entrega de su vida aparece la sinceridad del amor que ha de ser total.

En la tercera parte, un comentario concreto, amplio y libre acompaña las principales partes de la Misa.

La insistencia en poner en relieve la orientación hacia lo divino de nuestras aspiraciones más profundas será tónica para muchos y no solamente para los jóvenes a quienes este libro está directamente dedicado.

Lindas ilustraciones y una presentación elegante y pedagógica ayudan a hacer muy accesible y agradable su lectura y meditación.

H. D.

Ferreres-Mondría.—EPITOME DE TEOLOGIA MORAL.—Barcelona, Eugenio Subirana, 1955, 823 pág. tamaño bolsillo.

Esta novísima edición, la 4ta. en castellano, ha sido notablemente mejorada y puesta al día. Dentro de la limitación espacial impuesta por su carácter de Epítome, trata con acierto y criterio suficientemente amplio puntos discutidos como la mutilación y transplante de órganos, la intervención en la concepción ectópica, la impotencia de los vasectomiados, la fecundación artificial y el método Ogino-Knaus. Los médicos encontrarán útiles precisiones sobre otros varios puntos de deontología médica: morfina, dicotomía, lobotomía, cirugía estética, narcoanálisis, experimentación. Sacerdotes y confesores hallarán incorporados en sus respectivos lugares las últimas disposiciones sobre enajenación de bienes eclesiásticos, clausura, ministro de Confirmación, tiempo de celebración de la Misa. Temas enteros han sido refundidos con acierto como el del sigilo de la Confesión, el VI y IX Precepto, el vestido y ornato. Muy en su punto una aclaración sobre la mentira en confesar pecados recientes como ya confesados perdonados. Siguiendo la tradición de los Compendios de Ferreres, se da atención especial a la legislación civil de los países latino-americanos en lo que interesa a la moral. Tendría sí que ponerse más al día al menos en algunos puntos de nuestra legislación, como por ejemplo el tiempo de prescripción que ha sido reducido, y la existencia del impedimento matrimonial de parentesco legal, conforme al a. 27 de nuestra ley n.º 7.613 sobre la Adopción.

Recomendamos particularmente a los seglares de sólida formación cristiana este epítome en castellano. Abogados, médicos, hombres de negocio encontrarán también en él criterios y orientaciones para sus actividades profesionales. Una advertencia sin embargo se impone: tenemos aquí un epítome que supone toda una formación en Teología Moral. El manejo de este manual no podrá sustituir esa formación ni dispensar de las consultas en multitud de puntos de difícil y delicada elucidación.

José Aldunate L., S. J.

Chanoine Fernand Boulard.— "PREMIERS ITINERAIRES EN SOCIOLOGIE RELIGIEUSE".— Collection de Sociologie Religieuse, I.—París, Editions Ouvrières, Economie et Humanisme, 1954. 156 págs.

Los "Premiers itinéraires" aparecieron por primera vez hace tres años y han sido traducidos al italiano y al castellano. Posteriormente el profesor Gabriel Le Bras, patriarca de la sociología religiosa, que inició sus trabajos en el campo de esta ciencia, como investigador solitario, a partir de 1930, ha publicado, en los años 1955 y 1956, una recapitulación de toda su labor. Esta publicación constituye una verdadera "suma" en la materia. ("Etudes de sociologie religieuse", 2 volúmenes. — Bibliothèque de sociologie contemporaine, P. U. F.). En estos últimos años han aparecido también algunas monografías muy bien trabajadas y que han explotado nuevas vetas de investigación en el terreno de la sociología religiosa, como, por ejemplo, la del P. Emile Pin, S. J. ("Pratique religieuse et classes sociales dans une paroisse urbaine, S. Pothin, à Lyon", Edit. Spes, París, 1956), y la síntesis del P. J. H. Fichter, S. J. ("Social relations in the urban parish", The University of Chicago Press, 1954) más rigurosamente científica. Sin embargo, el pequeño libro del canónigo Boulard sigue siendo hasta el momento el mejor manual entre todos los escritos. Simple, claro, mesurado, constituye una introducción ideal hacia una ciencia que, aunque en ninguna parte ha superado todavía el estadio de elaboración, promete desde ya ser muy fecunda como auxiliar de la pastoral.

Es cierto que el sociólogo avezado puede sufrir una decepción. Sin duda va a quedar perplejo frente a algunos errores técnicos, como, por ejemplo, el que hace que la escala propuesta para la elaboración de los croquis sobre la práctica religiosa, resulte inadecuada en una comparación de carácter internacional. También es probable que se dé cuenta que, en su polémica con el P. Fichter a propósito de la definición sociológica de "parroquiano", el canónigo se hace muchas ilusiones sobre "el alcance espiritual de un simple método de cálculo". Pero no hay que olvidar que se trata sólo de "premiers itinéraires".

A pesar de su modestia, el título del libro habría sido más adecuado todavía si hubiera expresado una tendencia y no algo ya adquirido: "Premiers itinéraires *vers* la sociologie religieuse" y no "Premiers itinéraires *en* sociologie religieuse". Si bien se mira, la parte vital del estudio se reduce, en efecto, al simple comentario geográfico, histórico y social del mapa de la práctica religiosa en la Francia rural; y fuera de algunos consejos sobre método y algunas informaciones técnicas que componen la segunda parte del libro, no hay otra cosa que señalar, salvo algunos tímidos tanteos en el terreno, sin embargo decisivo, de la mentalidad colectiva.

La oposición del autor a considerar su obra como *sociográfica* es, sin embargo, comprensible. A pesar de la simplicidad del criterio empleado: la práctica religiosa como comportamiento puramente externo bajo sus tres formas esenciales (recepción de sacramentos, cumplimiento pascual, asistencia a la Misa), y a pesar del carácter rudimentario de las correlaciones empleadas: proyecciones en mapas geográficos, cuadros de perspectivas históricas y análisis en función de las categorías sociales más elementales como ser la edad, el sexo, la profesión, no se puede negar que las conclusiones pastorales que se deducen de la encuesta valen su peso en oro y que han contribuído grandemente a desenmarañar un terreno donde hasta el presente reinaba la confusión.

Si el libro del canónigo Boulard al mismo tiempo que despierta el entusiasmo por la sociología religiosa al servicio de una pastoral más inteligente, logra hacer ver la seriedad de la empresa y nos aparta de las ingenuidades del scout novato que provisto de su equipo de primeros auxilios se cree capacitado para afrontar una operación quirúrgica, habrá prestado un servicio considerable a la Iglesia.

R. V.

Manuel Gómez-Moreno, de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.—LA INMACULADA EN LA ESCULTURA ESPAÑOLA.— Universidad Pontificia. Comillas (Santander). 1955.

Monografía escrita para el volumen XXIII de Miscelánea Comillas, con un prólogo de C. M. Abad, S. J. Estudio concienzudo y paciente sobre la evolución de la iconografía de la Inmaculada Concepción en España, desde el siglo XV al nuestro. Va acompañado de 70 imágenes, de las cuales sólo unas 6 o 10 aparecen en algún libro de arte. Buen material para estudiar la evolución de un modelo artístico a través de los hombres, las influencias extranjeras, los gustos imperantes. Influencias flamencas, borgoñonas, de la Italia renacentista; escuelas de Castilla o de Andalucía; sello de Martínez Montañés o de Alonso Cano: todo se graba allí, sobre los rostros, las manos, los pliegues de los mantos, los ángeles o las nubes de la peana. Sensible sismógrafo éste del arte, donde la más leve conmoción humana deja su huella.

Desgraciadamente, por la dureza de su estilo, la monografía se hace difícil de leer.

J. Donoso, S. J.

Paul Chanson.— POUR LA SANTE DU CORPS ET DE L'ESPRIT. Manuel élémentaire du culture psychophysique.— París, Spes, 115 págs.

Paul Chanson nos propone una serie de ejercicios "psico-físicos" (posturas, respiraciones, prácticas mentales, gestos y prácticas relacionadas con el descanso, el trabajo, las comidas (encaminadas a la salud no solamente del cuerpo sino del espíritu. Esto último se funda en el principio de que "los movimientos del cuerpo provocan estados de alma". Hay, por ejemplo una "postura de elevación" (brazos levantados, mirada en alto) que se practica algunos segundos todas las mañanas. En el momento de la tentación baja o del sentimiento de cólera o mal humor, se evoca esta posición imaginativamente, lo que ayudará a elevarse espiritualmente y superar la baja pasión. A los escépticos responde el autor: "experimentad y veréis".

El autor se aprovecha de todo lo natural y sano que hay en el Hatha-Yoga, dejando por supuesto las ridículas pretenciones de iniciación mística. Aquí todo es sana psicología y fisiología.

No sé si muchos se decidirán a practicar diariamente estos ejercicios. Sería ciertamente de provecho. En todo caso el libro es de interés y muy sugerente para los educadores.

J. Aldunate, S. I.

LA COMPAÑERA, de *Efraín Barquero.*— Santiago, Nascimento, 1957.

Neruda es el padrino literario de este joven poeta. No le escatima elogios. "Este poeta —dice— puede enseñar poesía pura a un regimiento de oscurantistas, pero prefirió la transparencia y con ella algo más: la poesía". El texto es breve, pero denso. Esta simpatía ¿será solamente lírica? ¿No habrá también secretas resonancias ideológicas? La obra comprende diecinueve poemas breves, cálidos y henchidos de afecto, relacionados con "esta mujer que ahí me espera — como una puerta en la inmensidad del mundo". (prólogo).

Es un himno alargado, hiperbólico a la "compañera" de toda la vida, a la madre de sus hijos, en cuyos cabellos se enreda el viento — que empuja nuestras banderas al combate".

El poeta ama su tierra y su mar. Son ellos también confidentes de su amor y con regia prodigalidad le ofrendan sus bellezas, para su éxtasis y el frenesí de su vivir.

Su estilo, como ya lo indicó Neruda, no recurre a las marañas de símbolos, fórmula tan frecuente en otros autores. La tónica de su lírica es la expresión sincera de un afecto, que en ningún momento desciende al meloso decir de tanto vate románticamente dulzón.

Su amor es un "complemento vital", que encierra la idea, el instinto y el sentimiento, pero todo con altura de miras. Entre él y ella van a realizar una empresa consistente, dura y penosa, con alegrías y quebrantos, pero teniendo siempre como meta final la esperanza:

"Yo vivo cantando y construyendo
en tu olor como en un buque terminado...
.....
Es como si mi amor te hubiera herido
en el corazón como en un árbol
y este aroma fuera la esperanza."

Siguiendo las huellas de su "padrino literario", Barquero recoge el mensaje del "optimismo materialista" que lo imposibilita para llegar a las cimas de la poesía trascendente.

Cultiva el verso libre, rebelde a los cánones, pero éste debe ser fruto de un temperamento artístico, si no se cae fácilmente en el "prosaísmo", pecado mortal estético que aniquila el hechizo de la poesía.

Le falta aún conquistar "la armonía interior". No existen preceptos para llegar a este encanto.

Nuestro poeta ama lo simple, pero cae en la tentación del "hiperbolismo". Cree en un amor ardiente, expresado en enormes proyecciones cósmicas, que hacen extremecer el universo. Es un "lied" con orquestación wagneriana.

Su padrino en esto es más consecuente, pues refleja resonancias colectivas.

Alguien escribió en un momento feliz: "Este es un Barquero con viento favorable."

Ojalá que llegue a la otra orilla, en donde le esperan bellezas enceguecedoras.

Francisco Dussuel, S. J.

EL HALLAZGO, de *Baldomero Lillo.* — Santiago, Ediciones Ercilla, 1956.

Esta nueva colección de cuentos del mar, precedida por un prólogo de José Zamudio Z., viene a enriquecer la producción bastante escasa de Baldomero Lillo.

La personalidad literaria de Lillo representa en nuestras letras junto a otros valores, la renovación pura de una honda mirada hacia Chile, que se clava en el mar, en los campos, en las minas, ofreciendo una visión más generosa en nuevas pulsaciones.

Es la generación del 900.

Si en algún lugar vale la expresión "las cosas no hay que numerarlas sino ponderarlas", es en este caso donde el escritor supo, sobre todo en "Sub Terra", captar la realidad con una verdad que estremece. Conciso, sencillo, con una resonancia humana pocas veces logradas por otros, se acerca a las minas y a través de su contacto director con la vida del minero, nos habla de sus anhelos, de sus dolores, de la explotación de que es víctima, para reunir en un "miserere" tenebroso la desgracia de estos hermanos nuestros.

"El Hallazgo" y los demás cuentos que forman esta colección pretenden otra cosa. Vienen a confirmar la gran verdad olvidada respecto a su obra. Se ha hecho ya tanto hincapié en la excelsitud de sus cuentos mineros, que la mayoría de los críticos han silenciado o por lo menos no han profundizado en el talento narrativo de Lillo cuando su pluma se vuelve hacia la vida rural y pulsa las fibras del campesino chileno o capta lo pictórico de nuestros campos. Del mismo modo "casi nadie se ha detenido en el formidable narrador de escenas marinas". Así es y "El Hallazgo" nos da la ocasión de recalcar los méritos innegables que encierra.

La colección de Zamudio que hoy presentamos a nuestros lectores comprende tres cuentos: "El Hallazgo", "El anillo", "La Zambullón". Nos advierte en el prólogo que en sus investigaciones ha encontrado nuevas narraciones, pero que publicó sólo estos tres por basarse todos en escenas marinas. Recordarán nuestros lectores que al obtener Ernest Hemingway el Premio Nóbel de Literatura se habló hasta el cansancio de su narración "El Viejo y el Mar". Pues bien, lo curioso es que, bastantes años antes, Lillo en Chile escribe "El Hallazgo" en que hay no pocos puntos de contacto, desde "la vigorosa y sobria descripción de una faena de pesca" hasta el desenlace en el que los protagonistas siente en carne viva la desilusión, el fracaso de su esfuerzo. Son páginas llenas de aliento vital. Miguel Ramos, carpintero del taller de reparaciones, alto, de recia musculatura, de cuarenta años, de rostro bronceado y barba negra, sobrio y diligente, se lanza al mar acompañado por su ahijada Rosalía. Luchas con el mar, esperanzas que le impulsan con audacia, el desmoronamiento del castillo levantado en su fantasía. Los otros dos cuentos no poseen las características estéticas de "El Hallazgo". Son, eso sí, narraciones cristalinas, dignas de figurar en antologías para escolares. Esto no significa en modo alguno disminuir su valor literario.

Por el contrario, abogamos por la selección moral y de calidad que es necesaria en la formación estilística de nuestros educandos. Allí aprenderán a valorizar la acción viril de un hombre recio, que va tras un ideal y que la desgracia no aniquila, sino que más bien agiganta para seguir luchando.

Francisco Dussuel, S. J.

Bernard Coutaz.— LA PEUR DU GENDARME.— París, Edit. Ouvrières, 1956, 224 págs.

¿Alquilaría usted una pieza a un hombre que sale de la cárcel? ¿Le daría usted trabajo? Si contesta negativamente, ¿qué hay que hacer con este hombre? ¿Estará condenado para la vida?

Tal es la angustiosa pregunta que plantea la nueva novela de Bernard Coutaz.

Con un talento que los críticos comparan con el de M. Van der Meersch, el autor nos hace acompañar a un "liberado" en sus esfuerzos cada vez más desesperados para reintegrarse en la sociedad. Abandonado por su mujer, rechazado por su padre, sólo encuentra acogida cerca de su madre y de sus hijos. Por éstos aceptaría cualquier trabajo... pero todas las puertas se cierran una tras otra, cuando se revelan sus antecedentes.

Sin pretender proponer una solución, Bernard Coutaz quiere hacernos convivir con lo trágico de un caso, que sabemos se repite por millares. En este intento, se revela maestro. "Tal es la autenticidad de esta narración, que no permite al lector distinguir lo imaginario de lo observado."

H. D.

LIBROS RECIBIDOS

(La inclusión en esta lista no excluye una posible recensión, ni implica un juicio sobre el valor del libro.)

CUESTIONES ACTUALES

Jean Viollet, etc.— Orientations de pastorale familiale. —París, Editions Familiales de France, 1955, 239 pp.

Ricardo Cruz-Coke.— El mundo nucleónico.— Santiago, Pacífico, 1957, 124 págs.

ESTUDIOS RELIGIOSOS

Jacques Bur.— Médiation mariale.— Bruges, Desclée D. B., 1955, 200 págs.

P. Justo de Villares, O. F. M. Cap. — La Esperanza Cristiana.— Bilbao, Desclée D. B., 1957, 212 págs.

Joseph Stierli.— Le Coeur du Sauveur.— Bruges, Desclée D. B., 1956, 255 págs.

Georges Didier.— Désintéressement du chrétien.— Col. "Théologie", 32.—París, Aubier, 1955, 240 págs.

ESPIRITUALIDAD

Hans Urs von Balthasar.—Le Coeur du monde.— Col. "Présence chrétienne", Bruges, Desclée D. B., 1956, 240 págs.

Pius Parsch.— Apprenons à lire la Bible.— Col. "Présence chétienne".— Bruges, Desclée D. B., 1956, 183 págs.

Jean Galot.— Le Coeur du Christ.— Col. "Museum Lessianum".— Bruges, Desclée D. B., 2.ª edic., 1956, 264 págs.

Jean Galot.—Le Coeur de Marie.— Col. "Museum Lessianum".— Bruges, Desclée D. B., 1955, 312 págs.

Yves de Montcheuil.— Problemas de vida espiritual.— Bilbao, Desclée D. B., 1957, 190 págs.

Jacques Leclercq.—Diálogo del Hombre y de Dios.— Bilbao, Desclée D. B., 1957, 226 págs.

Mons. José Angrisani.—In matutinis meditabor in Te.— Vol. II.— Barcelona, Subirana, 1957, 492 págs.

MORAL

Marcel M. Desmarais.—Adán y Eva en el mundo actual.— Santiago, Edic. Paulinas, 1957, 198 págs.

Jules Paquin. — Morale et Médecine.— Montréal, L'Immaculée Conception, 2.ª Edic., 1957, 486 págs.

APOSTOLADO

Mons. Manuel Larraín.— El ministerio de la Evangelización.— Santiago, Edic. Paulinas, 1957, 69 págs.

J. Gelineau.— Diez Salmos.— Santiago, Edic. Paulinas, 1957.

El Ciné: Pío XI "Vigilanti Cura", Pío XII "El film ideal".— Santiago, Edic. Paulinas, 1957, 52 págs.

HISTORIA

Jaime Eyzaguirre.— Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901. — Santiago, Zig-Zag, 1957, 367 págs.

A. Latreille, etc.— Histoire du catholicisme en France. Tome I.— París, Spes, 1957, 351 págs.

René Piacentini.—Origines et évolution de l'Hospitalisation. Les Chanoinesses augustines de la Miséricorde de Jésus.—París. Grasset, 1957, 418 págs.

BIOGRAFIAS

G. Hunermann.— Le fils du Facteur de Riesc. Saint Pie X.—Mulhouse, Salvator, 1956, 285 págs.

Francis Trochu.—Bernadeta Soubirous.—Barcelona, Herder, 1957, 529 págs.

LITERATURA

Poesía Universal. Grandes Poemas. Selección y ordenación de María Romero.— Santiago, Zig-Zag, 3.ª edic., 1957, 585 págs.

Salvador Reyes.— Rostros sin máscaras.— Santiago, Zig-Zag, 1957, 158 págs.

NOVELAS

Peter Bourne.—El crepúsculo del Dragón.— Santiago. Zig-Zag, 1957, 582 págs.

Kamala Markandaya.—Brega infecunda. — Santiago, Zig-Zag, 1957, 255 págs.

Mary Borden.—Margen de error.— Santiago, Zig-Zag, 1957, 194 págs.

Manuel Rojas.—Hijo de ladrón.— Santiago, Zig-Zag, 4.ª edic., 1957, 303 págs.

Lucie Marchal.— El rencor — Santiago, Zig-Zag, 1957, 189 págs.

James Endhard.—Comedia para asesinos.— Santiago, Pacífico, 1957, 210 págs.

NARRACIONES y CUENTOS

Hugo Laso Jarpa.— El convoy errante. Cuentos de la vida y del tiempo.—Santiago, 1957, 213 págs.

Víctor Domingo Silva.— Antología de cuentos.— Santiago, Zig-Zag, 1957, 235 págs.

Abelardo Clariana.—Relatos humorísticos chilenos. — Santiago, Zig-Zag, Bibl. "Cultura", 1957, 160 págs.

H. Klinger.— Conquistadores sin tierra.— Barcelona, Herder, 1957, 269 págs.

P. Dörfler.—El rey de los muchachos.—Barcelona, Herder, 1957, 176 págs.

P. Dörfler.—El joven Juan Bosco.— Barcelona, Herder, 1957, 127 págs.

El Papa y la unidad europea

DISCURSO DEL SUMO PONTIFICE A LOS PARTICIPANTES EN EL CONGRESO DE EUROPA (13 Junio 1957).

TENEMOS el gusto de recibiros, señores, con ocasión del Congreso de Europa que se ha reunido por iniciativa del Consejo italiano del Movimiento Europeo. Habéis querido contribuir con vuestros trabajos, al reforzamiento de la colaboración entre las organizaciones y las fuerzas políticas con el fin de constituir, sin tardanza, la unidad de Europa.

Ya sabéis con qué atención Nos seguimos el progreso de la idea europea y de los esfuerzos concretos que tienden a hacerle penetrar cada vez más en los espíritus, y a darle, conforme a las actuales posibilidades, un comienzo de realización. Aun pasando a través de alternativas de éxito y de dificultades, ha ganado, a lo largo de los últimos años, mucho terreno. En efecto, hasta que la idea europea quedó encarnada en instituciones comunes, dotadas, en cierto modo, de autoridad propia e independiente por parte de los gobiernos nacionales, podía ser considerada como un ideal indudablemente muy hermoso, pero más o menos inaccesible.

Pues bien, en 1952, los Parlamentos de los seis países de Europa occidental, aprobaron la formación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), cuyos resultados resultan hoy alentadores en el campo económico y social. Por el contrario, la Comunidad Europea de Defensa (CED), que había de poner en juego los esfuerzos de unificación en el orden militar y político, tropezó con vivas resistencias que la hicieron fracasar. Muchos fueron los que por entonces pensaron que las primeras esperanzas de unidad habrían de tardar mucho tiempo en renacer. En todo caso, el momento de afrontar directamente el problema de una comunidad supranacional no había llegado todavía, y hubo que replegar sobre la fórmula de la Unión de la Europa Occidental (UEO), la cual, a más de la asistencia militar, tenía la misión de fomentar la colaboración en el campo social, cultural y económico. Pero, dado que el principio de la decisión por mayoría en el Consejo de Ministros se halla sometido a rigurosas limitaciones, y la Asamblea no está capacitada para imponer su voluntad y ejercer el control parlamentario, no puede ser considerada un fundamento suficiente para edificar sobre ella una verdadera comunidad de Estados. Desde la primavera de 1955 empezó lo que se llama "la nueva campaña europea", que terminó el 25 de marzo de 1957 con la firma de los tratados sobre el Euratom y el Mercado Común. Aun siendo limitada en el campo económico, esta nueva comunidad puede conducir, por la misma extensión de ese campo de acción, a afirmar entre los Estados miembros la conciencia de sus intereses comunes, ante todo sin duda en el aspecto material, pero si el éxito corresponde a lo que se espera, podrá en un segundo momento extenderse también a los sectores que afectan de modo principal a los valores espirituales y morales.

Vuestro congreso se ha enfrentado con franqueza con el porvenir y ha examinado, en primer lugar, el punto decisivo del que depende la constitución de una comunidad en el sentido propio: el establecimiento de una autoridad política europea, que cuente con un poder auténtico que ponga en juego su responsabilidad. Desde este punto de vista, el ejecutivo de la Comunidad Económica Europea (CEE) representa un retroceso con relación al de la Comunidad Carbo-siderúrgica, donde la alta autoridad goza de poderes relativamente vastos y no depende del Consejo de Ministros más que en algunos casos determinados. Entre los deberes que ahora os esperan está en primer lugar la ratificación, por parte de los diversos Parlamentos, de los citados tratados firmados en Roma el 25 de marzo; luego habréis de buscar los medios para proveer al reforzamiento del ejecutivo en las comunidades existentes, para llevar por último a abordar la constitución de un organismo político único.

Habéis estudiado además la cuestión de una política exterior común y habéis observado, a este respecto, que para ser aplicable y para poder producir resultados felices, no supone necesariamente que la integración económica sea ya un hecho consumado. Una po-

lítica exterior europea común, susceptible por otra parte de admitir diferenciaciones, según que se ejerza dentro del cuadro de éste o del otro organismo internacional, descansa igualmente en la conciencia de intereses comunes económicos, espirituales y culturales; resulta indispensable en un mundo que tiende a reagruparse en bloques más o menos compactos. Afortunadamente, no faltan puntos de apoyo para desarrollarla en las instituciones europeas existentes, pero espera todavía un instrumento eficaz de elaboración y de aplicación.

Por último, habéis considerado los problemas de la asociación de Europa y Africa, a los que el reciente tratado del Mercado Común ha reservado un lugar notable. Nos parece necesario que Europa mantenga en Africa la posibilidad de ejercer su influencia educadora y formativa y que, como base de esa acción, aporte una ayuda material vasta y comprensiva, que contribuya a elevar el nivel de vida de los pueblos africanos y a valorizar las riquezas naturales de aquel continente. De esta forma demostrará que su voluntad de formar una comunidad de Estados no constituye un repliegue egoísta, que no le inspira un reflejo de defensa contra las potencias exteriores, que amenazan sus intereses, sino que procede sobre todo por móviles constructivos y desinteresados.

En la hora actual se percibe cada vez más la necesidad de la unión así como la de echar con paciencia los cimientos en los que habrá de descansar. La construcción se yergue a veces bien y a veces mal y, a pesar de los intentos para derribarla, continúa valientemente. Os atrevéis a lanzaros audazmente más allá de la fase de las realizaciones actuales para preparar ya desde ahora las piedras necesarias para el edificio de mañana. Nos alegramos de ello, convencidos de que la inspiración que os anima procede de un sentimiento recto y generoso. Queréis procurar, con los mejores medios posibles, a Europa tantas veces desgarrada y ensangrentada, una cohesión duradera que le permita continuar su misión histórica. Si es verdad que el mensaje cristiano fue para ella como la levadura puesta en la masa que la elabora y la hace fermentar, no es menos verdad que ese mismo mensaje sigue siendo, hoy como ayer, el más precioso de los valores de que es depositaria Europa; es capaz de mantener en su integridad y en su vigor, juntamente con la idea y el ejercicio de las libertades fundamentales de la persona humana, la función de las sociedades familiar y nacional, y de garantizar, en el ámbito de una comunidad supranacional, el respeto de las diferencias culturales, el espíritu de conciliación y de colaboración con la aceptación de los sacrificios que implica y de las obligaciones que impone. Ninguna misión de orden temporal llega a su actuación sin suscitar otras, sin crear, con su misma realización, otras necesidades y otros objetivos. Las sociedades humanas se encuentran en continuo desarrollo, en busca siempre de una organización mejor y, a menudo, no sobreviven más que desapareciendo y dando vida de este modo a formas de civilización más brillantes y más fecundas. A cada una de ellas el Cristianismo aporta un elemento de desarrollo y de estabilidad, y sobre todo dirige su marcha hacia adelante, hacia un fin perfectamente definido, concediéndoles la inmutable certeza de una patria que conocerá la unión perfecta, porque procederá de la fuerza y de la luz del mismo Dios.

Auguramos de todo corazón que ese ideal guíe siempre vuestros trabajos y os permita soportar, sin desaliento, los esfuerzos, las amarguras y las desilusiones que van anejas a todas las empresas de semejante alcance. Que podáis preparar a los hombres de este tiempo una morada terrestre que se asemeje más al Reino de Dios, al Reino de verdad, de amor y de paz, al que aspiran en lo más profundo de su ser.

Bases morales de la comunidad internacional

CARTA DE LA SECRETARIA DE ESTADO A LA SEMANA SOCIAL DE ESPAÑA

LAS tristísimas y luctuosas consecuencias que han traído al mundo las dos guerras mundiales pasadas y la amenaza que gravita aún sobre la humanidad, a causa de nuevas y más terribles armas mortíferas, han ayudado poderosamente a avivar en los individuos y en las naciones el anhelo de encontrar medios seguros para dar a los hombres días de tranquilidad y orden...

El hecho fundamental de una naturaleza y un fin comunes entre los hombres lleva a los individuos y a los pueblos a no considerar-

se desligados entre sí, sino a unirse con mutuas y armónicas relaciones en una comunicación de sus particularidades. Pero precisamente en nuestros días se siente más esta aproximación entre los Estados, "determinada no sólo por las posibilidades técnicas incomparablemente aumentadas y por la libre elección, sino también por la más penetrante acción de una ley inmanente de desarrollo". (1) Por todo ello, el fundamento de la Comunidad Internacional no es otro que la "ley de solidaridad y caridad humanas, que es dictada e impuesta por un origen común y por la igualdad de la naturaleza racional en todos los hombres... y por el sacrificio de la redención, ofrecido por Jesucristo... en favor de la humanidad pecadora" (Enc. "Summi Pontificatus"). La conciencia de esta solidaridad es la que engendra la pacífica convivencia de los pueblos, les mueve a buscar el bien común universal, no defiende únicamente los postulados de la justicia, sino que incluso los perfecciona con la caridad y hace que se titulen de modo eficaz los derechos de la persona humana.

Establecida la unidad de origen, naturaleza y fin de los miembros de la familia humana, corresponde ahora señalar cuáles han de ser las bases morales de esta Comunidad.

Ha dicho el Padre Santo que "la raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna es el negar y rechazar *una norma de moralidad universal*, así en la vida individual, como en la vida social y en las relaciones internacionales" (2). Esta falta de moral, que en los individuos es origen de pecados, en la vida internacional ha producido gravísimas catástrofes, tanto a causa de un deplorable egoísmo nacional como también por hacer de la utilidad propia una norma suprema de acción. ¿Es lícito solucionar los conflictos con medios bélicos cuando es posible un acuerdo pacífico? ¿O es que se olvida que la moral tiene sus sanciones? Por eso todo nuevo orden internacional ha "de alzarse sobre la roca indestructible e inmutable de la ley moral, manifestada por el mismo Creador mediante el orden natural y esculpida por El con caracteres indelebles en los corazones de los hombres." (3)

Las relaciones entre los Estados no pueden reducirse a simples hechos, dictados por normas circunstanciales, ni, menos aún, fundados en la mera utilidad o apoyados en la sola fuerza; han de tener una base jurídica y ésta no puede ser otra que la del "derecho de gentes, dictado por la naturaleza." En él se apoya "el derecho positivo de los pueblos, indispensable también a la Comunidad de los Estados... (con) la misión de definir más exactamente las exigencias de la naturaleza y adaptarlas a las circunstancias concretas." De esta forma, en la "Comunidad de los pueblos, cada Estado está, por lo tanto, encuadrado en el derecho internacional y por ello en el derecho natural, que sostiene y corona el todo." (4)

Las normas de política internacional son también una de las bases de la Comunidad. No se puede negar la estrecha unión existente entre los aspectos políticos y jurídicos de la vida internacional. En lo político los vínculos se crean por convención libremente contraída, que adquiere fuerza obligatoria; y lo mismo que cada Estado tiene su política, nada impide que ésta pueda ser común a un mayor o menor número de Estados y dar origen a acuerdos que influyan notablemente en la vida de los pueblos.

A la idea de la Comunidad Internacional oponen algunos la dificultad proveniente del concepto de soberanía de los Estados. Pero hay que notar que la soberanía tiene sus límites. "En el verdadero sentido de la palabra significa autarquía y exclusiva competencia en relación a las cosas y al espacio, según la sustancia y la forma de la actividad, si bien dentro del ámbito del derecho internacional, pero no en la dependencia del ordenamiento jurídico propio de cualquier Estado" (5). El Estado, como dice Su Santidad, está inmediatamente sujeto al derecho internacional y si éste no le garantizase su independencia respecto a cualquier poder de otro Estado no sería soberano (6). Es también un grave error atribuir al Estado una autoridad ilimitada "porque rompe la unidad de la sociedad supranacional, quita su fundamento y valor al derecho de gentes, conduce a la violación de los derechos de los demás y hace difícil la convivencia pacífica".(7)

Es fácilmente comprensible que para la realización de la Comunidad Internacional deban superar innumerables obstáculos. ¡Hay tantos egoísmos que vencer, contrastes que eliminar, resentimientos que olvidar, prejuicios que disipar y odios que extinguir! Sin embargo, el mundo actual se encuentra en una serie de circunstancias que facilitan la concordia de los pueblos y que podrían dar laudables resultados si se apoyaran en las sólidas bases morales enunciadas anteriormente. La creciente facilidad de información y transportes que alcanzan en brevísimo tiempo los últimos confines de la tierra; el intercambio de los distintos géneros de civilización y cultura; los progresos de la técnica, que implican una amplia colaboración y cuyas aplicaciones se extienden a toda la tierra con el afán de dominar la materia; todo

(1) S. S. Pío XII: Disc. a los Juristas Católicos Italianos (6 - XII - 1953).
(2) Encíc. *Summi Pontificatus*.
(3) Radiomensaje de Navidad, 1941.
(4) S. S. Pío XII: A los Juristas Católicos (6-XII-1951)
(5) Ibid.
(6) Idem.
(7) Encíc. *Summi Pontificatus*.

ello va dando como resultado vínculos cada vez mayores entre los Estados, deseosos de cooperar y unirse para la adquisición del bien común universal.

Hay en esta materia un sector de excepcional importancia que es el económico. Quien considere los cuantiosos gastos que la necesidad de armamentos militares, ante un persistente peligro de conflagración, supone para el erario público no podrá menos de ver que la Comunidad Jurídica Internacional, a la vez que garantía de paz mundial, es fuente de prosperidad económica universal. Pero, además de esto, existen desequilibrios económicos en el mundo que con una más acertada distribución de medios de producción y bienes de consumo, salvan siempre la libertad y la justicia, se podrían remediar considerablemente y esto lo puede hacer en gran parte una entidad supranacional.

Una cierta afinidad con los problemas económicos presenta la cuestión de la emigración. La unidad específica de naturaleza existente entre los hombres lleva consigo el que éstos no sean completamente extraños en ningún lugar de la tierra. Es verdad que cada ser humano tiene características propias, pero éstas no pueden destruir la fuerza de la naturaleza común. Por otra parte el hombre tiene derecho a poder llevar una vida digna en la que no carezca de los suficientes medios de sustentación. Ahora bien, si no puede procurarse éstos en su propia patria, tendrá que buscar otras tierras en las que los halle. Es cierto que todo ello presenta problemas de no fácil solución, pero no podrá negarse que tal movimiento de personas establece una poderosa relación entre los pueblos que entra de lleno en el campo internacional y "las naciones que dan emigrados y los Estados que los reciben contribuirán a porfía al incremento del bienestar humano y al progreso de la civilización." (8)

En la tarea de crear y ordenar la Comunidad Internacional, prescindiendo de lo que en esta materia pudo hacerse en los pasados tiempos, hay que confesar que sólo en el presente siglo se ha pensado en la realización de una entidad jurídica universal, cuando especiales necesidades la han presentado como más urgente y los nuevos progresos más factible. Fenecida la Sociedad de las Naciones, existe hoy la Organización de las Naciones Unidas, que en torno suyo ha visto nacer un cierto número de instituciones internacionales, dedicadas a los diversos campos: cultural, social, económico y político. No es esta la ocasión de examinar sus bases, su funcionamiento y sus posibles mejoras; lo es, sin embargo, para recordar a los católicos su posición ante estos problemas. El católico "no solamente puede sino que debe trabajar por la realización de esta Comunidad aún en formación, porque el ejemplo y el mandato del Divino Maestro constituyen para él una luz y una fuerza incomparables" (9). *Son en verdad de alabar todos los esfuerzos hechos para dar vida a las entidades internacionales últimamente fundadas con elevados fines y es de desear que de ellas nazcan abundantes frutos que consoliden su actividad.*

La labor de la Iglesia en orden a la Comunidad Internacional, concebida de una forma o de otra, ha sido grande en todos los tiempos. El catolicismo, en efecto, hace que sin mermar en nada la obediencia de los fieles a sus respectivas autoridades civiles, vivan éstos una doctrina de verdades universales y una ley de amor sin exclusión de nadie, que engendran una comunidad espiritual fuertemente unida y que puede ser firme base de una organización jurídica que abarque todas las naciones.

La doctrina sublime de Cristo, divino fundador de la Iglesia; su catolicismo de derecho y de hecho; la expansión universal de las Órdenes religiosas y las organizaciones de apostolado, igualmente internacionales; la condición particular del Papado, puesto sobre los intereses de cada pueblo, colocan a la Iglesia en una situación privilegiada e indiscutible para trabajar eficazmente en pro de un verdadero orden internacional.

Su influjo en este sentido ha sido admirable. Ella ha proclamado la igualdad de todos los hombres ante Dios, superando barreras de razas y nacionalismos; ha favorecido la abolición de la esclavitud; ha intervenido multitud de veces para apaciguar contiendas; ha ejercido numerosos actos de arbitraje, y ¿no ha sido esto una valiosa aportación en el camino hacia la unión de los pueblos?

Ante las divisiones que contemplamos, la Iglesia puede ofrecer siempre la unidad del Cuerpo Místico, aquel "Cuerpo social perfecto" según la voluntad de Cristo en el que "la unión debe consistir en el concurso de todos los miembros al mismo fin" (10). Así se explica que "el sentido principal de la supranacionalidad de la Iglesia es el de dar permanentemente figura y forma al fundamento de la sociedad humana por encima de todas las divergencias más allá de los límites del espacio y del tiempo." (11)

Del Vaticano, 5 de Junio de 1957.

---

(8) S. S. Pío XII, Radiomensaje para el 50.º aniversario de la *Rerum Novarum*.

(9) S. S. Pío XII, Disc. a la XI Asamblea de Pax Romana (27 - IV - 1957).

(10) Encíc. *Mystici Corporis*.

(11) S. S. Pío XII, Disc. a los nuevos Cardenales. (20 - II - 1946).

Frente
al mundo de hoy

Mensaje

UNA VOZ CRISTIANA, INTERPRETE DE LAS INQUIETUDES INTELECTUALES ACTUALES.

•

VISION DE LOS GRANDES PROBLEMAS RELIGIOSOS, FILOSOFICOS, SOCIALES, ECONOMICOS, ARTISTICOS.

•

UN COMENTARIO DE LOS ACONTECIMIENTOS MUNDIALES SOBRESALIENTES TRATADO CON SERIEDAD Y HONRADEZ.

•

ORIENTA, MARCA RUMBOS, ABRE MAS AMPLIOS HORIZONTES.

•

NO ES UNA REVISTA MAS: ES UN MENSAJE CRISTIANO, FRENTE AL MUNDO DE HOY.

Espero en un futuro próximo ayudarles más efectivamente." *(suscriptor de Santiago).*

R. M O.: "Muy interesante la explicación que nos proporciona el P. Felipe Mac Gregor sobre el sistema de "garantización" de los Colegios en EE. UU. por parte de instituciones superiores de reconocido prestigio (julio, 1957). El artículo referido me ha dado a conocer algo de inmenso valor y del cual sólo había tenido vagas referencias. Es muy claro." — *(suscriptor de Santiago).*

H. L. K.: "Les felicito por la feliz idea de publicar ese estudio sobre el Informe Kruschev. Nada más oportuno que su publicación cuando una nueva purga en la dirección de la URSS deja más en claro el verdadero móvil de todos estos cambios: la lucha de los magnates por el poder." *(suscriptor de Santiago).*

O. N. M.: "Sumamente interesante y sugestivo el artículo "Del Marxismo a Cristo" (junio, 1957, pág. 166), donde se refiere el itinerario de la conversión de Douglas Hyde; su lectura será de inmenso provecho." *(suscriptor de Osorno).*

C. F.: "Los artículos contenidos en la sección "Signos del Tiempo" están muy bien seleccionados como expresión de "nuestro tiempo". Es especialmente novedosa la visión del XX Congreso del Partido Comunista Soviético que nos da el erudito escrito de G. A. Wetter." *(suscriptor de Santiago).*
—Se refiere al artículo publicado en mayo, pág. 124.

E. H. B.: "Quiero aprovechar la ocasión para expresar que *Mensaje* es tan distinto de otras publicaciones católicas que fácilmente pecan de empalagosas. *Mensaje,* a mi modesto entender, es luz para un mundo que no quiere ver, es portadora de una verdad eterna y siempre nueva." — *(suscriptor de Punta Arenas).*

C. P. C.: "Conversando con un amigo italiano, profundo conocedor del problema agrario de Italia, aproveché la oportunidad para preguntarle sobre la exactitud de los datos proporcionados por Mario Bandini en su artículo "Reforma Agraria en Italia" (*Mensaje,* agosto, 1957, pág. 257 ss.) y su respuesta fue que esos datos respondían perfectamente a la realidad italiana, e hizo grandes elogios del Prof. Bandini, de quien se reconocía su discípulo. Agradezco a *Mensaje* que nos haya dado a conocer ese interesante trabajo." — *(suscriptor de Santiago).*

L. R. B.: "Adjunto cheque por $ 2.000 que le agradeceré recibir como gustosa cooperación a una mayor difusión de *Mensaje".— (suscriptor de Santiago).*

R. M. F.: "Felicitaciones por la espléndida calidad de los artículos de esa Revista, su dinámica oportunidad y firme criterio por la causa del cristianismo." *(suscriptor de Valparaíso).* ...

C. F.: "Debe mantenerse y ampliarse la sección "Consultas". Cabe perfectamente dentro de los propósitos de la revista y cumple una función educadora de gran urgencia." *(suscriptor de Santiago).*
—Muchas gracias por su oportuna indicación.

I. M. M.: "Al renovar mi suscripción deseo enviarles estas pobres palabras de aliento, muy sinceras, para felicitarles por la entereza que han demostrado en no apartarse de la línea que desde un comienzo ha tenido la revista; sin temor de sacudir la conciencia social bastante anquilosada de tantos que se dicen católicos, pero que lo son hasta cuando no les recuerdan sus deberes para con sus semejantes. Dios quiera que aumente el tiraje de esta espléndida revista que nos llena de legítimo orgullo". *(suscriptor de Colchagua).*

SEGURIDAD PARA SU CARGA

en los

Camiones FORD alemanes

A ELECCION: Motores Diesel o a gasolina.

EMBRAGUE HIDRAULICO disminuye el esfuerzo del conductor y aminora el desgaste de su motor con partidas suaves.

COMPRUEBE LAS MAGNIFICAS CUALIDADES DE ESTOS CAMIONES, Y

G-700 para 5 tons. de 4.30" entre ejes
G-600 para 4 tons. de 4.30" entre ejes
G-350 para 2 tons. de 3.70" entre ejes

Visite a su Concesionario FORD más cercano